

JAIME GUZMÁN,
ESPIRITUALIDAD Y FE EN SUS ESCRITOS

Fundación Jaime Guzmán E.

JAIME GUZMÁN,
ESPIRITUALIDAD Y FE EN SUS ESCRITOS

Fundación Jaime Guzmán E.

I.S.B.N.: 956-8329-00-5

Noviembre de 2003, Fundación Jaime Guzmán E.

Inscripción N° 136.462

Derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra.

Santiago de Chile.

Editado por Fundación Jaime Guzmán E.

Capullo 2240, Providencia, Santiago de Chile.

Impreso por Quebecor World Chile S.A.

Av. Los Pajaritos 6920, Estación Central, Santiago de Chile.



Jaime Guzmán Errázuriz
28 de junio 1946 - 1 de abril 1991

La Fundación Jaime Guzmán E. expresa sus agradecimientos a todos quienes colaboraron en la recopilación de documentos, edición y diseño de este libro:

Andrea Aguayo C.

Martita Fresno F.

Rosario Guzmán E.

Cecilia Krebs K.

Pía Téllez F.

INDICE

PRÓLOGO

| | | |
|-------------|--|----|
| I. | VALORES CRISTIANOS | 13 |
| | Algunas experiencias de un debate | 15 |
| | Los valores morales | 17 |
| | Mensajera del cielo | 19 |
| | Tras la tragedia de Bruselas | 21 |
| | Polonia y la fe en la Divina Providencia | 23 |
| II. | IGLESIA | 25 |
| | De un martirio en vida | 27 |
| | Contraste en la Iglesia | 31 |
| | La sutil perversidad del clericalismo | 34 |
| | Por el camino de Juan Pablo II | 36 |
| III. | SENTIDO DEL DOLOR | 39 |
| | Tras la tragedia | 41 |
| | Sentido del dolor | 43 |
| | Contraste entre el dolor y el odio | 45 |
| IV. | LA VIRGEN | 47 |
| | María y Chile | 49 |
| | Lo verdaderamente importante | 51 |
| | Fiesta maravillosa | 54 |
| V. | JUAN PABLO II | 57 |
| | Sí a la paz es sí al Papa | 59 |
| | Urgente mensaje a cada chileno | 61 |
| | Manipulaciones repudiabiles | 63 |
| | Para que perdure | 65 |
| | ¿Seguirán sin entender? | 67 |
| | Lo que más me impactó | 69 |
| | ¿A qué vino el Papa? | 71 |

| | | |
|--------------|---------------------------------------|-----|
| VI. | SEMANA SANTA | 73 |
| | La cruz: exigencia cristiana | 75 |
| | Pilatos y la verdad | 78 |
| | Hace un año... y en el día final | 80 |
| | Sentido del dolor | 82 |
| | La fe en el resucitado | 84 |
| | Celebración y espera cristianas | 86 |
| VII. | NAVIDAD | 89 |
| | Navidad y la segunda venida de Cristo | 91 |
| | Navidad y el eco de Walesa | 94 |
| | El valor del silencio | 96 |
| VIII. | AÑO NUEVO | 99 |
| | El Año Viejo | 101 |
| | La realidad que se elude | 103 |
| | La verdadera alegría | 105 |
| | Para la tarde del Año Viejo | 107 |
| IX. | ABORTO | 109 |
| | Reflexionando a partir del aborto | 111 |
| | Derecho a la vida en Chile y Francia | 113 |
| | El aborto: Pieza de una estrategia | 115 |
| | Un cristiano, un rey y un hombre | 117 |
| X. | SOLIDARIDAD, POBREZA Y RIQUEZA | 119 |
| | Reflexiones ante la catástrofe | 121 |
| | Misterio de "los padres" Dubois | 123 |
| | Ante un llamado del Papa | 126 |
| | Mi compromiso con los más pobres | 128 |
| XI. | PENA DE MUERTE | 131 |
| | Pena de muerte y rehabilitación | 133 |
| | ¿Por qué abolir la pena de muerte? | 135 |

| | |
|---|-----|
| XII. TERRORISMO Y DERECHOS HUMANOS | 147 |
| Terrorismo y derechos humanos | 149 |
| Pisagua: la culpabilidad principal | 151 |
| Parte esencial de la verdad | 153 |
| La responsabilidad principal | 155 |
| XIII. ATEÍSMO Y COMUNISMO | 157 |
| La clarinada del padre Hasbún | 159 |
| La elevada exhortación de monseñor Fresno | 161 |
| "Intensificar activismo ateo" | 164 |
| Juan Pablo II condena el marxismo | 166 |
| Final del comunismo y urgencia cristiana | 168 |
| XIV. RAÍCES CRISTIANAS DE CHILE | 171 |
| Obra civilizadora y evangelizadora | 173 |
| Raíz cristiana de Chile | 175 |
| Ante Arrau: admiración y gratitud | 177 |
| XV. EN LAS ENTREVISTAS | 179 |
| La misión de la Iglesia | 181 |
| Sobre la muerte | 183 |
| Un católico normal | 187 |
| Sociedad de consumo | 188 |
| Atentado al Papa | 190 |
| El papel de los laicos | 191 |
| Reconciliación | 193 |
| Exilio | 196 |
| Fátima | 197 |
| Vida interior | 198 |
| Apostolado | 199 |
| Laicos en el mundo | 200 |
| Oración | 202 |
| Examen de conciencia | 203 |

PRÓLOGO

La tumba del senador Jaime Guzmán Errázuriz lleva inscritas las palabras "Amó a Dios y a su Patria". Ellas resumen la vida de Jaime Guzmán y, especialmente, ponen de manifiesto que su fe en Dios era lo más importante, a partir de la cual construyó su vocación de servicio a Chile.

La Fundación Jaime Guzmán E. ha querido recopilar en este libro los escritos de Jaime Guzmán relacionados con diversos temas y materias, pero que tienen como sello distintivo el expresar de manera clara y en sus diferentes manifestaciones la profunda vocación cristiana que él tenía.

A través de estas páginas es posible comprobar cómo, a propósito de hechos simples de la vida, de catástrofes naturales, de dolores profundos o acontecimientos políticos, para Jaime Guzmán era propicio extraer reflexiones y enseñanzas a partir de la confrontación de la realidad con las exigencias del Evangelio.

Uno de los rasgos del legado de Jaime Guzmán que fluye naturalmente del texto, es que él tuvo siempre el propósito de dar luces sobre el verdadero significado de las enseñanzas de Cristo y hacer apostolado en todas las formas posibles.

Pero nunca confundió ese imperativo con otras motivaciones o con retóricas que él mismo habría calificado de "sin contenido o carentes de sentido".

En la primera parte del libro se han recopilado las columnas publicadas en distintos medios de comunicación. Así, podemos conocer su pensamiento en temas como los valores cristianos, la Iglesia, el sentido del dolor, la pobreza y la Virgen.

En la segunda parte se han incluido fragmentos de numerosas entrevistas, donde también se trasunta la importancia que le daba Jaime a la fe como prisma para mirar todas las situaciones que le tocaba enfrentar.

Con la recopilación contenida en este libro, la Fundación Jaime Guzmán E. es fiel a una de sus principales misiones, cual es difundir el pensamiento y las ideas de Jaime, así como hacer vivo su testimonio en nuestra sociedad. La Fundación cumple también este objetivo a través de la promoción del servicio público en los jóvenes, sobre la base de los principios y del estilo que diera un sello indeleble al trabajo de Jaime Guzmán por Chile. Es a esos jóvenes a quienes va especialmente dedicado este libro.

Fundación Jaime Guzmán E.
Santiago, noviembre de 2003

VALORES CRISTIANOS

Los valores espirituales y morales fueron los pilares sobre los cuales Jaime Guzmán sustentó su pensamiento y su quehacer.

Es más, luchó denodadamente -tanto en lo personal como en la vida pública- por defender aquellos principios en los que creía, los que nunca estuvo dispuesto a transar por razones prácticas o de conveniencia personal.

Con la humildad propia de quien buscaba ser un cristiano consecuente, fue siempre respetuoso con quienes disenta y se daba cuanto tiempo fuere necesario para escuchar, abierto a enmendar si estaba equivocado y atento a convencer con una lógica abrumadora, siempre sustentada en la palabra de Dios y en la dignidad de las personas.

Y a la hora de enjuiciar, él lo hacía respecto de las acciones, nunca de las personas.

ALGUNAS EXPERIENCIAS DE UN DEBATE

La Segunda, 10 de julio de 1981

Con motivo de celebrarse hoy el Día de la Juventud, el Frente Juvenil de Unidad Nacional realizó durante esta semana unas jornadas de análisis a las que fui invitado a participar junto a Fernando Léniz, Edgardo Boeninger, Juan de Dios Vial Larraín, Mónica Jiménez y Andrés Chadwick.

El tema "Hacia una sociedad progresista y solidaria" apuntaba a la inquietud de conjugar ambos conceptos.

Mi primera conclusión de dichas jornadas es que en nuestra actual realidad, un debate pluralista resulta tanto más posible y constructivo cuanto más se levante el nivel de ideas de valor general y menos se circunscriba a una mera discusión político contingente.

No se trata de que el debate político contingente sea ilegítimo o improcedente, en cuanto se ajuste a la legalidad que nos rige. Lo que ocurre es que después de un quiebre tan hondo de nuestra convivencia nacional como el que culminara en 1973, pienso que la única forma de crear instancias eficaces de debate directo e intercambio vivo de opiniones es situándolas más bien por ahora en el nivel conceptual o ideológico, ya que lo contingente carga con excesiva pasión acumulada.

En el campo de las ideas, las posturas ofrecen mayores matices y menores "alineamientos" rígidos, predisponiendo así a que en el auditorio prevalezca el juicio razonado por sobre el prejuicio emocional.

Por otro lado, comprobé que la calidad y eficacia de un debate político está en directa relación con la existencia de una base ética de acuerdo mínimo entre los participantes. La prescindencia de elementos totalitarios -sean marxistas o fascistas- no sólo fluye como sano límite establecido por la Constitución vigente sino además se confirma en la evidencia de que nada cabe

doctrinarios, consideran moralmente legítimo mentir si así les conviene, y dicen sin escrúpulo sólo aquello que en cada ocasión más favorezca sus propósitos.

Finalmente, deseo destacar el valor de que un grupo juvenil independiente del Gobierno, pero que lo apoya y comparte sus orientaciones fundamentales, haya puesto en el tapete la necesidad de combinar el progreso y la solidaridad hacia el futuro de Chile. Comparto su inquietud ante la amenaza de que gérmenes incipientes de nuevos antivalores materialistas, detectables en ciertos sectores juveniles, pudieran generalizarse si no se contrarrestan adecuadamente.

Y coincido asimismo con el Frente Juvenil en que esos antivalores no son fruto del esquema económico-social vigente, cuya eficacia para generar simultáneamente progreso económico y justicia social se ha demostrado. Lo que sucede es que incluso esa conjunción de progreso y justicia no basta para lograr el desarrollo integral que Chile requiere. A ello hay que agregar una escala de valores morales que le brinde sentido espiritual al progreso, colocándolo al servicio de cada ser humano.

Es allí donde valores como el aprecio a las personas por sus méritos y cualidades y no por su dinero, es decir, por lo que son y no por lo que tienen, resaltan en toda su importancia. Lo mismo ocurre con la austeridad y sencillez, por contraste con el derroche o la frivolidad de aparentar. O con la generosidad hacia el prójimo y el espíritu de servicio público, frente a la tentación de encerrarse egoístamente en lo propio.

Los sistemas políticos o económicos tienen herramientas para incentivar esos valores. Pero ningún sistema podrá suplir la indispensable tarea formativa que la familia, los educadores, los medios de comunicación, la Iglesia -y también un Estado subsidiario- deben asumir para afianzar valores que son inherentes a nuestro ser nacional y, por ende, bases de una futura convivencia social sólida y estable.

LOS VALORES MORALES

La Segunda, 13 de noviembre de 1981

Celebro el reportaje publicado ayer por este diario con diversas opiniones sobre los valores que estarían más amenazados en la sociedad actual, recogiendo así el valioso anuncio del Ministro Julio Bravo de que el Gobierno intensificará el fomento de los valores morales.

A mi juicio, la médula del problema -común a toda nuestra civilización occidental- consiste en la pérdida del concepto mismo de la moral, como algo objetivo.

Existe hoy una tendencia generalizada a pensar que la moral es subjetiva. El relativismo intelectual que lleva a perder el sentido objetivo de la verdad se expresa así también en lo moral. De consiguiente, no existiría la verdad, sino "mi" verdad y "su" verdad. No existiría la moral, sino "mi" moral y "su" moral.

Demostrar el error de esta creencia, y fundamentar a fondo el carácter objetivo de la moral, excedería con mucho el espacio de estas columnas.

Sin embargo, ayuda a ello el advertir que la moral, señala el camino que lleva al ser humano a su fin último, es decir, a su más plena perfección posible. Esta se expresa en el mayor desarrollo de las potencialidades de su naturaleza, que son la inteligencia y la voluntad.

Ahora bien, si el hombre pudiera cambiar a su gusto su propia naturaleza, resultaría lógico admitir que también fijara libremente su destino último. Pero no siendo así, porque nadie puede modificar su propia naturaleza humana, se hace evidente que el fin último del hombre está expresado objetivamente por esa naturaleza que le viene dada. En consecuencia, la moral o camino que conduce al ser humano hacia su fin o perfección, es necesariamente también algo objetivo.

El que a veces se discuta cuál es el contenido de la moral

ante un tema determinado no quita su carácter objetivo. Los científicos debaten sus conclusiones, pero a ninguno se le ocurriría zanjarlas por la cómoda vía de que cada cual se quede con "su" verdad supuestamente subjetiva. La ardua y humilde lucha por descubrir la verdad objetiva en todos los campos, se extiende a lo ético, donde urge buscar el contenido de la norma moral objetiva en cada caso y procurar ajustarse a ella.

Quizás esto sea hoy más difícil por la pérdida del sentido trascendente de la vida, iluminado por nuestro destino eterno. Pero el carácter objetivo de la moral está más acá de las creencias religiosas, y fluye como requerimiento de la mera razón.

Subjetivizar la moral implica reemplazarla por el capricho, el egoísmo o el ansia de placer ilimitado para los sentidos. Sin duda, ello se disfraza con elegancia. Se dice que lo importante es ser "sincero" y actuar según la "propia conciencia". Pero se olvida que esto tiene escaso valor si la conciencia ha sido relajada hasta no subordinarse a ninguna exigencia moral objetiva.

¿Qué argumento habría, en tal caso, para condenar éticamente el terrorismo, si éste se ejerce en nombre de un impulso "sincero" que nace de las "convicciones de conciencia" del terrorista?

Es la vieja falacia de que todo acto sería respetable si quien lo ejecuta actúa según sus convicciones.

Tiempo atrás, un sacerdote sostuvo en un foro que si bien discrepaba de las ideas del Che Guevara, lo admiraba por su consecuencia de entregar hasta su vida por ellas. Le repliqué que ello equivaldría a declararse admirador de Hitler; quien fue tan consecuente con sus ideas antisemitas, que asesinó varios millones de judíos. La molestia del sacerdote corrió a parejas con su falta de argumento para refutar la analogía. Y es que el argumento era el mismo, originado en el error de subjetivizar la moral, lo cual implica destruirla.

MENSAJERA DEL CIELO

La Segunda, 17 de septiembre de 1982

Sor Teresa de Calcuta sabe que ella no eliminará la pobreza. Sabe que tampoco lo lograrán sus múltiples seguidores que va alentando por el mundo. Sin embargo, dedica su vida -íntegra y heroicamente- a aliviar a los pobres, y a urgir vocaciones o remecer conciencias que la imiten o ayuden en ese camino.

Pretender eliminar la pobreza es una moderna ilusión. Moderna, porque hasta hace poco más de 100 años la humanidad vivió por siglos considerando la pobreza, como una realidad dada e insuperable. Ilusión, porque la pobreza más allá del límite mínimo exigido para la subsistencia, traduce un concepto eminentemente relativo y variable, que nunca permitirá estimarla del todo superada. Una persona considerada "rica", en un país o época determinada, puede reputarse "pobre" en otro cuadro histórico o social diferente. La pobreza engloba realidades muy diversas hoy que hace dos siglos. E igualmente distintas hoy, por ejemplo, entre Estados Unidos, Chile y la India.

No obstante, ninguna recta conciencia ética podría desentenderse del imperativo de combatir la pobreza y aliviar a quienes la sufren, en la mayor medida posible. Aun cuando al hacerlo sepan que llenan un tonel inagotable. Y es que detrás de cada ayuda a un pobre está la dignificación de un ser humano, que tiene un valor y un destino eternos.

Por eso mismo, la actitud cristiana frente a la pobreza no puede reducirse a una cuestión de estructuras político-sociales, ya que jamás ningún diseño de éstas será suficiente para solucionar el problema.

No se trata, obviamente, de negar la importancia de favorecer las mejores estructuras políticas, económicas y sociales. El clásico concepto de justicia social, depurado de sus manidas distorsiones demagógicas, encierra un contenido moral enjundioso

a este respecto. La pregunta de sor Teresa de cuánto se gasta hoy en armamentismo, comparado con lo que se destina a alimentos, grafica una expresión de dicho concepto, a escala internacional.

Lo importante es advertir que eso no agota -y ni siquiera domina- el enfoque cristiano del tema. Cualquier contexto social dejará siempre un amplio espacio -convertido en exigencia ética- para el ejercicio de la caridad a nivel interpersonal. Y sólo de la práctica de dicha virtud con el prójimo -o "prójimo"- brotará la auténtica justicia social.

Caridad cristiana que no se confunde con la beneficencia, sino que trasciende a ésta por el amor. Caridad cristiana que no se limita a la ayuda material, sino que incluye la espiritual porque, como también sor Teresa lo ha recordado, los ricos en dinero son, a veces, pobres en dolor, soledad o desorientación.

Sor Teresa sabe que no eliminará la pobreza. Pero destina su vida a aliviar a los pobres. Ello me evoca la frase de Cristo: "Pobres tendréis siempre..., pero a Mí no me tendréis siempre." Entre las muchas lecciones de tal sentencia, ¿no estará la de decirnos que aunque siempre habrá pobres, seremos capaces de sentirlos y servirlos como hermanos, en la medida en que tengamos a Cristo en nuestro interior para ver en cada prójimo a otro Cristo?

Que sor Teresa tiene a Cristo dentro de ella en alto grado de santidad, parece ser el secreto de su virtud y su influjo. Y desde la vivencia dramática de la atroz pobreza y densidad demográfica de la India (agudizada en Calcuta), donde cualquier falso criterio humanitarista podría aparecer justificatorio de prácticas abortivas o antinatalistas, ella lanza el supremo reto al egoísmo, pidiendo a quienes deseen abortar, que tengan su hijo y se lo entreguen a ella. Últimamente habían venido a Chile muchos personajes importantes del mundo. Pero con sor Teresa llegó una mensajera del cielo.

TRAS LA TRAGEDIA DE BRUSELAS¹

La Segunda, 7 de junio de 1985

Cada vez que la humanidad presencia una masacre que parece asemejar al hombre con la fiera salvaje, brota en la opinión pública universal un sentimiento de horror.

No es extraño, entonces, que lo ocurrido en un estadio de Bruselas con motivo de la final europea de fútbol entre el Liverpool de Inglaterra y el Juventus de Italia haya producido un impacto tan fuerte en el mundo entero.

Cuesta especialmente convencerse de que algo semejante suceda en el ámbito deportivo, siempre considerado como fuente de unión entre los hombres y los pueblos. De que sus causantes pertenezcan a uno de los países más respetados del orbe por la cultura de sus habitantes. De que, en fin, habiendo visto esas macabras escenas por la televisión, compatriotas de las víctimas hayan podido salir a la calle, esa misma noche, a celebrar el resultado futbolístico favorable para su equipo, relegando a segundo plano la terrible tragedia humana recién vivida.

Sin embargo, es un hecho que el incremento de la violencia en los estadios de las más variadas latitudes (incluso de Pekín) acapara hoy importantes espacios del cable noticioso.

Pienso que resultaría absurdo olvidar que la violencia ha estado siempre en el centro de la convivencia humana. "El hombre como lobo para el hombre" no podría juzgarse un fenómeno nuevo. Incluso, comparar seriamente sus manifestaciones y magnitudes en los diversos períodos históricos, constituiría una ardua tarea.

Más difícil parece aún pretender determinar las causas de las formas más agudas de violencia contemporánea, sin caer

¹ El 29 de mayo de 1985, en el Estadio Heysel en Bruselas, cuando se jugaba la final de la Copa de Campeones entre los equipos de Juventus y Liverpool, hinchas británicos atacaron la barra rival. Murieron 39 personas.

en peligrosas -y a veces interesadas- simplificaciones. Pese a ello, creo que hay un elemento de fondo que ningún análisis sobre la agresividad actual puede desconocer. Se trata de la creciente falta de vida interior que caracteriza al hombre de nuestro tiempo.

Apenas una semana antes de la tragedia de Bruselas, coincidentalmente en la misma Bélgica, el Papa Juan Pablo II habló del "ruido que destruye el pensamiento" como una de las "tentaciones diabólicas" de nuestro tiempo. ¿Y en qué consiste ese "ruido" al cual tanta gravedad atribuye el Pontífice? Me parece difícil no englobar en tal concepto todo cuanto estimule una extroversión que alcance límites alienantes para el ser humano. Que impida aquel grado de silencio y de paz del alma, indispensables para reflexionar y -si se es creyente- para orar.

Ese "ruido que destruye el pensamiento" suele provenir de instrumentos musicales utilizados para aturdir. O de motores que llenan el ambiente de toda suerte de contaminaciones. O de formas de comunicación social destinadas a evitar que el ser humano se recoja sobre una intimidad que acaba por desaparecer.

Un activismo incesante surge así como evasión para no encontrarse frente a sí mismo, donde un espíritu vacío sólo experimenta tedio, aburrimiento y depresiones.

¡Cuánta diferencia hay entre ese "ruido que destruye el pensamiento" y los sonidos de la verdadera música o de la naturaleza y del mar, que nos elevan hasta facilitarnos oír la voz de Dios!

Si queremos dignificar la existencia humana no podemos eludir la prioridad de fomentar y practicar la vida interior. Sólo el cumplimiento de ese deber humano podrá hacer realidad el mayor respeto por los derechos de las personas en pro de los cuales hoy tanto - y con razón - se aboga. Porque sólo en la vida interior se fragua una conciencia moral sólida, capaz de presidir toda la conducta del hombre.

POLONIA Y LA FE EN LA DIVINA PROVIDENCIA

La Tercera, 3 de septiembre de 1989

Cuando al nuevo Primer Ministro polaco, Tadeusz Mazowiecki, le preguntaron cómo afrontaría la dramática crisis que hoy sacude a su patria, su respuesta fue breve y elocuente: "Yo confío en la Providencia Divina".

Me impresionó especialmente ese testimonio público de fe en boca de quien asume una responsabilidad política tan trascendente para su país y para el mundo.

En efecto, los cristianos sabemos que la historia humana se mueve por dos fuerzas: la Providencia de Dios y la libertad del hombre.

Dios no se limitó a crear al hombre. Además, interviene de modo directo en la historia humana. Todo cuanto ocurre en la vida de los hombres y de los pueblos -salvo el pecado- manifiesta la voluntad providente de Dios.

Es frecuente que se aluda a la Divina Providencia como un giro retórico de ciertos discursos o como metáfora simbólica de lo que está más allá del propio control.

Sin embargo, muchas personas -incluso cristianas- cuando se habla de la Providencia de Dios, instan a que pasemos a "la realidad". ¡Como si dicha Providencia no fuese igualmente real -e infinitamente más poderosa- que cualquier esfuerzo humano!

Refranes como "a Dios rogando y con el mazo dando" suelen usarse erróneamente para suponer que lo principal es el empeño del hombre. Lo demás se relega al lugar secundario y enigmático de lo nebuloso, antítesis de la verdadera fe en Dios.

Cierto es que nuestro destino eterno depende de la forma en que utilicemos nuestra libertad. Resulta igualmente evidente que Dios ha dejado al arbitrio humano una parte decisiva del curso de la historia. Pero la Providencia tiene sus planes y sus caminos, distintos a los de los hombres. Y esos son los que prevalecen.

Frente a los designios de la Providencia se estrellan los más largos y laboriosos afanes del hombre. A la inversa, Dios nos regala a veces bienes y soluciones que ni el más arduo trabajo humano hubiese jamás soñado lograr.

Cuando Polonia inicia su victoria sobre el comunismo ateo y totalitario; cuando ello lo hace el pueblo más fervientemente católico del mundo; cuando ese pueblo tiene a un compatriota suyo como Vicario de Cristo, siendo el primer Papa no italiano en más de cuatro siglos, los signos de la Providencia resaltan con mayor fuerza y nitidez.

La confianza de Mazowiecki en ella explica y augura la fortaleza interior que hace indoblegables a todos quienes pongan su destino personal y colectivo en las manos de Dios.

IGLESIA ■

Jaime Guzmán amaba y respetaba profundamente a su Iglesia, a pesar de la fuerte oposición que en ciertos pasajes se sintió obligado a sustentar frente a actitudes de algunos de sus pastores.

En épocas en que el país vivió un fuerte clericalismo, se atrevió a discrepar de la jerarquía eclesiástica respecto de materias consideradas opinables, como política o economía. Nunca en temas morales o de principios.

En su intento por ser fiel al Magisterio de la Iglesia, libró mil batallas con el mundo liberal, defendiendo los valores de la vida y la familia desde la perspectiva cristiana.

Tan es así, que en el campo de la política quizás nadie se la haya "jugado" como él en la defensa de la vida contra el aborto, la indisolubilidad del matrimonio, contra el divorcio y el legítimo derecho de la Iglesia a defender sus puntos de vista contra las posturas agnósticas o liberales que antagonizaban con la cosmovisión judeo-occidental cristiana.

DE UN MARTIRIO EN VIDA

El Mercurio, 10 de febrero de 1974

"Nunca podrá perdonarse lo que el comunismo le ha hecho a la Iglesia. Cada uno de los individuos participantes debe ser perdonado. Pero no el sistema. La diferencia es importante".

La frase pertenece al Cardenal Josef Mindszenty, hasta hace algunos días Arzobispo de Esztergom y Primado de Hungría. Sintetiza la concepción de un hombre que, con su ejemplo, se ha constituido en un testimonio dramático de martirio en vida. Cuando por una decisión papal se le ha relevado del cargo que ocupara durante casi treinta años, resulta imposible no decir en torno a él una modestísima pero sobrecogida palabra de gratitud y homenaje.

Condenado a cadena perpetua por el Gobierno comunista de Hungría en 1948, el Cardenal Mindszenty fue liberado por los dirigentes de aquel movimiento que, presidido por un signo cristiano y nacionalista y robustecido por un sello juvenil, intentó liberar a Hungría en 1956. El pueblo húngaro, con razón, sintió a su Pastor como la cabeza moral de ese heroico alzamiento. Pero, como otras veces en la historia de los pueblos europeos sojuzgados, el movimiento de liberación fue aplastado por los tanques soviéticos que restituyeron en toda su violencia la tiranía marxista-leninista. Dificultosamente, el Cardenal Mindszenty alcanzó a sortear el inminente asedio físico de las tropas extranjeras, asilándose en la Legación de los Estados Unidos.

Allí se quedó, con la intención de no abandonar jamás su patria sometida. Desde allí quiso ser el testimonio supremo y acusador de la Iglesia del Silencio. El mundo contempló con emoción cómo pasaban los años, y el Cardenal Primado de Hungría continuaba recluso a una habitación -dormitorio, a un pasillo de pocos metros y a un pequeño patio al cual salía diariamente a tomar algo de aire y de sol. Medítese en lo que significan 15 años

sin otro horizonte material que el descrito. Y decimos quince años, porque después de solicitudes cada vez más insistentes y apremiantes del Vaticano para que se alejara de Hungría, que el Cardenal Mindszenty había rechazado una y otra vez, en 1971 hubo finalmente de acceder a la última de ellas, y partió así hacia la Santa Sede. Pero su intención personal era la de permanecer en su tierra, hasta el día mismo de su muerte. Tanto que en 1972 viajó desde Roma hasta Viena "para estar más cerca de su patria".

La figura del Cardenal Mindszenty ha sido el símbolo de lo que los comunistas más odiaban y odian en el mundo: la insobornable intransigencia del espíritu, en la lucha en contra de su totalitarismo ateo. La actitud del prelado se convirtió, además, en la antítesis de quienes buscaban y buscan un acercamiento doctrinario entre marxismo y cristianismo. Y últimamente, su postura se hizo intolerable para los que, como Palme, Brandt, Kennedy o ciertos dirigentes del Gobierno italiano, aplauden o auspician en nombre del "progresismo" un entendimiento o diálogo político entre democracias y comunistas.

Para esta nueva ola que con ingenua alegría cree encontrar bases sólidas de paz confiando en quienes, por estructura moral, jamás se han sentido obligados a respetar ni compromisos asumidos ni palabras empeñadas, la conducta del Cardenal Mindszenty aparecía como "anticuada", "ultra" o "exagerada". Para los chilenos, que en cambio recorrimos en toda su extensión el camino del "diálogo" democrático con el comunismo, que sufrimos hasta el borde del abismo la experiencia de su nueva versión "pacifista", "humanista" y "pluralista", el juicio es muy diferente. Después de brindarle al marxismo-leninismo todas las ventajas y posibilidades de una democracia, Chile ha decidido combatir militantemente en contra de él y excluirlo de la vida cívica. Mientras ciertos países que se creen avanzados van recién de ida, nosotros venimos ya de vuelta. Por eso, una actitud como la del purpurado húngaro nos parece encomiable por su realismo

y su tenacidad. Sabemos que se podrá perdonar a los hombres, a cuyo interior hay que apelar en un esfuerzo de unidad nacional, pero que jamás se podría disculpar ni condescender hacia el sistema que destruyó grave y deslealmente a Chile, ni dejar de combatir en contra de los que persistan en sustentarlo.

Estamos ciertos que la decisión del Papa Paulo VI de relevar al Cardenal Mindszenty de su cargo arzobispal no obedece al pago de un precio exigido por el Gobierno comunista de Hungría, para liberalizar las restricciones ilegítimas impuestas por éste a la Iglesia Católica, como han dado a entender ciertos cables y comentarios internacionales. Aquí hay en juego principios, y sería inferirle al Papa una real injuria el suponerlo negociando principios. Tenemos que entender, por tanto, que la determinación papal -como fluye de los voceros oficiales vaticanos- fundamentalmente responde a necesidades internas de la Iglesia en Hungría y más precisamente, el deseo de no dejar el Arzobispado de Esztergom sin titular en ejercicio activo por más tiempo.

Y aunque el Papa sólo está dotado de infalibilidad cuando define cuestiones de fe o de moral "ex cathedra", esto es, haciendo uso de su autoridad apostólica y con la intención de obligar a la Iglesia universal, lo que obviamente no cubre el caso que comentamos en estas líneas, su facultad de gobernar la Iglesia obliga siempre a la obediencia, y exige presumir una ilustración y ponderación de los antecedentes en juego, superior a todas nuestras posibilidades.

Con todo, el Cardenal Mindszenty se negó a renunciar voluntariamente, acaso pensando en que poseía una fuerza incomparable desde un silencio que simbolizaba la trágica opresión de millones de cristianos tras la cortina de hierro. Desde un silencio que encerraba más lecciones y elocuencia que mil palabras, y que fructificaba en fuerzas para su grey a través del ascetismo, la penitencia y la oración. Por eso es que su testimonio

de estos últimos 25 años seguirá iluminando nuestras mentes y fortaleciendo nuestras voluntades para siempre. Porque es cierto que para morir como héroe o como mártir, se necesita de la ayuda divina y del coraje personal en grado sumo. Pero la resolución de vivir el heroísmo y el martirio día a día, sin lamentos de debilidad, es aún más difícil. Es patrimonio únicamente de los elegidos.

CONTRASTE EN LA IGLESIA

Ercilla, 24 de octubre de 1979

En estos días, muchos católicos chilenos hemos experimentado la evidencia de un fuerte y dramático contraste. Por una parte, el espectáculo deprimente brindado por ciertos obispos chilenos. Por otro lado, la actitud vivificante y esperanzadora del Papa Juan Pablo II.

En el primer aspecto, hemos presenciado la culminación de un proceso de creciente compromiso público de algunos obispos chilenos con tesis muy determinadas en materias político-contingentes. Casi no hay tema en que no se sientan llamados a opinar. Y ciertamente no se limitan a su legítimo derecho para fijar principios morales en el orden social, o aplicarlos a situaciones concretas en que demuestren que la consecuencia que ellos derivan se desprende necesariamente de los principios morales sustentados por la Iglesia. Nada de eso.

Cada vez son más constantes los pronunciamientos de origen episcopal que asumen opciones respecto de las cuales los católicos tenemos legítimo derecho a discrepar, sin quebranto de principio moral o disciplinario alguno. Y como si todavía ello no fuera suficiente, el abuso de autoridad se confirma enseguida. Un obispo cree del caso aplicar en ese contexto las palabras de Cristo: "Quien a vosotros oye, a Mí me oye. Quien a vosotros desprecia, a Mí me desprecia". Otro pretende negar la calidad de "católicos observantes" a quienes disienten de sus discutibles apreciaciones político- contingentes. Un tercero llega al extremo de la osadía, al decir que se siente "respaldado por el Papa".

Este último sobrepasa todo límite conocido. Es monseñor Carlos Camus. El "respaldo papal" lo pretende -ni más ni menos- que para una entrevista en *Mensaje*, donde afirma que de las publicaciones que actualmente se venden en quioscos "la única con cierta altivez, con independencia, es la revista Hoy"; donde

sostiene que "lo que se alcanzó a hacer en la Reforma Agraria se vino abajo ahora"; donde culpa a la Universidad Católica del "pecado grave" de estar "formando la elite de un régimen no cristiano"; donde dice, arrogándose la representación de los demás obispos, "nos sentimos engañados porque teníamos fe ciega en que estas fuerzas nuevas (las Fuerzas Armadas chilenas) eran distintas a los caudillismos centroamericanos"; donde, en fin, declara que en el gobierno de Allende "no hubo ni de lejos la crueldad, el asesinato, la mentira y la violación de los derechos humanos que ha habido ahora, no se puede comparar".

Entretanto, el Papa Juan Pablo II recorre y conmueve al mundo. Su palabra no elude ninguna definición moral. Por dura que resulte. En Polonia condena toda opresión de la dignidad humana o de la libertad religiosa. En Irlanda fustiga la violencia ilegítima. En Estados Unidos rechaza el materialismo que esclaviza al hombre frente a la sensualidad y a los bienes materiales, y reafirma las enseñanzas contrarias al aborto, a la eutanasia y a las prácticas antinatalistas artificiales. En todas partes exige fidelidad a la tradición y al magisterio de la Iglesia.

Sabe que, como Cristo, está llamado a ser "signo de contradicción" por los renunciamentos que el Evangelio reclama de quienes quieren seguirlo. Pero por eso mismo, jamás pretende extender esa contradicción a campos en que los católicos pueden optar y discrepar legítimamente. Su mensaje no está comprometido con ningún régimen o ideología política. No pretende imponer ningún modelo social determinado. Busca algo muy superior: inundar el mundo y las almas de los valores evangélicos, para que iluminados por éstos, los hombres acierten en sus opciones temporales. Es un evangelizador, y no un "reformador de estructuras".

Por eso sus palabras no tienen fronteras, y remecan las conciencias con fuerza inigualada. Por eso el "signo de contradicción" es a la vez un signo de unidad eclesial. Por eso es

que, en fin, no sorprende que al encontrarse recientemente con el Episcopado chileno en Roma, Su Santidad haya estimado oportuno aplicarles directamente y públicamente la siguiente advertencia: "vuestra misión está en seguir las huellas de Cristo, el Buen Pastor. No sois ni un simposio de expertos, ni un parlamento de políticos, ni un congreso de científicos o técnicos, sino que sois Pastores de la Iglesia a los cuales corresponde, como recordé en la memorable reunión del Episcopado latinoamericano de Puebla, ser maestros de la verdad, signos constructores de la unidad, y defensores y promotores de la dignidad del hombre".

¿Seguirán ciertos obispos chilenos pretendiendo invocar el supuesto "respaldo del Papa", para sus desafortunadas y abusivas incursiones en política contingente?

LA SUTIL PERVERSIDAD DEL CLERICALISMO

La Segunda, 25 de marzo de 1983

Quizás lo más ilustrativo de todo el episodio de los tres curas extranjeros recientemente expulsados ha sido el virulento ataque que -a propósito de ello- lanzaran 133 sacerdotes en contra del padre Raúl Hasbún, en una carta abierta.

A veces las citas textuales ahorran mucho comentario. Afirma este grupo de eclesiásticos, dirigiéndose al padre Hasbún: *"Nosotros estamos acostumbrados a tu estilo que, bajo una apariencia atrayente, presenta una defensa solapada del régimen y propone un cristianismo abstracto a-histórico, que nunca defiende a los pobres, contradiciendo el mismo Cristo..."*

Y luego agregan: *"Quisiéramos hacerte un llamado a que reconsideres tu posición y cambies de actitud. Creemos que el pueblo prefiere que no sigas hablando y escribiendo, antes de mantener una actitud ambigua de conciliación con la dictadura que tantos sufrimientos ha causado y está causando al pueblo".*

La respuesta del padre Hasbún, en una de sus columnas periodísticas, ha sido magistral. Citemos sus principales acápites: *"La carta es un cuestionamiento y descalificación totales del régimen político existente en Chile. Se le nombra sólo como 'la dictadura'... Me apresuro a reconocer que todo hombre tiene el derecho y el deber de formarse, en recta conciencia, su propio juicio de valor sobre el sistema político en que vive. Con la misma prontitud he de añadir que es perfectamente posible y normal que otro hombre similarmente recto de conciencia llegue a formarse un juicio de valor diferente, incluso contrapuesto, sobre la bondad o maldad del sistema..."*

"Pretender que el propio juicio sea el único verdadero es una arrogancia rayana en la fatuidad. Imponerlo a los demás es un atentado contra la libertad de conciencia. Refrendarlo con el sello sacro del Evangelio, haciendo de él la única opción compatible con la fe cristiana, es una intolerable impostura y abuso de poder. Allí radica precisamente la sutil perversidad del clericalismo".

Tras manifestar enseguida que, bajo los más diversos regímenes, ha guardado siempre su total independencia, sin jamás 'callar por temor ni hablar por obsecuencia', el padre Hasbún expresa: *"La carta abierta... desemboca en la más grave de todas las conclusiones. O yo encaro y desafío a la 'dictadura', como ellos dictaminan que el Evangelio exige hacerlo, o yo debo dejar de hablar y escribir. ¿Por qué? Porque el pueblo así lo prefiere. Ellos son la encarnación, voz e intérprete inapelable del pueblo. Los que no sentimos ni pensamos como ellos somos los enemigos, y cómplices de la opresión del pueblo".*

Y añade: *"Hay un detalle particularmente grave en todo este ya preocupante atentado contra la libertad de conciencia. De los 133 firmantes, 80 son extranjeros. En una carta abierta y pública, elaborada en el recogimiento espiritual que se supone acompañado a la oración y el ayuno, estos 80 extranjeros han sometido, sin oírlo, a juicio popular y público a un sacerdote chileno y han concluido instándole, en nombre del pueblo, a que deje de hablar y escribir en su propia patria, mientras no acate el juicio político que a ellos les merece 'la dictadura'... Imperialismos de esta índole son absolutamente extraños a la tradición chilena".*

A tan contundente respuesta, poco cabe agregar. Aunque ocasionalmente he discrepado con el padre Hasbún, me cuento entre los millones de chilenos que admiran su genuina y extraordinaria labor pastoral. Su éxito y sintonía en los más variados medios periodísticos (incluido el horario estelar de la televisión) representan el mejor veredicto de su notable acogida popular. No hacen falta más argumentos al respecto.

Lo sustantivo es que, en este episodio, ha salido a luz la grave infección doctrinal y moral que afecta a parte importante del clero de la Iglesia de Santiago. No es sólo su aspecto físico el que poco dice de su condición sacerdotal. Sus palabras y actitudes la reflejan aún menos. El mal que aqueja a estos modernos inquisidores ha brotado purulento.

POR EL CAMINO DE JUAN PABLO II

La Segunda, 26 de abril de 1985

Me he quedado pensando en cuál será el origen más profundo de la adhesión y simpatía generalizadas que despierta monseñor Fresno, sentimientos que han aflorado de modo tan espontáneo con su nombramiento como Cardenal de la Iglesia Católica.

Sin duda, fluyen como evidencias inmediatas su bondad cautivante, su espíritu pastoral inconfundible y su permanente propósito de servir como puente de unidad entre los chilenos, en general, y entre los católicos, en particular.

Todo eso se percibe con la fuerza de un testimonio que trasunta una vida entera consagrada a Dios. Con aquel sello que la oración y la vida sobrenatural cultivadas con asiduidad, marcan en las almas de quienes ahondan en sus misterios.

Sin embargo, a todo ello -que incuestionablemente es lo más importante- se añade otro ángulo de la personalidad de monseñor Fresno que también atrae de modo singular.

El tema de la intervención de la jerarquía eclesiástica y del clero en la vida política nacional, ha constituido motivo de permanentes fricciones a lo largo de nuestra historia. De ella han surgido tanto estímulos para actitudes laicistas anticlericales, como enconadas divisiones entre los propios católicos.

Creo que gran parte de esos problemas ha provenido de una errónea explicación por muchos eclesiásticos de lo que debe ser el papel de la Iglesia en lo temporal, a la luz de las enseñanzas de su propio Magisterio.

La doctrina de la Iglesia siempre ha reivindicado el derecho y deber de ésta para iluminar todo el quehacer humano con el mensaje evangélico.

Más aún, invariablemente ha sostenido que cualquier aspecto -personal o social- en que estén comprometidas la fe, la

moral o las costumbres, cae en la órbita del Magisterio eclesiástico, al cual los católicos debemos someternos en conciencia.

Resulta evidente que el ámbito de esas materias, por su naturaleza, es de orden prudencial y no admite delimitaciones de exactitud matemática. Y es la propia jerarquía eclesiástica la que tiene la misión de establecerlas.

Lo que ocurre es que Chile ha vivido muchas veces la confusa y confundidora experiencia de obispos y sacerdotes que, a pretexto de lo anterior, no han fijado límite alguno al ámbito o naturaleza de sus incursiones en el plano temporal. O bien que han expuesto públicamente sus personales opciones políticas, más allá de lo que cualquier prudencia hubiese aconsejado y sin hacer salvedad alguna de que con ellas no pretendían ejercer el Magisterio eclesiástico.

Todo ello se ha traducido en que muchos católicos -de diversas orientaciones según los casos y las épocas- nos hemos visto violentados en nuestra libertad de conciencia para asumir posturas discrepantes de nuestros pastores en materias en las que la doctrina de la Iglesia reconoce a sus miembros el libre derecho a optar entre múltiples alternativas compatibles con su contenido.

Lo anterior también ha acarreado que el mensaje de la Iglesia haya solido mellarse en su justa y necesaria influencia social, al ser percibido políticamente abanderizado.

La actitud de monseñor Fresno ha seguido derroteros muy diversos a lo expuesto, plasmando la verdadera imagen de un pastor que lo es de todos y que evangeliza toda la vida humana, reconvieniendo lo que su magisterio le obliga a reconvenir, pero sin adoptar compromisos políticos que excedan su recto ejercicio.

Al hacerlo, siguiendo la huella del papa Juan Pablo II, el nuevo Cardenal chileno ha demostrado, además, que ese camino es capaz de suscitar un influjo espiritual y moral incomparablemente más extendido y penetrante que la senda inversa.

SENTIDO DEL DOLOR

Jaime Guzmán hacía suya la causa del dolor cristiano, como oportunidad de crecer y purificarse interiormente, para alcanzar la gloria eterna. Debido a ello, nunca se rebeló frente al sufrimiento ni la adversidad, entendiendo que lo más importante era saber aceptar la voluntad de Dios, porque "todo es para bien de los que aman al Señor..."

Un año antes de su muerte, con ocasión del aniversario del asesinato de Simón Yévenes, dirigente poblacional de la UDI, Jaime testimoniaba el dolor señalando que "los mártires fecundan con la fuerza del ejemplo y del amor".

Por ello es testimonial su última frase escrita, consignada en la columna publicada en *La Tercera*, el día anterior a su asesinato, a propósito de ese Domingo de Gloria de la Semana Santa de 1991. Cierra su escrito diciendo: "Es ese Reino futuro, lo que en vigilante espera los cristianos aguardamos anhelantes con luz victoriosa de Cristo ya resucitado".

Jaime Guzmán asumió en vida los dolores propios y los de sus congéneres con valentía, premonición, preparación y cristiana resignación.

TRAS LA TRAGEDIA

La Segunda, 2 de julio de 1982

El reciente fin de semana, nuestro país fue nuevamente golpeado por una naturaleza inclemente. Gigantescas inundaciones hicieron estragos que otras veces sufrimos de terremotos u otras calamidades similares. Una vez más, el dolor llegó con dramatismo a miles de hogares que perdieron gran parte o todos sus bienes. Algunos, incluso lamentaron la muerte de seres queridos.

Tales tragedias siempre exigen un análisis serio y técnico de los factores de imprevisión que pudieren haberse detectado, los cuales en este caso arrojan lecciones y advertencias que no podrían soslayarse, si se desea evitar que futuros fenómenos similares acarreen consecuencias tanto o más graves que las vividas en esta ocasión.

Sin embargo, más allá de ello, todos sentimos que hay una cierta dimensión inevitable y más profunda en sufrimientos como éste. Solo que su ocurrencia simultánea, con los caracteres de una calamidad masiva, ofrece una oportunidad especialmente propicia para reflexionar en forma pública al respecto.

El dolor encerrará siempre una dosis de misterio para el hombre. ¿Por qué existe el sufrimiento y, a veces, tan implacable? ¿Por qué golpea a unos y no a otros?

Descubrir el sentido del dolor es uno de los desafíos más arduos para el espíritu humano, aún para los más creyentes. Pero de ellos surgen respuestas vitales que todos necesitamos para orientar adecuadamente nuestra existencia.

Quienes sólo vimos la tragedia que comentamos, pero no la sufrimos en carne propia, sentimos un llamado a agradecer lo que tenemos que, muchas veces lo damos por seguro, ¿No solemos acaso quejarnos por nimiedades, que sólo se advierten como tales cuando las comparamos con los dolores ajenos, y que también podrían afectarnos a nosotros?

En estos hechos, hay pues para muchos una apelación a la gratitud. Y junto a ello, a la solidaridad generosa con el que sufre cerca nuestro, sentimiento que en estos días hemos visto brotar con emocionante vigor en toda la ciudadanía -con sus autoridades a la cabeza -y de modo especial en una juventud a la que algunos han acusado, con tanta injusticia, de ser supuestamente apática o egoísta.

Y para quienes perdieron algunos bienes, ¿no estará implícito el llamado a reflexionar en el exacto valor de las cosas materiales? Porque si bien resulta legítimo buscar la posesión de cosas para desarrollarnos como personas, el excesivo apego a ellas deriva en un materialismo que fija, en su obtención, la meta de toda una existencia. Si los que en esta tragedia perdieron sus bienes hubiesen sufrido la muerte de un familiar, ¿no olvidarían todo lo material para anhelar tan sólo la recuperación de ese ser querido?

Para muchos, hay así la invitación a restablecer el sentido de las proporciones, restituyendo los valores del espíritu al lugar prioritario que merecen.

¿Y qué decir de los que sufrieron el supremo dolor humano de perder a un ser querido? Que también allí hay un mensaje que nos urge: el de aceptar con humildad lo efímero y frágil de nuestro tránsito por este mundo.

El dolor tiene su lenguaje. Duro, pero lleno de fuerza purificadora. Por eso, tras el sufrimiento, aguarda siempre la paz del consuelo o la luz de nuevos horizontes. Y creer que el dolor es sólo de algunos, no pasa de ser un espejismo. Variarán los momentos y las formas, pero nadie podrá librarse de la propia cruz que necesariamente acompaña a todo ser humano.

Los cristianos sabemos, además, que esa cruz ha sido diseñada por Dios, diversa para cada persona, pero común en la fuerza redentora de sus dolores, si se asume con fe y confianza, junto a Cristo.

SENTIDO DEL DOLOR

La Segunda, 13 de abril de 1984

El mundo contemporáneo suele no encontrar sentido al dolor. El orgullo y el egoísmo se rebelan ante cualquier sufrimiento moral que mortifique nuestros afectos o que conlleve ya sea humillaciones o frustración de nuestros planes humanos. La sensualidad repele todo padecimiento corporal y aún estima inútil o fastidiosa cualquier disciplina o ascesis.

Por eso, la Semana Santa, que se inicia pasado mañana, resulta particularmente propicia para profundizar en los misterios más sublimes de la fe cristiana, cuya irradiación también alcanza a muchos no cristianos.

Siempre me ha impresionado especialísimamente la figura de Cristo en el Huerto de los Olivos, la noche del Jueves Santo. Sufriendo hasta sudar "como gruesas gotas de sangre" (Lc. XXII, 44), Jesús ora diciendo: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz, sin embargo, no se haga como yo quiero sino como quieres tú" (Mt. XXVI, 39).

La fe cristiana nos enseña que en la persona única y divina de Cristo hay dos voluntades, una divina y otra humana. Y como la voluntad sigue a la naturaleza, en Cristo también coexisten dos voluntades. Lógicamente, la voluntad divina de Cristo se identifica con la de su Padre. Pero la sensibilidad humana de Jesús se resistía, en cambio, al terrible sufrimiento espiritual y corporal de su inminente Pasión.

Por eso Cristo le pide al Padre que le aparte ese cáliz de tremendo dolor. No obstante, lo hace con una salvedad fundamental: sólo "si es posible" sin torcer la voluntad del Padre. Porque, en definitiva, ésta debe cumplirse y aceptarse. Nos indica así Cristo que procurar eludir el sufrimiento es algo humano y legítimo. Pero pretender hacerlo a cualquier costo, no. Únicamente "si es posible" sin apartarse de la voluntad de Dios.

Por el contrario, si para no sufrir hubiéramos de violar algún precepto de la ley de Dios, y caer en falta moral o pecado, entonces no tenemos otro camino lícito que abstenernos de tal conducta y asumir el dolor que ello entrañe. Y eso ocurrirá constantemente en nuestras vidas. De ahí que San Pablo nos recuerde que no es posible entrar al cielo sin pasar por grandes tribulaciones.

Con todo, si habiendo podido redimirnos de cualquier otra manera, Dios quiso hacerlo a través de la Encarnación, Muerte y Resurrección de su Hijo, el carácter purificador del sufrimiento adquiere para cada uno de nosotros una luminosidad maravillosa. En palabras del propio San Pablo, se trata de completar con nuestros dolores lo que le falta a la Pasión de Cristo (Col. 1,24).

Cierto es que, a veces, esos sufrimientos parecen exceder nuestras fuerzas morales y físicas. Allí pensamos que ya hemos cumplido con nuestra cuota y que no cabe exigírsenos más. Tendemos a querer arrojar lejos nuestra propia cruz o bien a declararnos aplastados por ella.

Es entonces cuando nos mira Cristo, tres veces derribado por el peso de Su Cruz y tres veces erguido nuevamente hasta llegar a la cumbre del calvario. Nos mira para decirnos que también a nosotros nos serán dadas todas las fuerzas necesarias -y cuantas veces sea menester- para levantarnos y cargar nuestra propia cruz, si estamos asistidos por la Gracia de Dios, que se fortalece en una oración profunda y constante.

Y ahí no sólo aceptaremos la cruz, en lugar de entregarnos a la rebelión soberbia, al abatimiento desesperanzado o a la amargura capaz de odiar. No sólo la aceptaremos resignados. Más que eso, sentiremos emerger en nuestro espíritu -en medio del dolor- un regalo misterioso e incomparable: el don de iniciarnos en el amor a la cruz, como proyección, exigencia y fruto del amor a Dios.

CONTRASTE ENTRE EL DOLOR Y EL ODIO

La Tercera, 8 de abril de 1990

El domingo pasado viví una singular emoción. Al cumplirse el cuarto aniversario del asesinato del dirigente poblacional de la UDI, Simón Yévenes, se celebró una misa de campaña a pocos metros de su tumba, en el Cementerio Metropolitano, oficiada por el sacerdote Raúl Hasbún.

En ella, el padre Hasbún recordó los funerales de Simón Yévenes, donde él también celebró la misa.

Rememoró cómo en ese duro trance no se pronunció ni una sola palabra de odio, venganza o rencor. Tampoco se escuchó consigna agresiva alguna. Sólo se elevaron plegarias a Dios por nuestro mártir y se proclamó el firme compromiso de redoblar nuestra lucha por los ideales a cuyo servicio él inmoló su vida.

Amenazado muchas veces de muerte por el comunismo, a Simón Yévenes le exigían que se fuera a vivir a otro lugar de la ciudad, porque su liderazgo donde residía era un obstáculo insalvable para el violentismo totalitario. Pero precisamente por tal razón, él decidió conscientemente -junto a su esposa, Juanita- permanecer allí, sin doblegarse. Por eso, más que una mera víctima del terrorismo, Simón Yévenes fue un auténtico mártir. Y los mártires fecundan con la fuerza del ejemplo y del amor.

¡Qué contraste entre todo ello y ciertas recientes manifestaciones de los mal denominados "presos políticos" y sus partidarios!

Entre ellos, está el presunto asesino de Simón Yévenes, fugado hace poco de la cárcel. Están quienes internaron el gigantesco arsenal de armas de Carrizal Bajo. Están los que atentaron contra el ex Presidente Pinochet, matando a cinco de sus escoltas. Están los asesinos del general Carol Urzúa o de tantos jóvenes carabineros. Están los agresores de decenas de civiles y uniformados muertos o heridos por el terrorismo extremista.

Sus voceros pretenden justificar moralmente tan aberrantes delitos. Más aún, sólo parte de esos presos anuncia que no proseguirá en su accionar violentista, pero condicionándolo a sus propios juicios tácticos de conveniencia política futura.

Está claro que la violencia como método de acción política no les merece reparos morales en sí misma. La seguirán usando tanto y cuánto la estimen útil. Sus apelaciones a que "se haga justicia" no logran disimular que los mueven el desquiciamiento y el odio.

Todo eso aflora en sus presiones sobre el Presidente Aylwin para que los indulte a todos, sin excepciones. O cuando intentan descalificar al Poder Judicial, incluyendo vías de hecho, como las registradas esta semana.

El Gobierno no puede confundir -ni favorecer que se confunda- cualquier legítimo propósito de mejorar el Poder Judicial, con el objetivo extremista de desprestigiarlo y destruirlo.

LA VIRGEN

Era mariano, sin duda alguna. Amaba a la Virgen, como se ama a la mejor de las madres. La invocaba a cada instante, por considerarla la intercesora más eficaz ante su Hijo Dios.

Admiraba en Ella su sencillez, su modestia, su humildad. Su disposición y disponibilidad para hacer familia, junto a Jesús y a José. Pensaba que el modelo de familia debía ser, para nosotros, el hogar de Nazareth. Todos al servicio de todos y, en última -o primera- instancia, al servicio de la voluntad de Dios.

Siempre asoció a la Virgen con nuestra Patria. Ponía en sus manos el destino del país, expresando su devoción a Nuestra Señora del Carmen, Patrona de Chile. Asimismo recordaba con frecuencia un acontecimiento que llevaba grabado en su memoria y en el que creía profundamente: las apariciones de la Virgen a los pastores de Fátima y sus tres revelaciones.

Pero el vínculo más estrecho que Jaime mantenía y cultivaba con Nuestra Señora era el rezo diario del Rosario. Tal vez por eso, el mismo día en que lo asesinaron, Ella se encargó de que él partiera al cielo mientras aprisionaba aquél entre sus dedos, murmurando su último ruego "ahora y en la hora de nuestra muerte, amén...".

MARÍA Y CHILE

La Segunda, 9 de diciembre de 1983

Chile revivió ayer su profunda devoción a María. Herencia predilecta de España, el fervor mariano ha sido uno de los rasgos más constantes del sentimiento nacional. De ahí que incluso cuando el curso de la historia nos llevó a su independencia de la madre patria, fue María -bajo la advocación del Carmen- a quien se juró construir un templo allí donde las armas emancipadoras sellaran su victoria. El santuario de Maipú atestigua el cumplimiento de aquel voto.

No es extraño, por tanto, que la Virgen del Carmen sea venerada oficialmente hoy como Patrona de todas nuestras Fuerzas Armadas y de Orden.

Por otro lado, la circunstancia de que los protestantes no rindan a María el mismo culto que le profesamos los católicos, jamás ha representado un factor de divisiones entre los cristianos chilenos. La Madre de Dios ha sido siempre para Chile signo y símbolo de unidad.

Asimismo, la devoción mariana trasciende fronteras sociales y hace vibrar por igual a todos los estratos del país. Ninguna festividad religiosa concita el fervor popular en términos tan amplios y vigorosos como el 8 de diciembre.

La Inmaculada Concepción, proclamada como dogma por Pío IX a mediados del siglo pasado, después de largas controversias teológicas, encierra un contenido maravilloso.

No se trata, como errónea pero extendidamente se piensa, de la concepción virginal de Cristo, por obra del Espíritu Santo, en las entrañas de María. Este constituye otro dogma fundamental y vinculado a aquél, pero distinto, dentro de la fe católica.

La Inmaculada Concepción consiste en que María fue preservada, desde su misma concepción, del pecado original con que todo el resto de las criaturas humanas nacemos por efecto de

la falta de nuestros primeros padres. Y, como no experimentó los caracteres de la naturaleza caída que nos hace permeables al mal, María no cometió ni pudo cometer en su vida pecado alguno. Era "llena o plena de gracia".

Porque debía ser la Madre de Dios, quiso la Providencia Divina que a María se le aplicaran anticipadamente los méritos redentores de Cristo respecto de la humanidad, logrados con su pasión, muerte y resurrección, de modo que Ella estuviese limpia de todo pecado desde el instante mismo de ser concebida. He allí la explicación teológica que los principales teólogos marianos desarrollan como fundamento de este misterioso y sublime dogma de fe.

San Luis María Grignon de Montfort profundiza las razones por las cuales la verdadera devoción a la Virgen María es -además- camino "fácil, corto, perfecto y seguro" para llegar a unirse con Cristo, meta suprema de la vida cristiana.

Así lo hemos comprobado en Chile a través de toda nuestra historia. El 8 de diciembre se acercan más niños que en ningún otro día del año a recibir a Cristo en su primera comunión. Y éste es también el día en que más personas apartadas habitualmente de los sacramentos, retornan a confesarse y comulgar bajo el llamado irresistible del amor de María.

América Latina es mirada desde muchos ángulos, como un continente llamado a grandes y privilegiados destinos futuros. De ello no me parece ausente -sino central- el ser y haber merecido el reconocimiento de "continente mariano". Y Chile ocupa al respecto un lugar señero que más allá de las dificultades temporales debe llenar nuestros espíritus de la más gozosa esperanza.

LO VERDADERAMENTE IMPORTANTE

La Segunda, 7 de diciembre de 1984

Mañana despertaremos con la alegría de una fiesta maravillosa. La Inmaculada Concepción volverá a remecer las fibras más hondas de la religiosidad de nuestra Patria. Una vez más, María acercará a los sacramentos de la penitencia o confesión y de la eucaristía o comunión a muchas personas que el resto del año viven habitualmente al margen de ellos.

El secreto de María arranca de un "sí". Cuando el ángel Gabriel le comunica que Ella ha sido elegida para ser la madre del Redentor, Dios irrumpe cambiando bruscamente sus planes de vida.

Sin duda, María intuye la mezcla de misteriosos caminos de gozo, dolor y gloria a que ese llamado la invita. Y, entre ellos, los dolorosos quizás habrán resaltado con esa fuerza que lleva a tantos a negarse o rebelarse frente a los designios divinos.

María da su aceptación al mensaje del ángel: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc. 1, 37). Y de ese "sí" brotará la única esclavitud que libera, la de una entrega resignada y amorosa a la voluntad de Dios, cualquiera ésta fuere.

¿No hay acaso en ese "fiat" -en ese "hágase según tu palabra"- una sublime lección para cuando frente a las contrariedades que nos ocurren, tratamos de exigir explicaciones que satisfagan nuestro pobre entendimiento y se acomoden a nuestros limitadísimos deseos, muchas veces incluso egoístas?

Los senderos de sufrimiento que comporta la vocación de María se le presentarían pronto más nítidos. Al llevar a Jesús Niño para Su presentación en el templo, el anciano Simeón le advierte a su madre que "una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones" (Lc. 2, 35).

Son muy conocidos los dolores de María en la Pasión de

Cristo. Pero, en cambio, suele repararse menos en los sufrimientos que acompañan a la Virgen durante todo el resto de la vida de su Hijo.

Cuando a los doce años Jesús se pierde de María y José por tres días, al no acompañarlos -sin advertírselos- en el regreso desde Jerusalén a Nazaret, su Madre le dirige palabras de cariñoso reproche. La respuesta de Jesús parece cortante: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe de las cosas de mi Padre?" (Lc. 2, 49).

Y el Evangelio nos agrega que María y José "no entendieron lo que les decía" (Lc. 2, 50), pero que Ella "guardaba todo esto en su corazón " (Lc. 2, 51).

No es la única vez que Jesús da a María respuestas algo duras que probablemente la hacían sufrir. Ella no siempre las entendía, pero las aceptaba guardándolas y meditándolas en su corazón.

Ciertas explicaciones piadosas buscan restar todo sentido de dureza a esas frases de Cristo. Sin embargo, más convincente se insinúa la hipótesis de que si bien desde el anuncio del ángel a la Inmaculada supo que sería la madre del Hijo de Dios, Ella tuvo que sufrir para crecer hasta una comprensión plena de lo que eso implicaría.

La niña de la Anunciación no es idéntica a la mujer que, al pie de la Cruz de Cristo, recibe como legado la filiación de la humanidad entera en la persona de San Juan. Ahí no es sólo la Madre de Jesús, sino también la madre de la Iglesia que Cristo funda y de la cual es cabeza.

Es siempre la exigencia del desprendimiento de aquello que consideramos más legítimamente nuestro y propio. Dios nos pide que lo subordinemos a Su voluntad. Desde lo que Jesús le dijo a los doce años, María profundizaba en que su Hijo no le pertenecía única ni totalmente. Le pertenecía, ante todo y por sobre todo, al Padre y por Su voluntad a todos los hombres. Cristo

la preparó así para que Ella lo acompañara en su más alta misión de universalidad.

En la meditación profunda de la voluntad de Dios y en el dolor que Ella entrañe amorosamente aceptado, María nos enseña el secreto del crecimiento interior.

FIESTA MARAVILLOSA

La Tercera, 7 de diciembre de 1986

Mañana amaneceremos con la alegría jubilosa de celebrar la Inmaculada Concepción.

María fue madre sin perder su virginidad, ya que Jesús fue concebido en sus entrañas sólo por obra y gracia del Espíritu Santo. La unión de María con José revistió un carácter místico. Ella permaneció siempre virgen, hasta el fin de su existencia temporal y su inmediata ascensión al cielo en cuerpo y alma.

Sin embargo, la Inmaculada Concepción no se refiere a esa concepción virginal de Cristo en María, como errónea -pero frecuentemente- se cree. La fiesta de mañana celebra otra verdad distinta de la fe cristiana, consistente en que, si bien María fue concebida por el vínculo carnal de sus padres, Ella estuvo exenta de pecado original desde el momento mismo de su concepción en el seno de su madre, Santa Ana.

Todos los seres humanos cargamos con la herencia del pecado original de nuestros primeros padres. Debido a aquel acto de soberbia contra Dios, el hombre perdió su estado de "justicia originaria" con que fuera creado, el cual incluía la impasibilidad y la inmortalidad. Entraron así en nuestras existencias el dolor y la muerte. Nuestra naturaleza caída arrastra desde entonces una inteligencia nublada y una voluntad debilitada, que nos inclinan a discernir o a actuar contra la voluntad y las leyes divinas. El pecado original de nuestros primeros padres es la fuente última de cada uno de nuestros pecados propios, que quebrantan los mandatos de Dios.

Era lógico que, por aplicación anticipada de los méritos redentores de Cristo, quien sería Su madre fuese preservada del pecado original desde el instante mismo en que Ella fue concebida. De ahí que María tampoco pudiese pecar y que el demonio careciera de poder alguno frente a Ella.

Su Inmaculada Concepción se yergue así como sublime maravilla que nos deleita espiritualmente y nos brinda fuerzas insuperables en nuestra diaria lucha contra las inclinaciones hacia el mal.

María no entendió plenamente su misión desde el inicio. Avanzada ya la vida de Cristo, los evangelios registran múltiples episodios en que Ella no comprendía del todo a su Hijo. Pero María había dado un "sí" integral a la voluntad divina, desde que aceptó el anuncio del ángel Gabriel. Y esa entrega total le permitiría ir siendo guiada por Dios a través del sufrimiento, para crecer hasta una plena comprensión del misterio de ser -a la vez- Madre de Dios, de la Humanidad y de la Iglesia, según el propio Cristo le explicitaría desde la cruz.

La devoción a la Inmaculada Concepción, a la Purísima, constituye uno de los mayores dones que Chile ha recibido. María siempre ha unido a los chilenos, desbordando, incluso, diferencias de credos religiosos. Es Reina Coronada de la Patria, bajo la advocación del Carmen.

Dejemos que mañana María inunde nuestras almas, mostrándonos a cada cual nuestro propio camino de perfeccionamiento espiritual, en el silencio que sólo permiten la oración y la vida interior.

JUAN PABLO II

Jaime Guzmán creía firmemente en la adhesión que todo cristiano estaba llamado a profesar al Papa, sucesor de Pedro, cabeza éste de la Iglesia fundada por Jesucristo. Nunca puso en duda la autoridad del Sumo Pontífice en materias de dogmas y de moral.

Particular admiración sintió siempre por su santidad Juan Pablo II. Celebraba su inteligencia, su claridad conceptual y su coraje para defender los principios católicos y los valores del Evangelio, por impopular que ello resultara muchas veces.

Y celebraba, por sobre todo, su testimonio de profunda vida interior, para quien la oración continua, la fervorosa devoción a la Santísima Virgen y el celo apostólico rayano en lo heroico han engrandecido su figura no sólo ante los ojos de los católicos, sino incluso de personas alejadas o ajenas a la Iglesia.

Por otra parte, le conmovía el coraje demostrado por Juan Pablo II para enfrentar a quienes lo han denostado y perseguido con encono y agresividad, así como admiró sin reservas su actitud compasiva y misericordiosa hacia el agresor que disparó contra él con la intención de asesinarlo y a quien el Papa fue a visitar a la cárcel para brindarle su perdón.

SÍ A LA PAZ ES SÍ AL PAPA

La Segunda, 11 de diciembre de 1981

Un joven chileno y otro argentino entregarán mañana al Papa los resultados de la recolección de firmas juveniles a favor de la paz entre nuestras naciones.

Ante ello conviene precisar que el resonante éxito logrado por esa campaña de firmas entre la juventud chilena se logró en el claro entendido de que -para nuestra patria- decir "sí a la paz" es decir "sí a la mediación papal". Y a esta altura ello significa algo bien concreto.

No está de más recordar que dicha mediación surgió a raíz del insólito desconocimiento argentino del laudo arbitral británico, cuyo cumplimiento estaba confiado al honor de las partes. Aunque jurídicamente el diferendo quedó resuelto, esa conducta antijurídica del gobierno trasandino lo prolongó de hecho, agudizándolo por sus amenazas belicistas, cuya inminente concreción a fines de 1978 movió al Papa a ofrecerse como mediador.

No está de más recordar, sin embargo, que poco antes había sido Argentina quien sugirió una mediación como salida a la impasse generada y fue también ese país quien propuso entonces al Papa como mediador, dada su calidad de suprema autoridad moral de la tierra y de jefe de la Iglesia Católica universal, credo mayoritario en ambas naciones.

No está de más recordar, tampoco, que el tema específico de la mediación quedó precisamente definido cuando ésta se formalizó y sobre él giraron las pacientes negociaciones que durante casi dos años se llevaron a cabo, hasta culminar en la propuesta papal de diciembre de 1980.

No está de más recordar, en fin, que tal propuesta no fue ni es una sugerencia cualquiera, sino que tuvo y tiene los caracteres de proposición única, oficial y definitiva que el Augusto Mediador

ha formulado para superar el diferendo. Lo corroboran así la solemnidad de su entrega; el discurso público con que el Papa la acompañó, donde calificó la fórmula de "justa, equitativa y honorable" para una paz duradera; su solicitud de respuesta a ambos gobiernos dentro de un plazo inferior a un mes y, por último, el que Su Santidad se haya ofrecido como garante de los tratados que habrían de dar forma jurídica al acuerdo.

Fue el conjunto de la realidad descrita lo que sin duda llevó al Gobierno de Chile a aceptar públicamente la propuesta papal, dentro del plazo, pese a que ella no satisface integralmente nuestras aspiraciones, según ya entonces lo expresara el Presidente Pinochet.

Contrastando con ello, Argentina ha eludido una respuesta directa durante un año entero, con dilaciones y maniobras que lesionan el prestigio internacional del Santo Padre.

Voces trasandinas responsables han pretendido incluso rebajar la figura del Pontífice, llamándolo simplemente "Jefe del Estado Vaticano". Ofensa gratuita, que no borrará la evidencia de que no se le designó mediador en tal carácter (ya que para ello había muchos otros Estados de mayor significación política), sino por la autoridad moral de ser el Jefe Supremo de la Iglesia.

Una reciente movida de la Cancillería argentina ha pretendido, en fin, obviar el diferendo austral sometido a mediación, bajo el pretexto de diluirlo en un robustecimiento "más amplio" de los lazos integradores con Chile.

Para los chilenos, nada de esto tiene el menor sentido. Nuestro camino de paz e integración futura con Argentina pasa por la aceptación filial de lo que Su Santidad ha propuesto, en el marco de la mediación y por la estricta observancia del Derecho Internacional.

Por eso, los mismos jóvenes que no vacilarían en ir al combate si la dignidad y soberanía de Chile así lo exigiera, apoyan la fórmula de paz propuesta por el Papa.

URGENTE MENSAJE A CADA CHILENO²

La Segunda, 15 de julio de 1983

En medio de los acontecimientos vividos últimamente en Chile, ha resonado en la Plaza de San Pedro la voz del papa Juan Pablo II. El Pontífice le dedicó una parte relativamente extensa de su alocución pública de este miércoles, a la situación interna de nuestra Patria.

Y, por todo lo delicada e improcedente que había resultado la actitud intervencionista de diversas cancillerías europeas y del Departamento de Estado norteamericano respecto del complejo episodio de la detención judicial de tres dirigentes políticos, las palabras del Papa brotaron -en cambio- oportunas y equilibradas, a la vez que interpeladoras y motivantes.

Mientras las aludidas intervenciones diplomáticas parecieron un intento de internacionalizar nuestros problemas, la autoridad espiritual y universal inherente al pontificado romano no podría comportar peligro semejante.

Con todo, lo que estimo más fundamental es lo siguiente: las palabras de S.S. Juan Pablo II han tenido lugar en un momento en que asoman síntomas que podrían llegar a deslizarnos por la espiral de la violencia que la inmensa mayoría del país rechaza, fiel a su vocación jurídica, pacífica y tolerante.

En un cuadro político que arriesga teñirse con rasgos de polarización deseada sólo por algunos extremistas de signos opuestos, el Papa ha llamado a la concordia y a la búsqueda de instancias de diálogo y de soluciones pacíficas a nuestras dificultades.

Era de esperar que tan alta exhortación se recogiese por cada persona y sector ciudadano como lo que ella es.

² En julio de 1983, los dirigentes DC Gabriel Valdés, Jorge Lavandero y José de Gregorio estuvieron detenidos cinco días, acusados de financiar volantes que llamaban a participar en una protesta nacional contra el gobierno militar.

Un llamado a todos los chilenos -sin excepciones- a qué reflexionemos sobre nuestra propia actitud actual y la forma de corregirla o perfeccionarla para afianzar los caminos de paz.

Pero he aquí que un prelado chileno afirma que "ahora corresponde a los gobernantes que no se queden en palabras sino en hechos", convirtiendo así al Gobierno en el único aparente responsable de la polarización que hoy vivimos, como si nada relevante incumbiera al respecto a la oposición o a otros sectores ciudadanos.

Un dirigente gremial cae en parecida unilateralidad al decir que "se hace entonces más necesario que nunca que el Gobierno no preste oídos sordos al clamor, no sólo de la ciudadanía nacional, sino de la comunidad mundial".

Y un dirigente político opositor pone el broche de oro en la materia, afirmando su anhelo de que las palabras papales "toquen las conciencias de la gente que actualmente detenta el poder, en el sentido de que Chile necesita el pronto retorno a la democracia y a la libertad".

Las sabias palabras pontificias han evitado cualquier sesgo que pudiese implicar una toma de partido en la pugna política chilena. Su contenido tiende a remecer cada conciencia, antes que sea tarde.

Es evidente que la exhortación papal debe hacer meditar a nuestros gobernantes. Pero también a sus opositores. Y a cada uno de nosotros, los chilenos, sin excepciones. Debe instarnos a todos a construir, con generosidad ecuánime y realista, el exigente cimiento del consenso básico en que se funda cualquier auténtica construcción social de paz.

Instrumentalizar soberbia, mezquina y parcializadamente las palabras del Papa para abonar las propias posturas políticas y lanzarlas acusatorias a la cara del adversario, indica no entender su sentido. Es pretender convertir un mensaje urgente de paz y concordia en otro dardo más de odios y divisiones.

MANIPULACIONES REPUDIABLES

La Tercera, 22 de febrero de 1987

En las últimas semanas han arreciado las embestidas de diversos grupos de "izquierda cristiana" u otros proclives al marxismo, para instrumentalizar la próxima visita del Santo Padre a Chile.

Dichas acciones políticas se presentan bajo el aparente propósito de "informar" al Papa sobre nuestra "verdadera realidad" y el "auténtico sentimiento" del pueblo chileno. Todo ello, claro está, según la visión parcial e interesada de dichos sectores.

Se trata, obviamente, de un burdo pretexto. Pero lo importante es calibrar bien los objetivos últimos de esta maniobra, a fin de que la opinión pública contribuya a neutralizarla.

Desde luego, la señalada estrategia tiende a aprovechar la amplia cobertura periodística internacional propia de una visita papal, como tribuna propicia para que los aludidos grupos políticos busquen montajes publicitarios en pro de sus consignas hacia el mundo entero.

Sin embargo, lo que pretenden los sectores políticos en cuestión es aún más osado.

Por un lado, se intenta implícitamente desacreditar al Nuncio de Su Santidad en nuestra patria y a los obispos chilenos encargados de la visita papal, como personeros eclesiásticos supuestamente distantes de "los sentimientos y anhelos populares" o de "los cristianos de base". Sólo así se explica que de hecho se desconozca a dichas instancias la calidad de informantes válidos y objetivos de la realidad nacional frente a la Santa Sede.

Por otra parte, se procura sorprender a esas mismas autoridades eclesiásticas para lograr concesiones de su parte, bajo la presión subyacente que la descrita actitud de esos sectores políticos representa.

Sin duda, la jerarquía de la Iglesia Católica continuará

sorteando tales escollos como lo ha realizado hasta ahora y asegurará así el carácter genuinamente pastoral de la visita del Santo Padre.

Asimismo, todos los chilenos podemos colaborar a ello, reforzando una recta disposición ante el peregrinaje pontificio a nuestro suelo.

El Vicario de Cristo viene a Chile a traernos en forma de signo especial y más directo el mensaje del Hijo de Dios. Su contenido interpelará necesariamente toda nuestra existencia, incluidas las dimensiones éticas de nuestra convivencia social. Pero la Palabra Divina, de la que el Pontífice es apóstol supremo, trasciende cualquier contingencia y sólo cobra su pleno sentido desde una perspectiva religiosa y sobrenatural que nos proyecta a la eternidad.

Quienes no compartan esta fe, deben al menos respetarla. De ahí que empeñarse en utilizar al Papa como pieza de nuestro juego político interno, en favor de prejuiciadas conveniencias subalternas, resulta francamente repudiable.

PARA QUE PERDURE

La Tercera, 5 de abril de 1987

Somos ya millones los chilenos que tenemos nuestro propio testimonio de encuentro personal con el Santo Padre en esta visita a nuestra patria.

¿Cómo transmitir, por ejemplo, mi emoción al participar del acto del Papa en la Universidad Católica de Chile? ¡Esa antigua Casa Central donde hice todos mis estudios universitarios, donde me desempeñé como dirigente estudiantil, donde desarrollé mis primeros años de actividad docente en la Facultad de Derecho y donde he participado como miembro de los más significativos cuerpos colegiados de la universidad!

Ver y escuchar allí a Juan Pablo II fue sentirme junto a él en uno de los lugares en que he vivido muchas más vitales experiencias y que mayor afecto me suscita.

Incluso, quienes sólo han contemplado al Papa por televisión, sin duda han sentido un impacto muy superior y distinto a su imagen tantas veces reflejada antes en la misma pantalla. Y es que ahora está en Chile.

La presencia de Juan Pablo II cautiva, porque irradia santidad. Pero eso es apenas un instrumento de que él se vale para atraernos hacia aquel mensaje que le ha sido encomendado difundir y que siempre insiste en que no es suyo. Es el Evangelio de Cristo, del Hijo de Dios hecho hombre.

En estos días hemos presenciado los más agresivos y burdos intentos para instrumentalizar políticamente la visita papal, incluso por parte de los responsables o protagonistas de algunos de los actos oficiales del peregrinaje pontificio.

Frente a ello, el Papa jamás ha dejado de prodigar a nadie su cariño y comprensión. Pero desde allí, ha brotado su palabra, siempre profunda e inmovible para expresar lo que él viene a enseñarnos y no lo que algunos quisieran presionarlo a decir.

Ese mensaje persuasivo y penetrante, que entra en nuestras realidades temporales -aún las más conflictivas- con el hondo y fino equilibrio de la sabiduría que viene de Dios.

¡A qué enana insignificancia -digna tanto de lástima como de repudio- quedan reducidos los propósitos de instrumentalizar políticamente a Juan Pablo II! ¡Qué agudo contraste entre el Papa y los sacerdotes o laicos que así han actuado!

Y por el contrario, ¡qué maravilla ver a tantos no creyentes que empiezan a descubrir a Dios y a tantos católicos alejados de los sacramentos que manifiestan su decisión de volver a frecuentarlos!

Para que el mensaje de Juan Pablo II perdure en todos sus frutos, hay que apreciarlo completo y sin parcelaciones interesadas. Hay que comprenderlo en su sublime raíz sobrenatural, que proviene de Cristo y nos lleva hacia Cristo.

¿SEGUIRÁN SIN ENTENDER?³

La Tercera, 12 de abril de 1987

El impacto de la violencia extremista desatada en el Parque O'Higgins en la misa oficiada por Juan Pablo II, sigue despertando comentarios.

Como lo señalé esa misma noche en un programa de televisión, los grupos violentistas que allí actuaron no lo hicieron por inconsciencia o inmadurez.

En efecto, el país fue testigo de la larga campaña de los sectores marxistas para evitar que el Papa viniera a Chile. Consumado ya dicho viaje, su estrategia apuntó a presionar al Santo Padre para que hiciera y dijera lo que ellos querían.

En esta línea, el marxismo encontró un buen aliado en sectores eclesiásticos (incluidos varios de los sacerdotes organizadores y protagonistas de los actos oficiales de la visita papal en Santiago), que también intentaron instrumentalizarla políticamente. Los "testimonios" unilaterales y agresivos de La Bandera y del Estadio Nacional, unidos a las inaceptables manifestaciones registradas en su desarrollo, responden a dicha coincidencia eclesiástico-marxista.

Fracasadas esas nuevas maniobras ante la sublime superioridad de Juan Pablo II para demostrar que nada lo apartaría de su misión evangelizadora, el marxismo decidió dar un paso más. Y entonces sucedió lo del Parque O'Higgins.

Fue la profanación de la Eucaristía, la ofensa directa al Papa y el ataque físico a los fieles católicos que celebraban la beatificación de la primera santa chilena.

Lógicamente, allí se produjo la condena indignada de la ciudadanía y la enérgica reacción de la jerarquía eclesiástica.

³ El 3 de abril de 1987 se produjo el momento más delicado de la visita del papa Juan Pablo II a Chile, cuando en la celebración de la misa de beatificación de Sor Teresa de los Andes, en el Parque O'Higgins, grupos exaltados promovieron graves incidentes.

Sin embargo, lo ocurrido permitió constatar al marxismo en su verdadero rostro. Cuando para lograr sus fines él puede valerse de elementos eclesiásticos, aparenta respeto a la religión. Pero si ello no le resulta suficiente, emerge su ateísmo militante y antirreligioso, esencial a la doctrina de Marx, Engels y Lenin. Ese que persigue a la Iglesia y niega libertad de cultos en todos los países comunistas del mundo.

El MDP, cuyo eje es el Partido Comunista, al negar su evidente autoría de los hechos sólo reafirma su fidelidad a la cínica simulación que enseña Lenin.

¿Comprenderán ahora los eclesiásticos que impulsan o admiten concomitancias cristiano-marxistas cuál es el destino último de su conducta?

¿Entenderá el Partido Demócrata Cristiano que el marxismo jamás será conciliable con la democracia, porque aun si declarase abandonar la "vía violenta", ello sólo sería algo táctico y -sobre todo- porque sus fines son intrínsecamente totalitarios?

Por desgracia, las primeras reacciones de los sacerdotes en cuestión y de la dirigencia democratacristiana demuestran que persisten en no captar el fondo del problema.

LO QUE MÁS ME IMPACTÓ

Ercilla, 15 de abril de 1987

Todos quedamos asombrados por la vitalidad física demostrada por Juan Pablo II en su viaje a Chile, que además incluyó jornadas igualmente agotadoras en Argentina y Uruguay.

Inútil sería buscar la fuente de esa energía en vertientes preponderantemente naturales. Fluye demasiado claro que el Santo Padre está movido por una fuerza sobrenatural. Por aquella singular superabundancia de Gracia Divina que distingue a los santos. Porque Juan Pablo II, por encima de cualquier otro rasgo, es un santo.

Sin duda, la santidad supone el cultivo simultáneo y en grado heroico de múltiples virtudes. Pero si tuviese que destacar aquella que más me impresionó en el Papa, no vacilaría en destacar su humildad.

Juan Pablo II fue dotado por Dios de los talentos naturales propios de un gran comunicador. Tal aptitud, unida a sus múltiples otras cualidades y al atractivo de su carismática personalidad, le permiten congrega y cautivar a las multitudes, sin fronteras de ninguna especie. Su popularidad corre a parejas con el respeto, la admiración y el cariño que suscita.

Ahora bien, toda persona que logra el aplauso y elogio de las multitudes, tiende a regocijarse de algún modo en ello. Desde la burda fatuidad del vanidoso hasta el esfuerzo que busca colocar ese éxito al servicio de una causa superior. Sin embargo, Juan Pablo II me deja una impresión diferente, que va aún mucho más lejos que esto último.

Creo que lo más impactante del actual Pontífice estriba en que él ni siquiera parece reservarse ese humano y legítimo deleite con la acogida que despierta. Su humildad alcanza cumbres tan elevadas, que no hay lugar en ellas para ninguna concesión al "ego". Con su actitud, él nos demuestra que aun ese grado que

pudiésemos considerar inevitable e indisoluble de la condición humana, puede superarse en los más altos niveles de la santidad.

Juan Pablo II hace patente que su espíritu opera como un resorte automático para proyectar hacia Dios todo el eco de su personalidad y de sus palabras. Sin guardarse ningún deleite interior de autosatisfacción. Ninguno. Ni siquiera aquel que pudiera estimarse lícito.

Todo lo que el Papa hace y dice está proyectado hacia Dios. Y es que él sabe que su mensaje no le pertenece. Es de Cristo, el Hijo de Dios que se hizo hombre. Por eso habla con una autoridad que le viene de lo alto. Y también por eso sólo acepta ser el mensajero de Cristo.

En esta Semana Santa, difícilmente habrá algo más oportuno que releer lo que el Santo Padre nos dijo en Chile. Asumir el conjunto de su mensaje para proyectarlo en nuestras vidas, sin prejuicios ni parcelaciones que lo desfiguren.

Pero para entender el verdadero significado de ese mensaje, hemos de colocarnos en la perspectiva sobrenatural que le otorga su verdadero sentido. Sin ello, palabras como "reconciliación" y "amor" pueden desnaturalizarse, limitándose a vacíos sentimentalismos. O, peor aún, a un caprichoso acomodo reafirmador de nuestras conveniencias.

Para que realmente "el amor sea más fuerte", ha de ser expresión genuina de la virtud teologal de la caridad. Es decir, del amor de Dios -lo que exige seguir sus mandamientos- y del amor al prójimo por amor de Dios, lo cual reclama buscar el bien moral del ser amado. De ahí que el auténtico amor resulte inseparable de la observancia de la ley moral objetiva. Reconocerlo y asumirlo requiere esa humildad que el Papa nos testimonió en forma que nos sobrecoge, pero que también nos cuestiona a cada uno.

¿A QUÉ VINO EL PAPA?

La Tercera, 27 de diciembre de 1987

Al aproximarse el término de 1987, resulta fácil concordar en que el hito nacional más relevante fue la visita del Papa a Chile.

Rememorando esos días inolvidables, en que la figura santa de Juan Pablo II removi6 millones de conciencias y cautiv6 incontables corazones, estimo especialmente oportuno reflexionar sobre el sentido más profundo de ese acontecimiento. ¿A qué vino a Chile el Santo Padre?

Lo dijo él mismo, en cada una de sus intervenciones. Lo corroboró con el testimonio humilde del que subordina todo su propio atractivo y liderazgo a Alguien superior, del cual es sólo un vicario. Juan Pablo II vino a confirmarnos en nuestra fe en Cristo, evangelizándonos pastoralmente con Su mensaje.

Cabe preguntarse, sin embargo, quién es Cristo. Interrogante es ésta que cobra especial importancia y urgencia cuando cunde la tentación de circunscribirlo a una persona dotada de cualidades sublimes, pero puramente humanas.

Cristo es Dios. Se trata de la segunda persona de la Santísima Trinidad, que asumió la naturaleza humana. Es el enviado de Dios Padre. Pero no como lo podría ser un santón oriental, un profeta o un líder religioso. No. Cristo es a la vez verdadero hombre. Repitamos, entonces, que Cristo es Dios.

He ahí la cuestión capital. El núcleo de la fe cristiana consiste en cambiarnos el sentido de lo real. Si ello no ocurre, no estamos aún viviendo la fe en Cristo. Los ojos de la razón humana sólo aceptan lo que ésta puede demostrar. Por el contrario, los ojos de la fe conllevan el don divino de ver una realidad suprarrazional, asumiéndola como tal. No al modo de los mitos, las magias o los vagos deseos de difusas eternidades, sino de una manera que efectivamente modifique nuestro sentido de lo real.

Ello lleva a San Pablo a decir que "si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe" (1Cor. 15, 17). Y añade: "Pero no, Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicia de los que duermen" (1 Cor. 15, 20).

Es ese Cristo realmente resucitado el que está -también real y no simbólicamente- presente en la Eucaristía. Es tan real -e incomparablemente superior- la gloria de la vida eterna que nos espera después de la muerte, como nuestra actual existencia temporal a la cual tanto solemos aferrarnos. Misterios de fe, sin duda. Pero adorándolos en el espíritu de Navidad, recibiremos crecientemente los frutos maravillosos de procurar enfrentar nuestra vida cada día más conforme a los valores de Cristo, antítesis de los seudo valores del mundo que idolatra las riquezas, los placeres y el poder, como fuente de un status que -ese sí- se pudre en los sepulcros.

Cristo, en cambio, nos trae la resurrección y la vida verdadera y eterna.

SEMANA SANTA

De todas las celebraciones del calendario litúrgico, la Semana Santa era la que más identificaba a Jaime. Y es que él no la celebraba, la vivía: acompañaba muy de cerca a Jesucristo, desde la Cena Eucarística del jueves por la tarde, hasta su Resurrección, al tercer día.

Para él, esta fecha marcada de rojo en el calendario no era sinónimo de feriado vacacional, sino una invitación a recogerse para orar y adorar a Dios hecho hombre. Por tanto, rezaba, ayunaba y escuchaba música sacra, incluyendo por cierto la Pasión según San Mateo (o aquella de San Juan) de Bach, la que iba meditando junto con su lectura.

Era una persona que comprendía cabalmente el sentido del sufrimiento. Y no porque tuviese rasgos masoquistas, sino debido al ejemplo de quien fuera su Maestro: Jesús no sólo habló del dolor a través de su Evangelio, sino que testimonió en la cruz la actitud cristiana frente a él.

Jaime siempre creyó en el valor purificador y corredentor del sufrimiento, razón por la cual nunca se rebeló frente a él. Sabía que el dolor es inevitable -por ser propio de la humana condición- y diríase que lo aprovechaba para el perfeccionamiento de su propia naturaleza herida por la huella del pecado original.

Vivía intensamente el Viernes Santo: como si se instalara a los pies de la cruz, haciendo suyo el sufrimiento de Cristo, a la vez que ofreciendo el propio. Sin embargo, a pesar de hacerse cargo del dramatismo del Gólgota, nunca dejaba de recordar que la historia de Jesús -y la nuestra- no termina en la cruz ni en el sepulcro, sino en la resurrección.

Por ello, su esperanza cristiana caminaba de la mano de su fe en el resucitado. Y por lo mismo, cultivaba la alegría aún en medio de las contradicciones y las adversidades.

LA CRUZ: EXIGENCIA CRISTIANA

Ercilla, 26 de marzo de 1986

"Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz, pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú." (Mt. 26, 39).

Con esas misteriosas y dramáticas palabras, Cristo inicia el primer paso de su Pasión. Cuando los cristianos nos aproximamos a una nueva conmemoración de los misterios centrales de nuestra fe, pareciera necesario situarnos en ese momento solemne.

Es la noche del Jueves Santo. Jesús ha cenado por última vez con sus apóstoles, instituyendo la Eucaristía. Y desde ahí ha caminado con ellos al Monte de los Olivos, hasta un lugar llamado Getsemaní.

"Y tomando a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y angustiarse. Entonces les dijo: Triste sobremanera está mi alma a punto de morir. Quedaos aquí y velad conmigo" (Mt. 26, 37- 38).

Es entonces cuando "adelantándose un poco, se postró y oraba diciendo: Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz, pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú".

En la persona divina de Cristo coexisten dos naturalezas, la divina y la humana. Por eso, es a la vez verdadero Dios y verdadero hombre. Se trata del inefable misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. Y como la voluntad sigue a la naturaleza, en Cristo hay dos voluntades: una divina, idéntica a la del Padre, y la otra humana.

Es esta voluntad humana de Cristo la que, ante la inmensidad del dolor que se le avecina, pide al Padre que "si es posible", lo libere del cáliz de horrendo dolor ante el cual se ve confrontado.

Dolor físico de brutales flagelaciones, de ser coronado de espinas, de ser clavado en la cruz, de morir víctima de los mayores

padecimientos, que le harían aplicable la frase del profeta Isaías de que "no tenía ya figura humana" (Is., 52,14).

Pero, sobre todo, dolor moral. Dolor de tener que asumir cada uno de los pecados -ofensas directas a Dios- que había cometido y cometería cada ser humano, hasta el fin de los tiempos. De saber que lo traicionaría uno de sus apóstoles y que los demás huirían. De sentir que lo negaría aquel que estaba llamado a ser la cabeza de su Iglesia. De prever el indecible sufrimiento de María, su madre, al pie de la cruz. De experimentar la soledad de los que aguardan la propia muerte.

Todo eso se agolpa en el alma de Cristo en esa noche de Getsemaní, hasta hacerlo sudar "con gruesas gotas de sangre que corrían hasta la tierra" (Lc. 22,44).

Es entonces cuando la voluntad humana del Redentor hace su súplica al Padre. Pero la realiza bajo una forma condicional. Sólo "si es posible". Porque, de lo contrario, "que se haga no como yo quiero sino como quieres tú". La respuesta no figura explícita en los evangelios. Pero sabemos que "no fue posible" eximirlo del cáliz íntegro de su Pasión.

La retracción al dolor es propia de la naturaleza humana. Como lo es la búsqueda de nuestra felicidad temporal. Pero la exigencia cristiana en ambos casos está clara. Ello sólo resulta lícito "si es posible" evitar el sufrimiento o lograr nuestros anhelos sin alterar los planes de Dios. Sin faltar, especialmente, a la observancia de la ley moral, a través del pecado. Porque si ése fuese el precio, nos está exigido aceptar el dolor o renunciar a lo que nos atrae.

Ya Cristo había advertido: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame" (Lc. 9, 23).

Cuando el dolor parezca abrumarnos o el pecado se nos antoje anticipadamente justificable -cargándolo cómodamente a nuestra debilidad humana-, la escena de Cristo en Getsemaní

siempre será fuente de fortaleza para sobreponernos y ser fieles a la voluntad de Dios. Y es que con su sacrificio supremo y redentor, Cristo nos permitió acceder a la Gracia de Dios, que hace posible lo que con fuerzas meramente humanas sería imposible. Comprenderlo con fe profunda apunta al núcleo esencial del cristianismo.

PILATOS Y LA VERDAD

La Tercera, 19 de abril de 1987

Entre las muchas figuras que en la Semana Santa desfilan ante nuestras reflexiones, una de las más enigmáticas y trágicamente aleccionadoras es la de Poncio Pilatos.

Cuando los dirigentes espirituales y políticos del pueblo judío deciden dar muerte a Jesús, éste se ve conducido ante Pilatos, representante del Imperio Romano, al cual estaba sometido Israel. Sin su aprobación, los judíos no podían aplicar la pena capital.

Durante el juicio, Pilatos llega a la conclusión de que Cristo es inocente. Después de interrogarlo le dice a la turba allí reunida: "Ningún delito hallo en este hombre" (Lc. 23, 4). Luego intenta aplacar a los acusadores, ordenando azotar a Jesús. El Evangelio de San Juan nos dice explícitamente que "Pilatos buscaba librarle" (a Jesús) (Jn. 19, 12). Hasta les ofrece optar entre Cristo y Barrabás, en la seguridad de que preferirán que suelte a Jesús, ya que Barrabás era un criminal. Pero el pueblo grita que sea liberado Barrabás y que se crucifique a Cristo.

Entonces Pilatos tomó agua y se lavó las manos delante de la muchedumbre, diciendo "Yo soy inocente de esta sangre" (Mt 27, 24). Y entregó a Jesús para que lo crucificaran.

Ciertamente, resulta obvio que en Pilatos prevalece la cobardía. Ese lavado de manos se ha hecho símbolo histórico de quien procura eludir su propia responsabilidad.

Pilatos teme al poderoso, ante el riesgo de que lo indispongan con el emperador romano, cuando le argumentan que Cristo se ha declarado rey y que los judíos no reconocen otro monarca que el César. Pero también Pilatos se doblega por miedo al pueblo, por falta de coraje para rehusar los requerimientos de la masa, por temor a contrariar el ambiente que lo rodea.

Ahora bien, la raíz última de esa cobardía reside en el escepticismo. Jesús le dice a solas a Pilatos que "para esto he

venido al mundo, para dar testimonio de la verdad, y todo el que es de la verdad oye mi voz" (Jn. 18, 37). Y el gobernador romano le replica: "¿Qué es la verdad?" (Jn 18; 38). Dicho lo cual sale de inmediato hacia afuera.

No hay en esa pregunta el deseo de encontrar la verdad. Por eso Jesús no le responde. Se trata de la actitud del relativista que más bien pregunta: ¿Y es que acaso existe la verdad?

El drama de Pilatos resurge siempre contemporáneo. El hombre se ve continuamente tentado por el escepticismo relativista de creer que cada cual tiene "su" verdad. Y si cae en esa tentación, termina fatalmente sin el coraje necesario para contrariar a los poderosos, incluidos esos temibles tiranos que son la masa y el ambiente mayoritario que a cada cual lo rodea.

Desafiar lo anterior requiere estar convencido de que hay una verdad, al servicio de la cual vale la pena -y es exigible- sacrificarlo todo.

Juan Pablo II nos ha permitido advertirlo en forma tangible y luminosa. Con la luz del que es Verdad y Vida. Del Cristo resucitado que hoy celebramos.

HACE UN AÑO... Y EN EL DÍA FINAL

La Tercera, 3 de abril de 1988

Hace un año, nuestro país vivía uno de los momentos más singulares y sublimes de su historia. Todos los chilenos nos sentíamos unidos en torno a un profundo sobrecogimiento espiritual.

Estaba entre nosotros el Papa. Pero, más que eso, nos visitaba un auténtico santo. Pocas veces un hombre ha transmitido la santidad con la nitidez y el vigor con que lo hace Juan Pablo II. Y de allí brota el ansia magnética de escuchar su mensaje.

Cada cual recuerda distintos momentos como aquellos que más le impactaron de esa visita papal que nos conmovía minuto a minuto.

Personalmente, si tuviese que señalar cuál fue ese instante para mí, no dudaría en referirlo a su homilía dirigida al mundo laboral en Concepción, cuando el Santo Padre se apartó del texto para reiterar que "el trabajo no es para la muerte, sino para la resurrección".

La filosofía griega desarrolló sólidos fundamentos lógicos para demostrar la inmortalidad del alma. Tal creencia ha estado inmemorablemente presente -además- en todas las religiones. En lo más hondo de su ser, el hombre percibe que su espíritu no se destruye con la muerte.

Sin embargo, el cristianismo introduce un elemento adicional único que le confiere su mayor grandeza. Me refiero a la fe en la resurrección.

Por revelación divina, creemos que el Hijo de Dios se hizo hombre. Siendo verdadero Dios y verdadero hombre, asumió libremente la Pasión y Muerte que en estos días hemos vuelto a recordar. Pudo escoger cualquier otra forma igualmente eficaz para redimirnos, porque todo acto Suyo tenía valor infinito. Pero eligió la cruz como signo tangible del máximo amor.

No obstante, la clave última del cristianismo no está en la cruz, sino en la resurrección. Cristo resucitó al tercer día, venciendo así la muerte y a su origen, que es el pecado.

Y porque Cristo resucitó, Él nos hará resucitar a cada uno de nosotros, el día de Su segunda venida, en gloria y majestad. No tendremos ya cuerpos sujetos a los efectos del tiempo, pero serán nuestros cuerpos. No los de otro ni menos entelequias vagas de supuestas "reencarnaciones". Serán nuestros cuerpos -resucitados y gloriosos- los que volverán a unirse al alma respectiva de la cual la muerte transitoriamente nos haya separado.

Más aún, toda la creación -y no sólo el hombre- será glorificada. A ello alude San Pablo al decir que "la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto" (Rom. 8, 23), aguardando la Parusía o segunda venida gloriosa de Cristo al fin de los tiempos.

La Resurrección de Cristo que hoy celebramos cobra su plenitud en esa espera anhelante y fervorosa.

SENTIDO DEL DOLOR

La Tercera, 26 de marzo de 1989

La vida humana está marcada por el dolor. La enfermedad física, la soledad o desilusión afectiva, la angustia económica y el fracaso de los propios planes son algunas de las múltiples formas de sufrimiento que constantemente nos acechan.

La muerte o los padecimientos de algún ser querido constituyen también una aflicción para uno mismo, a veces incluso más dura.

Es por ello que pocas realidades se identifican más universalmente con el ser humano que la Pasión y Muerte de Cristo, recordada una vez más en esta Semana Santa.

La fe cristiana nos enseña que Cristo, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, asumió voluntariamente el supremo dolor de la condena injusta, del abandono o negación de casi todos sus discípulos, del escenario de sus verdugos y de los indecibles sufrimientos de la cruz. Lo hizo para redimir a la humanidad. A cada uno de nosotros.

Siendo inocente, cargó sobre sí nuestros pecados -que son ofensas a Dios y a sus leyes- para abrirnos las puertas del cielo.

Cualquier acto divino habría bastado para obtenernos tal redención. Si Dios quiso que ella se realizara a través del dolor de su propio Hijo, fue precisamente para darle un sentido diferente al sufrimiento. A esa realidad que seguirá acompañando a cada hombre hasta que llegue a la eterna contemplación de Dios y que la naturaleza humana sólo superará definitivamente en la Parusía, el día de la segunda venida de Cristo en gloria y majestad, al fin de los tiempos.

En efecto, ahora podemos proclamar con San Pablo que "me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo" (Col. 1,24).

En rigor, a la Pasión de Cristo no le falta nada. Su plena

eficacia se completó al resucitar Él de entre los muertos, acontecimiento que la cristiandad celebra hoy como su máxima fiesta.

Sin embargo, el amor de Dios nos permite asociar nuestros dolores a los de Cristo. Y al hacerlo, ellos adquieren una fuerza redentora para nuestras almas y para la de muchas otras que incluso no conocemos. Así, de modo misterioso -pero muy real- "completamos" la Pasión de Cristo.

Mientras el mundo tiende a centrar la felicidad en seguridades y placeres humanos, que a cada paso se comprueban precarios, efimeros, o bien falaces, desde la cruz de Cristo brota la fuente de la felicidad verdadera, que crece a través de nuestra ofrenda del propio dolor asociado al Suyo. De un dolor que nos purifica, lleno de eterno sentido redentor.

LA FE EN EL RESUCITADO

La Tercera, 15 de abril 1990

Siempre me ha impresionado la frase de Romano Guardini de que la fe cristiana implica "un cambio en el sentido de lo real".

Los hombres conocemos la realidad a través de nuestros sentidos. Profundizamos dicho conocimiento por medio de la razón.

Para muchos ello agota lo que es real. Las personas sin fe religiosa suelen pensar que esta constituye una necesidad del hombre para explicarse lo que no comprende, para paliar sus frustraciones o para ennoblecer la conducta humana.

Sin embargo, la fe es algo muy diferente y superior.

Se trata del conocimiento que adquiere nuestra inteligencia respecto de realidades que exceden a la razón, pero jamás la contravienen. Su origen es la Revelación que Dios ha hecho al hombre de su propia existencia divina y de lo que el Creador nos quiere dar a conocer.

Específicamente, la fe cristiana encierra una ética revelada por Dios en los mandamientos y desarrollada por Cristo en su Evangelio. Comprende también la doctrina enseñada por Jesús como fuente de salvación eterna.

Con todo, a diferencia de otras religiones, el cristianismo tiene como eje la fe en la persona de Jesucristo, de la cual brota el amor hacia Él, la fidelidad a su doctrina y el acatamiento a sus mandatos morales.

"Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn. 14, 6), dice Cristo. "Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no anda en tinieblas" (Jn. 8; 12).

Cristo no es un profeta más que indique cuál es el camino, la verdad o la vida. O que señale dónde está la luz. Cristo proclama que Él es todo eso. Tal anuncio clave y desafiante sólo encuentra su sentido en que Cristo, siendo verdadero hombre, es también

verdadero Dios. Es la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Hijo de Dios, que asume la naturaleza humana, unida a la divina.

La Pasión de Cristo, que en esta semana hemos rememorado, tiene sentido redentor, porque tras Su muerte vino Su resurrección, que hoy celebramos. De lo contrario, "vana es nuestra fe" (1 Cor. 15, 17).

Pero si efectivamente creemos -con toda la intensidad de nuestro espíritu- que Cristo resucitó, creemos con igual fuerza que Él volverá glorioso a coronar y poner término a la historia.

Creeremos con plena convicción que Cristo nos acompaña, entretanto, con Su presencia real (y no meramente simbólica) en la hostia consagrada, lo que hace de la Eucaristía el núcleo de la vida de la Iglesia y de todo cristiano.

Eso supone un cambio decisivo en lo que consideramos real. La fe deja de ser ese conjunto de nebulosos anhelos a que la reducen muchos de quienes incluso se dicen creyentes. Se convierte en una fuente de verdad tan real como lo que comprobamos por nuestra inteligencia y nuestros sentidos. Se asume como la maravillosa "prueba de lo que no se ve" y "garantía de lo que se espera" (Hb. 11,1).

CELEBRACIÓN Y ESPERA CRISTIANAS ⁴

La Tercera, 31 de marzo de 1991

Ser cristiano supone adherir a la doctrina y acatar la moral enseñadas por Cristo. Sin embargo, la esencia del cristianismo va aún más lejos. Ella consiste en creer en la persona de Cristo, como verdadero Dios y verdadero hombre.

De la fe en la persona de Cristo brota, como lógico corolario, la aceptación de su doctrina y sus mandatos. Pero el cristianismo es -ante todo y por sobre todo- la fe en una persona.

Que Cristo existió como hombre, representa una realidad histórica no discutida por nadie. Que ese hombre, además era verdadero Dios, lo sabemos a través del don de la fe.

Como prueba de su infinito amor por cada uno de nosotros, la segunda persona de la Santísima Trinidad -el Hijo de Dios- asumió la naturaleza humana, unida a su naturaleza divina. ¡He ahí el maravilloso e inefable misterio de Jesucristo!

Aunque Dios pudo habernos redimido con cualquier acto suyo, Él quiso que su Hijo asumiera nuestra condición humana en todo, excepto en el pecado. Y para darle sentido redentor a cualquier sufrimiento, Cristo se hizo "obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2, 8).

La muerte de Cristo en la cruz encierra el más sublime testimonio de amor por los hombres que jamás haya conocido la historia.

No obstante, ello nos coloca ante un hondo dilema. Si Cristo murió, pero no resucitó, quiere decir que no era Dios, porque Dios no podría ser vencido por la muerte. De ahí que San Pablo afirme tajantemente que si Cristo no resucitó, "vana es nuestra fe" (1 Cor. 15, 17).

⁴ Última columna que escribió Jaime Guzmán, antes de ser asesinado el 1° de abril de 1991.

Por eso, nuestra convicción de que Cristo efectivamente resucitó, constituye la clave última de nuestra fe cristiana. Ello explica que hoy -Domingo de Resurrección- sea la fiesta más importante de la cristiandad.

Ahora bien, la resurrección de Cristo cobra su plenitud en la perspectiva de la Parusía.

En efecto, Cristo volverá en gloria y majestad a culminar la historia, poniéndole fin. Con su poder, Cristo nos resucitará a todos. Con su poder, nos juzgará, para eterna felicidad junto a Él, o para eterna condenación según nuestros actos.

Entonces toda la creación será glorificada y habrá "cielos nuevos y otra tierra nueva, en que tiene su morada de justicia". Allí, en el Paraíso, no tendrán más imperio ni el demonio ni la muerte. Nada estará sujeto al detrimento o corruptibilidad propios del tiempo.

Es ese Reino futuro lo que, "en vigilante espera", los cristianos aguardamos anhelantes, con la luz victoriosa de Cristo ya resucitado.

NAVIDAD ■

El día en que Jesús llegó al mundo era un motivo de profunda alegría que necesitaba compartir.

Tan hondas reflexiones motivaba en la mente de Jaime Guzmán este acontecimiento, que incluso lo impulsaban a alimentar su inquietud por la segunda venida de Cristo a la tierra o Parusía...

Celebraba la Navidad con sentido sobrenatural. El gran regalo de ese día era, para él, el nacimiento del hijo de Dios en el portal de Belén. Luego, podían venir los obsequios materiales.

Si bien al analizar la fecha no se centraba en quienes privilegian en torno a ella un pretexto para el consumo, le preocupaba eso sí que se hubiese paganizado una celebración eminentemente religiosa. Y se preguntaba acerca de cómo reaccionaría Jesús si volviera a la Tierra y se encontrara con que los hombres hemos convertido este cumpleaños suyo en todo menos en una celebración en homenaje a Él...

Jaime hacía y recibía regalos, era un hombre muy de la tierra; sin embargo, primero se daba el tiempo para testimoniar el significado trascendente de la celebración de la Navidad.

NAVIDAD Y LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

La Segunda, 24 de diciembre de 1982

Mucho se ha hecho, últimamente, por rescatar el sentido cristiano de la Navidad. Por conseguir que en la fiesta de hoy, nuestro pensamiento se dirija básicamente al pesebre de Belén, más que al bolso de regalos de Santa Claus.

Sin embargo, creo que el nacimiento de Cristo en Belén sólo se entiende plenamente, ligándolo a la segunda venida del Mesías, al fin de los tiempos.

Ante todo, el pesebre de Belén se nos ilumina en su sentido y valor, en función de que su estrella nos conduzca a conocer y procurar seguir fielmente las enseñanzas de Cristo. Es el modo de aprovechar los frutos redentores de su posterior muerte y resurrección gloriosa.

Recordarlo en la hora actual, parece especialmente importante. Porque admirar a Cristo en su mera condición humana, va muy unido al error de convertirlo en fuente de un mensaje de simple amor sensible y afectivo. Y ni lo uno ni lo otro puede confundirse con el verdadero cristianismo.

Cristo trae al mundo como primera afirmación -y exigencia de fe- el reconocimiento de sus dos naturalezas: divina y humana. Es Dios Hijo encarnado. Ningún simple humanismo, aún apodado de cristiano, puede pretenderse pues equivalente al cristiano.

También Cristo insiste en que no hay verdadero amor si no es en la observancia de sus mandamientos. La caridad -virtud teologal- consiste en amar a Dios y al prójimo por amor de Dios. Amores ambos inseparables entre sí e indisolubles, a su vez, de la moral cristiana. Jamás el amor cristiano podrá identificarse con la sensiblería blandengue o con el capricho relativista de creer que cada cual puede construir "su" propia moral subjetiva.

Con todo, lo anterior sólo cobra su plena dimensión desde la perspectiva de la segunda y postrera venida del Mesías.

Aunque los católicos rezamos en el Credo de que Cristo "vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos y su reino no tendrá fin", hay quienes parecieran atribuir a esta verdad un supuesto carácter incierto o simbólico.

Quizás asusten a muchos los terribles efectos cósmicos que anunciarán la segunda venida de Cristo: "Se oscurecerá el sol y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo y los poderes del cielo se conmoverán" (Mt. 24, 29).

Tal vez retraiga a algunos la gravedad de los signos morales que precederán ese acontecimiento: "Antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de iniquidad, el hijo de perdición que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo" (2Tes. 2,3-4).

Acaso desinterese a otros del tema la creencia de que esos sucesos están muy lejanos y no los viviremos. A eso contesta San Pedro: "No se os oculte que delante de Dios un solo día es como mil años, y mil años como un solo día". Y agrega: "Pero vendrá el día del Señor como ladrón, y en él pasarán con estrépito los cielos, y los elementos, abrasados, se disolverán, y asimismo la tierra con las obras que hay" (2 Pt. 3, 8 y 10).

El cristianismo es, por tanto, inseparable de la escatología o doctrina sobre las postrimerías. Tanto la escatología individual de nuestra propia muerte, como la escatología universal del fin de los tiempos, pertenecen a la esencia de la fe cristiana. Por nuestra muerte llegaremos a la contemplación de Dios, y por el fin de los tiempos y la segunda venida de Cristo -o Parusía- Él implantará Su reino en plenitud. Ese "cielo nuevo y tierra nueva" de que nos habla el mismo San Pedro, contra el cual no tendrá ya poder el demonio, el pecado ni la muerte.

Así como Israel fue elegido para ser el pueblo que por varios siglos esperase al Mesías que nacería de él, la Iglesia es el nuevo pueblo de Dios -institucional y jerárquicamente

estructurado- que peregrina hacia la segunda venida del Señor.

La conspiración del silencio que hoy pesa sobre las postrimerías y el fin de los tiempos, es una obra diabólica para oscurecer todo el sentido cristiano y escatológico de la historia y del misterio redentor del Hijo de Dios encarnado.

Al dirigir hoy nuestro pensamiento al pesebre de Belén, pienso que un buen barómetro de la penetración en dicho misterio, es preguntarnos cuánto y cuán intensamente aguardamos la segunda venida de Cristo, en gloria y majestad, al fin de los tiempos.

NAVIDAD Y EL ECO DE WALESA ⁵

La Tercera, 25 de diciembre de 1988

Al compartir hoy con usted, estimado lector, los sentimientos que nos unen en Navidad, resuena en mis oídos el eco de la dramática interpelación que Lech Walesa dirigiera hace algunos días en Francia.

Aunque los destinatarios explícitos de esas palabras eran los franceses, pienso que ellas conciernen -si bien de modo distinto- al conjunto del mundo occidental. Dijo Walesa: "Tenéis libertad. Tenéis riquezas. Tenéis todo... pero no creéis en nada".

Walesa sale del totalitarismo comunista que oprime a su patria polaca y encuentra en Francia una sociedad libre. Sale del mundo gris del socialismo estatista y contrasta su estrechez económica con una nación que ha construido su prosperidad en torno al sistema capitalista.

Sin embargo, he aquí que la libertad y la prosperidad se advierten insuficientes -y hasta huecas- cuando quienes las poseen carecen de creencias sólidas en rectos valores morales que brinden sentido a la existencia humana.

Al fin de cuentas, ninguna sociedad ni civilización subsisten si no se cimentan en los valores morales que las constituyen como comunidades con destino histórico. Y las naciones que conforman el Occidente son indisolubles de sus raíces cristianas. En cuanto la civilización occidental lo olvide, dejándose apoderar por un nihilismo que niega toda trascendencia y que relativiza la moral, reduciéndola a algo subjetivo, fatalmente la vida pierde su sentido profundo para los seres humanos.

⁵ Lech Walesa, líder indiscutido del movimiento sindical polaco Solidaridad, luchó incansablemente contra el gobierno comunista de su país. Consiguió importantes logros para los trabajadores y contribuyó a abrir espacios de libertad para el pueblo polaco. Premio Nobel de la Paz en 1983 y Presidente de Polonia entre 1990 y 1995.

¡Cuántas personas que disfrutan su libertad y bienestar padecen de un alma vacía de vida interior, que deambula -entre escéptica y triste- por una existencia sin sentido! En Chile aún no tenemos la prosperidad de países desarrollados como Francia. Recién nos esforzamos por afianzar una sociedad libre, que nos libere de décadas de pasado estatismo, para combinar la libertad política con las libertades económico-sociales, avanzando hacia una patria más próspera y justa.

Aún así, considero que en América Latina hay más fe que en Europa. Pero el riesgo de los materialismos doctrinarios y prácticos también nos acecha.

Para no ser jamás merecedores de la frase de Walesa, esta Navidad puede ser la ocasión de que nos llegue -o se nos refuerce- el don de la fe. Veremos así en Cristo no sólo a un gran hombre, sino al Hijo de Dios hecho hombre.

Al creer y asumir -real y vitalmente- que Cristo es Dios, la fe y la moral cristianas adquieren otra dimensión. Cobran su contenido sobrenatural, dando pleno sentido a nuestras vidas personales y al futuro de Chile como nación occidental y cristiana.

EL VALOR DEL SILENCIO

La Tercera, 23 de diciembre de 1990

El hombre actual ha desarrollado una creciente preocupación ecológica. La contaminación del aire, del mar y de los lagos es uno de los más justificados motivos de inquietud en el orbe entero.

Sin embargo, la sociedad contemporánea padece de un creciente mal, a cuyo respecto pareciera no existir semejante conciencia. Me refiero a la contaminación acústica.

El sonido ensordecedor de la música rock, el ruido de máquinas y motores que aturde en las grandes ciudades y el volumen desproporcionado al que muchas personas escuchan radio o televisión, son algunos síntomas elocuentes del fenómeno aludido.

Más aún, pienso que lo anterior no obedece a meras inadvertencias. Consciente o subconscientemente, hay quienes se refugian en ese bullicio para eludir su incapacidad de comunicarse real y profundamente con los demás seres humanos.

Esa dramática incomunicación aparece como uno de los signos más característicos de nuestro tiempo. Y a su vez, él refleja un problema todavía más hondo: al ser humano le cuesta cada vez más comunicarse con sus semejantes, acaso porque progresivamente tiene menos que comunicar.

Al fin de cuentas, la comunicación supone la proyección de uno mismo hacia otro. En la medida en que una persona no cultiva una auténtica vida interior, difícilmente podrá adentrarse en el alma y los sentimientos del prójimo.

Ahora bien, no hay vida interior propia sino en el cultivo de la reflexión. Y para reflexionar resulta indispensable el silencio. Sólo en el silencio es posible que el espíritu humano se encuentre con su propia verdad interior, con el destino de su existencia y con el exigente camino que lo conduce a su perfección.

Desde allí el hombre descubre el sentido de su vida y siente la necesidad de comunicarse, no sólo con sus semejantes, sino, sobre todo, con Dios.

La oración es el acto de comunicarse con Dios, en el recogimiento más íntimo de su alma humana. Por eso, la forma más elevada de orar se alcanza en la contemplación pura de Dios. Quien la experimenta, goza de una felicidad que nada puede igualar.

En esta Navidad, el niño Dios quiere iluminarnos a todos con la luz que cada cual busca en su vida. Para ello, basta que le abramos nuestro corazón. Así, en nuestra más recóndita intimidad, en la Nochebuena de mañana, Cristo resplandecerá para nosotros como el único camino, verdad y vida.

AÑO NUEVO

Para Jaime Guzmán, cada 31 de diciembre era una ocasión propicia para evaluar no sólo el año, sino también la vida.

Era un año más, pero también un año menos para alcanzar la eternidad. Es que para Jaime Guzmán nunca estaba excluida la mirada sobrenatural, cuando se trataba de reflexionar en torno a temas que le parecían relevantes, y el paso de los años era uno de ellos...

En su pensamiento siempre estaban incluidos el ayer, el hoy y el mañana. Sus análisis procuraban incorporar el pasado, el presente y el futuro, buscando una visión más integradora que parcial.

Así las cosas, el Año Nuevo y el Año Viejo -al igual que el "hombre nuevo" y el "hombre viejo"- fueron siempre motivo de profundas cavilaciones. Teniendo una clara conciencia de lo efímera que es la vida y siendo una persona eminentemente espiritual, sus balances nunca tenían que ver con el ejercicio

del poder, los bienes materiales o los éxitos profesionales, sino con el estado del alma, con el peso específico de las virtudes humanas, con el mayor o menor grado de acercamiento a Dios...

La alegría de esa fecha tenía, para él, más que ver con la satisfacción de haber tratado de hacer bien las cosas ¡y por sobre todo, de hacer el bien!

La celebración de la noche de Año Nuevo pasaba, entonces, por la posibilidad de decirse a sí mismo "misión cumplida..." En síntesis: su actitud en esta fecha era decir no a la evasión y al aturdimiento, y sí a la toma de conciencia, que nos hace esforzarnos por ser mejores y capaces de reconocer nuestros errores para intentar, el año que viene, modificarlos o repararlos.

EL AÑO VIEJO

Ercilla, 30 de diciembre de 1981

Es cierto que la vida se nos va día a día, minuto a minuto, segundo a segundo. Se nos escurre en el solo e implacable paso del tiempo. Sin embargo, el año es la medida que la humanidad ha escogido para registrar esa realidad en forma más patente.

Por eso, los fines de año son época propicia para balances y estadísticas en todas las actividades humanas y sociales. Es una forma de medir y evaluar la vida. Pero, más allá de eso, el último día del calendario nos golpea con el paso de ese tiempo ya ido, de ese que nunca volverá.

De ahí que siempre me haya resultado más impactante y emotivo el Año Viejo que el Año Nuevo; la tarde del 31 de diciembre que el amanecer del primero de enero.

Entre los sentimientos que se agolpan en esa última tarde del año, siento con particular fuerza el recuerdo de las personas cuya amistad o actividades uno compartió durante el año que termina, y que ya no están entre nosotros. Personas a quienes el 31 de diciembre pasado, tal vez jamás imaginamos que en la misma fecha de este año, sólo podríamos visitarlas en el cementerio.

Las preguntas nos interpelan, entonces acuciantes e insoslayables. ¿Cuál de los seres queridos o de las personas que hoy gravitan en nuestras vidas o en el acontecer nacional, quizás habrán ya partido el 31 de diciembre del año próximo? ¿No estará uno mismo entre ellos, siendo acaso éste el último fin de año en que tal reflexión nos sea concedida desde esta vida?

A más de alguien, lo anterior puede parecerle una expresión negativa de fatalismo. Pienso, en cambio, que la muerte es la única perspectiva realista desde la cual se dimensiona adecuadamente nuestra vida. Ella desnuda y enjuicia nuestras pasiones, al paso que sitúa en su sabido lugar nuestros anhelos, éxitos y fracasos.

Enfocada con la fe cristiana -don supremo para quienes la hemos recibido- la muerte nos ayuda, además, a orientar nuestro actuar cotidiano, proyectándolo hacia esa disyuntiva ineludible y real (que el mundo pretende ignorar, pero que diariamente nos jugamos), entre el premio de participar por una eternidad de la Gloria Divina o el castigo de su eterna ausencia en el infierno.

Pero tengamos o no la fe cristiana, la muerte es la atalaya desde la cual nuestro pasado conocido y nuestro futuro incierto se contemplan integrados por la visión iluminadora que nos brinda nuestra verdad más radical.

Y como "partir es morir un poco", la idea de un año constituye una oportunidad inmejorable para ascender a reflexionar desde ahí.

Nada me parecería más erróneo que la eventual creencia de que ello podría debilitar nuestra alegría de vivir o nuestro espíritu de superación y de combate. Colocar nuestra existencia de cara a la verdad no sólo será siempre lo único realista, sino, además, lo que mejor nos permitirá encontrar a nuestra vida un sentido último que la guíe, con una combinación de fuerza y paz interiores, suficientes para superar las peores tempestades, desorientaciones, angustias o vacíos del alma humana.

Entre todos los balances de fin de año, hay uno que no podría faltar: el que a cada cual compete, en la intimidad de su conciencia, respecto de su propia vida, a la luz de rectos y exigentes principios morales.

La meditación serena en la tarde del Año Viejo aparece como una oportunidad insuperable para ello.

Así, los abrazos y buenos deseos de Año Nuevo reflejarán la verdadera alegría que brota de profundas decisiones hacia una superación personal, y no ese escapismo con que tantos buscan eludir sus responsabilidades y desafíos más fundamentales, evadiéndose en un bullicio hueco y febril.

LA REALIDAD QUE SE ELUDE

La Segunda, 28 de diciembre de 1984

Los fines de año son épocas de recuentos o balances. Y el advenimiento de uno nuevo está a su vez asociado a proyectos o esperanzas.

Bien sabemos que hay en ello mucho de artificial. En realidad, el paso de un 31 de diciembre a un primero de enero no difiere de cualquier otro día del año al siguiente. Sin embargo, los hombres necesitamos de metros que midan y dimensionen nuestras existencias dentro del tiempo.

Por eso mismo, advierto una enorme incongruencia entre esa exigencia humana y el rechazo que la cultura occidental contemporánea manifiesta hacia toda reflexión profunda y personal en torno a la muerte.

Se diría que el hombre de nuestra civilización actual desea apartar la muerte de sus vivencias más diarias y fundamentales. Acepta comprobarla como un hecho cierto que nos rodea, pero siempre mirado como ajeno. Admite incluso reconocerla como algo que inevitablemente también nos sobrevendrá a cada uno de nosotros, pero rehuyendo asumirla estimándola distante.

Pensar en la propia muerte suena a obsesión tenebrosa o a sugerencia de mal gusto. A resabio macabro de épocas calificadas de oscurantistas, opuestas al optimismo y a la alegría de vivir.

Contrariamente a ello, creo que la propia muerte -asumida vitalmente cada día- ofrece la única perspectiva segura y serena para ver y evaluar bien el rumbo ya recorrido de nuestra vida, a la vez que para discernir ya sea los afianzamientos o las rectificaciones en la parte de ruta que aún nos quede por delante.

Porque, querámoslo o no, la muerte se nos atraviesa como la meta de nuestro paso por el tiempo. Y, además, ella puede llegarnos en cualquier momento. ¿Cuántas personas -acaso amigos o familiares nuestros- que recibieron y desearon parabienes al

advenir 1984, no están ya entre nosotros, sin que nada permitiera entonces preverlo? ¿Cuántos de nosotros no veremos el final de este año nuevo para cuyo festejo nos preparamos? ¿Por qué descartar, en forma irresponsable o evasiva, que entre ellos quizás se encuentre uno mismo?

Quienes creemos en el juicio eterno de Dios, no podemos olvidar las insistentes prevenciones de Cristo de permanecer siempre vigilantes y preparados, porque la muerte vendrá "a la hora que menos penséis" (Lc. 12,40).

Pero junto a ello, la fe nos ilumina la muerte con las luces de la eternidad. Morir no es un sórdido final del cual haya que arrancar con angustia o cobardía. Entraña una transformación que nos permite contemplar a Dios, cara a cara. Y disfrutar de esa inefable maravilla para siempre. Ciertamente es que todo ello se contrapone con cifrar la felicidad que legítimamente anhelamos para esta tierra, en el apego indebido a los bienes y riquezas del mundo. O en el disfrute desordenado de los placeres de los sentidos, de los caprichos egoístas y de la molición. O, en fin, en la búsqueda de éxito, poder y status según los cánones paganos que hoy dominan el ambiente. Tal vez por eso el hombre occidental contemporáneo esquiva la idea de la muerte. No sabe -o no quiere saber- que existe otra felicidad que nace de asumir esa realidad y orientar la vida en función de valores y principios morales constituidos por renunciamentos. Sí. Pero los renunciamentos que engendran, ya en esta existencia temporal, las más fecundas plenitudes del alma humana.

Recordando aquello de que "partir es morir un poco", parece insensato que despidamos un año y aguardemos la llegada del nuevo, pretendiendo ignorar que ello nos acerca otro poco a nuestra meta final en esta vida. Ningún castillo de naipes ni ningún fuego de artificio logrará eludirla. ¿Es entonces esta fecha inoportuna -o al revés muy oportuna- para las reflexiones precedentes?

LA VERDADERA ALEGRÍA

La Segunda, 27 de diciembre de 1985

Los aires de Navidad que ya se alejan y el término de un nuevo año que se aproxima confluyen para invitarnos a reflexiones escatológicas, es decir, acerca de las postrimerías.

El materialismo, el hedonismo y el afán de éxitos o poderes mundanos llevan al hombre occidental contemporáneo a pretenderse instalado -y no peregrino- en esta tierra.

La escatología personal y sus realidades de muerte, juicio, cielo e infierno tienden a ser olvidadas -aún por muchos cristianos- como temas lúgubres. Se prefiere eludirlos estimándolas distantes y ajenas. La alegría de vivir se asimila a un disfrute que es evasión.

Entretanto, el paso del tiempo -medido por el calendario- nos recuerda que nuestra existencia temporal va aproximándose implacablemente a su fin. No sabemos el lapso que Dios tenga aún reservado a cada cual en esta vida. Pero lo que sí resulta seguro tocante a nuestra muerte, es que hoy estamos un año más cerca de ella que al finalizar 1984. Y lo mismo se verifica cotidianamente respecto del día anterior.

Vivir asumiendo las propias postrimerías, "en trance de muerte" como afirma de sí mismo San Pablo (1 Cor. 15, 31), aparte de ser signo del mayor y más profundo realismo, dista de inducirnos a la tristeza. Nos exige, claro está, una dura lucha para desapegarnos de lo temporal y vencer nuestras concupiscencias, porque el cielo se conquista con nuestra conducta terrena. Pero si estamos iluminados por el don maravilloso de la fe, todo ello se compensa con creces por una alegría interior y sobrenatural, que excede toda forma de disfrute meramente humano.

La Navidad ha venido a recordarnos los misterios de la Redención del hombre, que nos permitirá participar en la gloria de la eterna contemplación de Dios. Pero, además, la Navidad nos coloca en la perspectiva de la escatología universal,

de las postrimerías de lo creado, del fin de los tiempos. Y quizá sólo desde allí sea posible comprender nuestra propia escatología personal en todas sus grandiosas dimensiones.

Que Dios intervenga personalmente en la historia, al modo de Su alianza con Israel desde Abraham, configura el rasgo más peculiar del Antiguo Testamento, diferenciándolo de toda otra religión, incluso monoteísta.

Sin embargo, que el Mesías prometido fuese el hijo de Dios hecho hombre desborda aun las más optimistas previsiones posibles de quienes esperaban la venida de Aquél. ¿Hasta dónde habrán comprometido sus propios discípulos -antes de Pentecostés- que Cristo era el Verbo encarnado, la segunda persona de la Santísima Trinidad que había asumido la naturaleza humana junto a Su naturaleza divina? Es la comunión entre Dios y el hombre, la "alianza nueva y eterna" de Cristo con toda la humanidad a través de la Iglesia, rasgo singularísimo del Nuevo Testamento.

Cristo ascendió al cielo hace veinte siglos. Pero nos aseguró que volverá por segunda vez, no ya oculto como en Belén, sino de modo triunfal e indubitable, en gloria y majestad. Será la Parusía, en que juzgará a vivos y muertos y dará plenitud a Su reino sin fin, contra el cual -sólo entonces- no tendrá poder alguno ni el demonio, ni el pecado ni la muerte. Habrá "otros cielos nuevos y otra tierra nueva" (2 Pe. 3, 13).

Sobre eso, simplemente nos cabe repetir con San Pablo que "ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Cor. 2,9). Sobrepasará con largueza toda gloria que pudiésemos concebir.

He ahí la única fuente valedera de auténtica alegría, atisbada desde ya en el gozo de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, ese otro inefable misterio de fe y de amor que nos acompaña en la vigilia de Su segunda venida, como eje de la vida de Iglesia, cuerpo místico de la cual Él es su cabeza.

PARA LA TARDE DEL AÑO VIEJO

La Tercera, 30 de diciembre de 1990

1990 quedará inscrito como el año en que terminó la "guerra fría" que, durante cuatro décadas, mantuvo al mundo en la tensión de una posible guerra atómica.

Estados Unidos y la Unión Soviética han fumado la "pipa de la paz", en términos que hasta hace muy poco parecían imposibles.

Sin embargo, he aquí que pocas veces el mundo ha estado más cerca de otra guerra que, en lapidario diagnóstico del papa Juan Pablo II, representaría una "aventura sin retorno".

Podrán intentarse muchos análisis políticos para abordar la invasión de Irak a Kuwait y la encrucijada en que ella ha colocado al mundo entero. Pero lo cierto es que cuando recién se atisbaba una paz internacional aparentemente segura, surge una amenaza bélica imprevista, que compromete el futuro de la humanidad.

Creo que en ello hay una lección impactante, que trasciende lo meramente político.

El hombre suele colocar sus afanes en la búsqueda de éxitos que asocia a una felicidad estable y segura. Lucha así por ganar dinero y consolidar una buena situación económica. Por satisfacer los placeres que exigen sus sentidos o sentimientos. Por alcanzar metas laborales, profesionales o políticas que le granjeen la estimación de sus semejantes.

Pero de pronto nos golpea el dolor. Se pierde alguna de esas conquistas que nos parecían seguras. O sobrevienen la enfermedad o la muerte de un ser querido.

Entonces advertimos lo precario de las "seguridades" humanas. Comprendemos que si bien es legítimo procurar lo que el mundo llama "éxito", jamás podemos cifrar en ello la base de nuestra felicidad.

Apegarnos al dinero, a los placeres o al poder, es olvidar que ellos sólo son frágiles realidades que Dios nos da o quita según su voluntad.

Por eso, la única felicidad verdadera brota de entregarnos con fe a la Providencia Divina, aceptando con amor sus planes y caminos, que pueden ser muy diversos a los que uno mismo se ha trazado para sí.

La tarde del Año Viejo que viviremos mañana ofrece una serena perspectiva para meditarlo.

¿Cuántas personas incluso partieron de este mundo en el año que se va, sin que ni ellos ni nosotros lo imaginásemos? ¿A quienes les tocará irse en el año que se avecina?

Reflexionar en ello no implica fatalismo ni morbosidad. Es la actitud realista del que dimensiona la vida temporal -con sus afanes, logros y fracasos- en su verdadera perspectiva efímera e incierta, rumbo a la vida plena y eterna junto a Dios.

Asumirlo no disminuye la alegría ni el entusiasmo por nuestros diarios quehaceres o anhelos. Pero los sitúa en su justa medida, conforme a una recta escala de valores.

ABORTO

Jaime Guzmán pensaba que el aborto es un asesinato. No tenía dudas de que la vida humana se inicia al momento de la concepción. Por eso, había que defender, desde ese mismo momento, el derecho de esa criatura a nacer. Intervenir en ese proceso de gestación era, por tanto, asesinar a un inocente incapaz de defenderse.

Pensando de tal forma, no se inclinaba por considerar situaciones de excepción: casos de violación o en que estuviera en peligro la vida de la madre. No es lícito, pensaba él, hacer un daño para lograr un bien, porque "el fin no justifica los medios".

Defender la vida de esa persona en el útero de su madre constituía, por tanto, el primero de los derechos humanos por el que había que velar. Es así que se rebelaba ante la inconsecuencia de quienes se erigían en paladines en materia de derechos humanos y que, simultáneamente, eran partidarios de legalizar el aborto.

REFLEXIONANDO A PARTIR DEL ABORTO

La Segunda, 24 de mayo de 1985

En su reciente viaje a Bélgica, S.S. Juan Pablo II reiteró la condena de la Iglesia al aborto, vinculándola directamente al respeto de los derechos humanos, que obviamente obliga en conciencia no sólo a los católicos, sino a toda persona.

El Papa aludió a los "derechos fundamentales inalienables" del hombre, añadiendo que ellos "comprenden, por supuesto, el respeto a la vida humana, sin importar el estado de su desarrollo, desde la concepción hasta la edad avanzada, incluso el respeto al embrión humano".

Muchas veces me he preguntado a qué se deberá el extraño fenómeno de que la condena moral generalizada que despierta el homicidio en el mundo civilizado no se extienda con igual fuerza, nitidez y universalidad al caso del aborto.

¿Habrá alguien que sinceramente niegue que el feto es un ser que tiene una vida propia distinta a la de la madre en cuyo vientre se gesta? ¿No se contradice ello con una de las más palpables evidencias humanas? ¿No se comprueba, incluso, que esa vida propia ya existe en el feto, a través de los modernos experimentos que la ciencia ha realizado con él fuera del vientre materno, al margen de los reparos o prevenciones éticas que ello pueda suscitar?

Ante ello, pienso que el verdadero fundamento de las opiniones que legitiman el aborto, ignorando su incuestionable carácter homicida, proviene de enfoques que no siempre se confiesan y, tal vez, ni siquiera se advierten de modo consciente.

Creo que lo que ocurre es que el asesinato de un ser ya nacido hiere -directa y hondamente- la sensibilidad humana. Aunque se trate de una guagua, tras su llanto hay una manifestación sensible que hace horripilante la idea del infanticidio a los mismos que admiten complacientes el aborto.

El asesinato de un feto, en cambio, ahorra a quien lo comete o lo autoriza, el peso de ver o imaginar ese golpe violento a la propia sensibilidad. Su rechazo requiere, más bien, de una conciencia capaz de experimentar repugnancia al atropello de una norma moral, aun cuando sus efectos no sean percibidos con iguales caracteres por lo sentidos.

Estimo que lo expuesto tipifica dos rasgos que tienden a distorsionar crecientemente un enfoque serio, profundo y adecuado del tema de los derechos humanos. Me refiero a la hipocresía y a la exacerbación emocional. He conocido muchas personas que sólo expresan horror ante los quebrantamientos de derechos humanos cuando son sometidas al impacto sensible de los hechos, pero que están prestas a olvidarse de ellos si se les libera de dicha emoción sensible. Lo que no vean, no sepan y no se sepa -o se olvide- no les importa realmente.

Son los defensores "de ocasión" -o de emoción- de los derechos del hombre. Carentes de una conciencia sólida que confiera al tema su verdadero alcance moral, pasan del horror a la indiferencia -y viceversa- de una forma tan abrupta como pasmosa.

La visión hipócrita y emocionalmente exacerbada al respecto tiene también sus exponentes en las antípodas. Son quienes juzgan los hechos de modo aislado, visceral y superficial. Dominados ya por la emocionalidad, no están en condiciones de intentar -ni de aceptar- ninguna aproximación racional y con perspectiva de conjunto a una materia que la requiere indispensablemente, para evaluar y superar los problemas que encierra.

Circunscrito así el enfoque a lo puramente emocional, todo está preparado -además- para hacerlo derivar en una mera arma de lucha política, destruyendo o menguando su preferente relieve ético que nunca debiera perder. Más aún, lesionando la única visión noble y seria que se aviene con su real trascendencia.

DERECHO A LA VIDA EN CHILE Y FRANCIA

La Tercera, 20 de noviembre de 1988

Quienes más critican al actual Gobierno chileno en materia de derechos humanos suelen exaltar a las democracias europeas como modelos de respeto a tales derechos.

Sin embargo, dicho enfoque ignora que la mayor parte de esos regímenes democráticos ha legalizado el aborto, lo que implica validar una violación masiva, sistemática y brutal contra el más básico derecho humano.

En efecto, el aborto constituye un asesinato. Si bien el feto se encuentra aún en el vientre materno, ya es un ser con vida propia.

Más aún, el aborto implica un crimen especialmente cobarde, porque se dirige contra seres inocentes e indefensos. Resulta también particularmente hipócrita, porque quienes abortan evitan afrontar la natural repugnancia que siempre produce asesinar a quien puede expresarse en forma sensible.

Ahora bien, si el derecho a la vida está en la cúspide de los derechos humanos, el derecho a nacer se evidencia como el que permite y condiciona el ejercicio de todos los demás.

Recientemente en Francia se ha dado un paso aún más grave al respecto. El surgimiento de la píldora abortiva RU-486, que hace más expedito y cómodo el crimen referido, despertó tal rechazo, que la empresa farmoquímica Roussel Uclaf, que la fabricaba, decidió suspender su comercialización.

Frente a ello, el Gobierno francés asumió la decisión sin precedentes de obligar a esa empresa a continuar fabricándola y expendiéndola. Y para hacerlo, el Primer Ministro Rocard invocó consideraciones que denominó "morales".

En palabras del Ministro de Salud de Francia, se estaría frente "a un derecho de las mujeres" de ese país.

No hay gobierno al cual no se le puedan reprochar

violaciones a los derechos humanos.

El actual régimen chileno no representa una excepción a ello. En especial procede impugnarle el no haber esclarecido ciertos crímenes de connotaciones políticas, en que algunos organismos o funcionarios suyos aparecen comprometidos.

Sin embargo, aparte de que la ponderación moral de esos hechos debe considerar el cuadro de guerra civil que vivimos en el período inmediatamente posterior a 1973, o la agresión terrorista que el país ha debido enfrentar ininterrumpidamente hasta ahora, ninguna autoridad gubernativa chilena ha pretendido jamás justificar hechos condenables.

En cambio, el Gobierno socialista de Francia promueve y facilita un genocidio, buscando revestirlo de legitimidad moral. Ello recuerda las argumentaciones con que Hitler y Stalin pretendieron justificar genocidios de otros géneros, que todavía estremecen las conciencias civilizadas.

¿Dónde se respetan o se violan más los derechos humanos? ¿En Chile o en países como Francia? Nadie tiene derecho a seguir repitiendo consignas superficiales y falsas, que desfiguran una realidad de tanto significado moral.

EL ABORTO: PIEZA DE UNA ESTRATEGIA⁶

La Tercera, 2 de abril de 1989

La izquierda marxista, aglutinada en torno al partido PAIS, ha enarbolado la bandera de la legalización del aborto.

Quienes se han erigido en portaestandartes de los derechos humanos, no trepidan así en propiciar que se legitime una de las más repudiables formas de asesinato, como ocurre cuando bajo el elegante eufemismo de "interrumpir el embarazo" se mata al ser inocente e indefenso que vive en el vientre materno.

No se trata ya sólo de violar algún derecho humano. Aquí se apunta a legitimar -y así a estimular- la futura violación sistemática y masiva del más elemental derecho humano: el derecho a la vida, que toda persona tiene desde el momento mismo de su concepción, con carácter igualmente sagrado que respecto de los ya nacidos.

Con razón el Cardenal Fresno ha estimado oportuno señalar que "Cristo sufre cuando se atenta contra la vida que se gestó en el vientre materno", añadiendo que "con la acción criminal del aborto... los hombres se convierten en asesinos y dan muerte, una vez más, a nuestro Señor".

Dicha puntualización parece especialmente oportuna cuando, además de la demanda marxista para legalizar el aborto, el dirigente juvenil demócratacristiano Yercó Ljubetic ha formulado declaraciones abriéndole paso a dicha iniciativa, a pretexto de superar lo que denomina "un hipócrita moralismo conservador".

Con todo, resulta esencial advertir que la referida propuesta forma parte de un plan de más largo aliento y de gravísimas proyecciones para nuestra patria.

El fracaso mundial irreversible del socialismo está

⁶ El PAIS, partido fundado en 1989, aglutinó a sectores del Partido Comunista, Partido Socialista, Izquierda Cristiana y otros, con el objeto de resolver el problema de la legalización de sectores socialistas y comunistas proscritos. Se disolvió poco tiempo después de la unificación del Partido Socialista.

obligando a los gobiernos y partidos de ese signo a abandonar sus expresiones más radicalizadas en materia económica.

Su aproximación -parcial, pero creciente- a fórmulas propias de las economías de mercado, surge como exigencia ineludible del derrumbe definitivo del ideario socialista.

Sin embargo, en su reemplazo el socialismo dirige sus dardos en Occidente contra la familia y contra los valores fundamentales de la civilización cristiana.

El caso de la naciente democracia española es prototípico al respecto. La legalización del divorcio y del aborto, la exaltación de la pornografía, la permisividad frente a las drogas y los ataques a la libertad de enseñanza, son partes de esa estrategia deliberada.

Ya estamos notificados que eso procurará reeditarse en Chile. Luchar contra ello exige definir posiciones y alinear voluntades desde ahora mismo.

UN CRISTIANO, UN REY Y UN HOMBRE

La Tercera, 22 de abril de 1990

Hace pocos días ocurrió un hecho que debió provocar un fuerte impacto mundial. Pero el manejo interesado de las principales agencias cablegráficas le puso sordina. El acontecimiento pasó casi inadvertido. Por eso mismo, deseo realzarlo.

El Parlamento belga aprobó la legalización del aborto. Sin embargo, por primera vez en la historia de las monarquías constitucionales contemporáneas, el rey Balduino se negó a firmar esa ley, invocando el rechazo moral de su conciencia hacia ella.

Para superar la "impasse" se convino en que el rey fuera suspendido de su cargo por tres días, durante los cuales el Gobierno belga promulgó la ley sin la firma del monarca, tras lo cual éste fue restituido en sus funciones.

Nuestra época ha revalorizado los derechos humanos de modo significativo y alentador. Si bien muchos han convertido esa noble causa en instrumento sesgado de consignas u objetivos políticos subalternos, la promoción y defensa de los derechos humanos encuentra hoy un lugar merecidamente prioritario en la conciencia universal.

Lo anterior hace especialmente contradictorio y repudiable la cada vez más extendida legalización del aborto. En efecto, el aborto es un asesinato. Más aún, implica un crimen particularmente cruel y cobarde, porque se dirige contra un ser indefenso e inocente de todo daño posible.

¿Cuántas madres que abortan, o personas que colaboran a ello, estarían dispuestas a matar a ese mismo ser una vez ya nacido, después de mirar su cuerpecito y escuchar su llanto?

Hasta la instintiva repulsión al crimen se elude así hipócritamente con el aborto. Estoy cierto que más temprano que tarde, el mundo occidental se avergonzará del verdadero

genocidio que la legislación abortista permite y estimula. Surgirá entonces una condena a este fenómeno, similar a la que suscitan los genocidios de Hitler y Stalin.

¿Cómo ha podido el desquiciamiento de criterios validar semejante atentado al derecho a la vida, pretendiendo desconocer que ésta se inicia con la concepción y que el respeto a ella no puede postergarse hasta la fase del embarazo que a cada órgano legislativo se le ocurra discrecionalmente?

La valiente actitud del rey Balduino se levanta así como un testimonio notable de entereza y de convicción en los principios morales, que merece el homenaje y la admiración del mundo entero.

SOLIDARIDAD, POBREZA Y RIQUEZA

Aunque Jaime Guzmán creía firmemente en la sentencia evangélica de que "siempre habrá pobres entre vosotros", estaba convencido de que era imperioso hacer todo lo necesario para erradicar la pobreza.

Combatió resueltamente el discurso marxista de la lucha de clases, en tanto adhirió a la economía social de mercado, único sistema conocido hasta hoy para lograr el desarrollo económico de los pueblos. El respeto por la dignidad de cada hombre y mujer en este mundo -principio básico del cristianismo- era sin duda su motivación última, a la hora de implementar las políticas destinadas a ir en ayuda de los más desposeídos.

Celebraba de corazón el espíritu solidario que se despierta entre los chilenos a la hora de enfrentar una catástrofe. Pareciera que en esas circunstancias -y no así normalmente- fuésemos capaces de vencer nuestros egoísmos para ir a socorrer a quienes están en la tragedia. Es allí cuando emerge, decía él, lo mejor de nosotros mismos.

Siendo sobrio y austero, a él le chocaba la ostentación y el lujo exacerbado. No porque le molestaran las riquezas materiales, ya que bien sabía que la cuestión no pasa por tener o no tener dinero, sino por el uso que de éste se hace.

Cuando hacía estas reflexiones llegaba inexorablemente a la conclusión de que lo único capaz de ponerle límites era el espíritu del Evangelio de Jesús.

REFLEXIONES ANTE LA CATÁSTROFE

Ercilla, 6 de marzo de 1985

Ante catástrofes tan dramáticas como el terremoto que acaba de asolarnos, no resulta posible quedarse en las meras inquietudes noticiosas o en las simples preocupaciones prácticas que quedan como secuela. Ello es, ciertamente, importante e inevitable. Pero hay algo aún más ineludible y necesario.

Me refiero a las reflexiones éticas y humanas que, frente a semejante tragedia colectiva, brotan del espíritu y del corazón.

Quizás lo más impactante sea constatar nuestra propia impotencia ante los fenómenos más estremecedores de la naturaleza física.

Fuimos creados como reyes de todas las creaturas de la Tierra. Pero la rebelión original de soberbia del hombre frente a Dios, hizo que la naturaleza física se nos convirtiera en hostil. Siempre seremos superiores a los irracionales elementos físicos, porque ellos pueden sólo dañar o destruir nuestro cuerpo, pero nada ni nadie jamás será capaz de aniquilar nuestra alma inmortal y la conciencia de racionalidad que ella engendra.

Sin embargo, esa paradoja de ser superiores y a la vez tan indefensos frente a la naturaleza física, nos induce a preguntas muy radicales.

¿No será que Dios permite dramas como el que hoy sufrimos para que comprendamos que el único modo de ser grandes en cuanto a seres humanos, consiste en saber sentirnos pequeños?

Cuando el extraordinario progreso de la ciencia y la técnica suele amenazar al hombre con la soberbia de hacerlo creerse "liberado" de las leyes morales del Creador, las fuerzas imponentes y devastadoras de un fenómeno físico nos recuerdan la insignificancia de nuestras seguridades puramente humanas.

El otro sentimiento que surge vigoroso ante lo ocurrido, es el contraste entre nuestra enorme potencialidad solidaria de amor y nuestra habitual tendencia al egoísmo.

Al experimentar tensiones y dolores como los que acarrea un terremoto, ¿no es verdad que nos parecen absurdas nuestras desproporcionadas quejas ante contratiempos tanto menores de nuestra vida cotidiana?

Acaso nuestro latente egoísmo se refleja incluso en la tentación inicial de magnificar los perjuicios que uno mismo ha sufrido con la catástrofe. Tiene que remecernos entonces el sufrimiento incomparablemente mayor que están viviendo tantos otros, para que nuestra protesta ceda paso a la resignación y, a veces, hasta a la gratitud interior.

Ahí aflora en toda su riqueza el sentido solidario. Cuando advertimos que estamos compartiendo una adversidad que supera por sí sola tantas de nuestras artificiales y mezquinas diferencias. Cuando la comparación de que el mismo acontecimiento dañó mucho más a otros que a cualquiera de nosotros. Entonces nos vemos impelidos a compartir y aliviar las penurias del prójimo.

Porque Chile ha padecido muchas adversidades, nuestro ser nacional ha desarrollado una excepcional entereza para sobreponerse a ellas, sobre la base de asumirlas con sentido solidario. En ello hay algo de heroico.

Ahora bien, la historia enseña que el heroísmo colectivo es limitado en el tiempo. Sólo de muy pocos cabe razonablemente esperar tal actitud como algo permanente. Requerir el heroísmo de muchos por tiempo indefinido resultaría, en general, iluso.

Pero aún siendo así, ¿no podríamos prolongar siquiera, en cierta medida, esta efusión de solidaridad que las catástrofes naturales estimulan en nuestro país? Si lo hiciéramos tan sólo en algún grado, Chile tendría siempre esperanzas de un futuro más promisorio.

MISTERIO DE "LOS PADRES" DUBOIS ⁷

La Segunda, 27 de septiembre de 1985

La entrevista al padre Pierre Dubois, publicada en *El Mercurio* del domingo pasado, ofrece una variada gama de materias que me interesaría comentar.

Sin embargo, los límites del espacio aquí disponible me llevan a circunscribirme sólo a una. Me refiero a la extraña incongruencia que el sacerdote entrevistado -al igual que muchos otros eclesiásticos- refleja en su aproximación al tema de la pobreza y de la riqueza.

Si uno busca entender lealmente sus ratiocinios, al parecer habría que concluir que la opción preferencial por los pobres que ha asumido la Iglesia Católica, tendría por fundamento -entre otros- el de que hay personas cuya realidad socioeconómica y sociocultural no les permite acceder a lo que cabe estimar contemporáneamente como un mínimo acorde con la dignidad humana.

Ahora bien, si seguimos la lógica de dicho anhelo, todo indica que la opción preferencial por los pobres persigue -en el ámbito económico, social y cultural- que esos pobres dejen de serlo, alcanzando grados más satisfactorios de educación y bienestar.

Idealmente, habría que propender a que los pobres se transformen en ricos, admitiendo la relatividad de tales categorías, pero asumiéndolas como referentes inevitables para este efecto.

No obstante, he ahí donde surge la contradicción que advierto en planteamientos eclesiásticos como el que comento.

Penetrada la opción preferencial por los pobres de una fuerte semejanza con las tesis marxistas sobre la lucha de

⁷ El sacerdote francés Pierre Dubois asume como párroco de La Victoria en 1983, un sector de la Región Metropolitana que se destacó por su oposición al gobierno militar y los graves hechos de violencia que se produjeron en su interior. Fue expulsado del país en 1986.

clases, esos enfoques condenan la riqueza como algo casi intrínsecamente negativo y opuesto a los valores del evangelio cristiano.

No se trata sólo de prevenir a los ricos sobre los riesgos que su situación comporta en cuanto a apegar-se indebidamente a sus riquezas, poniendo su corazón en ellas y no en Dios.

No estamos sólo ante una advertencia a los ricos de que ellos tienen más peligro que los pobres de dejarse seducir por el embrujo del dinero y las desviaciones del materialismo, lo cual no sólo me parece innegable, sino que además forma parte esencial y reiterada de las enseñanzas de Cristo.

Lo que percibo en los criterios eclesiásticos a que aludo va mucho más lejos. Ellos rechazan la riqueza en sí misma, como algo casi esencialmente negativo o antievangélico. El padre Dubois insinúa que sólo puede ser un buen cristiano el rico que se disponga a "dejar de serlo", desprendiéndose materialmente de sus bienes.

Las interrogantes que de ahí brotan son ineludibles. Si todos los ricos debiesen repartir sus bienes, destruyendo los capitales que tienen, ¿cómo se lograría crear la riqueza y los empleos que permitan a los más pobres dignificarse con el trabajo y vencer su actual pobreza?

Siendo el capital un elemento indispensable para ello, ¿propician entonces esos eclesiásticos que, desaparecidos los capitalistas privados que ellos repudian, la tarea básica de producir se colectivice a través de la propiedad estatal de los medios de producción, o bien de utopías como un esquema generalizado de empresas autogestionadas impuesto por la ley?

¿O es que aspiran a que los ricos dejen de ser ricos, pero que los pobres sigan siendo pobres, porque supuestamente sólo la pobreza de todos posibilitaría una vida cristiana y una convivencia fraterna?

¿Deberíamos desprender, en tal caso, que lo que persiguen es que no haya ricos, en vez de que no haya pobres? ¿O que, en otras palabras, su meta es la igualdad -aun en la pobreza- y no el mayor bienestar de todos, aun a costa de ciertos grados de inevitables desigualdades?

ANTE UN LLAMADO DEL PAPA

La Tercera, 21 de febrero de 1988

En reciente mensaje previo a la Cuaresma, iniciado esta semana, el Papa ha denunciado con especial énfasis el "escandaloso problema de la mortalidad infantil, cuyas víctimas se cuentan por decenas de miles cada día". Son "niños que mueren antes de nacer y otros tras una corta y dolorosa existencia, consumida trágicamente por enfermedades fácilmente prevenibles".

Juan Pablo II nos pide luchar contra el drama de "tantas madres que ven frustradas sus esperanzas y alegrías por la temprana muerte de sus hijos".

El índice de la mortalidad infantil se considera universalmente como uno de los más representativos del grado real de desarrollo o subdesarrollo de una sociedad.

En efecto, el descenso de la mortalidad infantil exige -junto a planes eficientes de nutrición- mejorar aspectos sociales básicos como el acceso a agua potable, alcantarillado y otras condiciones esenciales para una calidad mínima de vida, que reduzcan los riesgos de enfermedades que diezman a niños recién nacidos o de corta edad.

Por otro lado, la capacidad de un país para autosustentar sus recursos humanos representa un pilar insustituible de un desarrollo social válido y sostenido en el tiempo.

Con todo, la batalla en cuestión encierra además un elevado contenido moral, que supera cualquier dimensión socioeconómica, por importante que ésta sea.

Está en juego la viabilidad del derecho a la vida de millares de seres que poseen la dignidad de hijos de Dios, por haber sido creados a Su imagen y semejanza.

Ahora bien, mientras en 1970 morían en Chile -a causa del referido flagelo- 80 niños de cada mil nacidos vivos, hoy esa

cifra ha disminuido a 19 por mil, nivel propio de país desarrollado.

Considero que eso representa, sin duda alguna, uno de los logros más valiosos y meritorios del actual Gobierno. En dicho avance se conjugan todos los factores de prioridad moral, de espíritu solidario y de eficiencia técnica antes reseñados, como ejes del combate contra la extrema pobreza.

Al régimen actual se le pueden formular diversas críticas, con mayor o menor fundamento, según los casos. Pero nadie puede -de buena fe- desconocerle su inspiración social al servicio de los más pobres, que refleja tan notable progreso, máxime cuando éste supone el coraje de postergar legítimos intereses de poderosos grupos de presión para atender la necesidad más urgente de quienes no tienen voz.

El éxito en la lucha contra la mortalidad infantil conlleva darle preferencia frente a otras metas de mucho mayor rentabilidad política, criterio sólo explicable por muy firmes convicciones éticas.

Ante el llamado del Papa me ha parecido de justicia destacarlo, por contraste a tanta retórica hueca en torno a lo social.

MI COMPROMISO CON LOS MÁS POBRES

La Tercera, 24 de diciembre de 1989

El electorado de Santiago norponiente incluye a sectores medios, pero es de extracción predominantemente modesta y popular. Nadie podría aspirar a ser elegido senador por esa circunscripción, sin un amplio respaldo entre los estratos más pobres del país.

Es el apoyo masivo que obtuve en esos sectores lo que hizo posible mi triunfo. Y a ellos deseo expresar mi especial reconocimiento en este día de Navidad.

Me adentré en el mundo poblacional hace ya varios años, cuando fundamos la Unión Demócrata Independiente (UDI). El cariño y el coraje con que esos dirigentes poblacionales me acompañaron en esta campaña -junto a los candidatos a diputado de nuestro partido- fueron la clave del notable éxito que en conjunto obtuvimos.

Logramos la adhesión de aquellos que padeciendo penurias económicas, prefirieron optar por quienes les ofrecemos soluciones realistas, en vez de traficar electoralmente con la mera denuncia de esos problemas.

Son cientos de miles los chilenos que, en medio de los rigores de la pobreza, tienen un alma ajena a todo resentimiento. No se dejan seducir por la lucha de clases que la demagogia y el marxismo buscan explotar.

Una certera intuición les indica que el empeño personal por superarse resulta indispensable para surgir en la vida. Y anhelan hacerlo como fruto de su propio esfuerzo. Sólo reclaman legítimamente que la sociedad les brinde mayores oportunidades para conseguirlo. De ahí que ese sea nuestro compromiso.

En la ardua jornada de estos meses sentí el estímulo de esos chilenos que anhelan vivir en paz, orden y respeto. Que sufren el matonaje extremista en carne propia, pero que jamás

aceptarían doblegar ante él sus profundas convicciones, que son también las nuestras.

A ellos llegué con un mensaje que, junto a respuestas para sus problemas socioeconómicos, siempre tuvo un acento moral y espiritual. En la confianza en Dios, en los valores cristianos y en la prioridad de una familia que sea escuela de buena formación para sus hijos.

Y contra lo que algunos supongan, aún en agudos niveles de pobreza, el ser humano sólo se siente plenamente dignificado como tal en las dimensiones más nobles del espíritu.

Siempre señalé en mi campaña que aspiraba al voto únicamente de aquellos que previamente me consideraran digno de su confianza, que para mi vale mil veces más que el simple voto.

A todos quienes me otorgaron esa confianza -y en especial a los más modestos- les aseguro que no serán defraudados.

PENA DE MUERTE

Jaime Guzmán creyó en la validez de la pena de muerte para condenar aquellos delitos de extrema brutalidad. Respetaba, pero no compartía, la opinión de quienes eran partidarios de abolirla.

Las razones para sustentar su punto de vista apuntaban, por una parte, al carácter amedrentador de aquella, que a su juicio podía disuadir a otros para no incurrir en conductas de semejante aberración y, por otro lado, al arrepentimiento del victimario, con el consiguiente beneficio para su alma y para la sociedad que se convertía en testigo de un efecto de tal modo impactante.

Razón esencial para legitimar la existencia o validez de la pena de muerte era sin duda desde su perspectiva cristiana, el hecho de que la Iglesia Católica no se opusiera a ella. Fue en 1999, que el Papa Juan Pablo II recomendó replantearse frente a la pena capital, sugiriendo incluso su abolición.

Pero Jaime no alcanzó a recibir este mensaje proveniente del magisterio de aquella Iglesia a la que siempre procuró serle fiel.

PENA DE MUERTE Y REHABILITACIÓN

La Segunda, 25 de enero de 1985

Las declaraciones formuladas a la prensa a principios de esta semana por un sacerdote jesuita que asiste espiritualmente a los dos condenados a muerte por los crímenes múltiples de Viña del Mar, me produjeron una honda impresión.

En ellas el religioso señala el profundo arrepentimiento que observa en los referidos condenados a muerte. Y añade que específicamente uno de ellos, Jorge Sagredo, lo ha autorizado para decir que si la pena capital se ejecuta, la asumirá como el camino que la Providencia de Dios estima más adecuada para su persona, estando cierto que tras la muerte se va a encontrar con Dios. Creo que se trata de un testimonio que debe ser debidamente realizado y meditado.

En efecto, el análisis en torno a la pena de muerte suele plantearse de modo equívoco. Es frecuente que se lo presente como un debate entre los "partidarios" y los "adversarios" de dicha pena. Y ello me parece impropio, porque la expresión "partidario" no resulta la más adecuada. Más bien, lo que ocurre es que hay quienes -con dolor- aceptamos su licitud y procedencia para ciertos casos excepcionales de extrema gravedad y siempre con los debidos resguardos procesales que tiendan a evitar el error judicial.

Ahora bien, sin pretender desarrollar en estas breves líneas las argumentaciones globales y más de fondo al respecto, hay un punto sobre el cual juzgo útil reflexionar.

Resulta frecuente oír que si bien la pena de muerte puede cumplir o favorecer ciertos efectos propios de la sanción penal (como son el efecto retributivo o de hacer justicia, el de la defensa social frente a delincuentes peligrosos o el de operar como eventual disuasivo por su carácter intimidatorio), en ningún caso la pena capital permitiría otra de las finalidades de las sanciones penales, cual es que el delincuente pueda rehabilitarse y servir después

como un elemento útil para la sociedad. Creo que vale la pena replantearse si esto último es tan cierto.

Por un lado y ante testimonios como el descrito, ¿cabe descartar que la perspectiva de la pena de muerte sea precisamente lo que más contribuya a que alguien se arrepienta o se acerque a Dios, en la más plena rehabilitación moral imaginable? Y por otra parte, ¿se inutiliza acaso esa rehabilitación al ejecutarse al rehabilitado?

El referido sacerdote jesuita señaló en sus mismas declaraciones que "si el Señor tiene considerado en su justa Providencia que éste (la pena de muerte) es un camino salvador para ellos, bendito sea".

Podría argüirse que se trata de una reflexión válida sólo para firmes creyentes en la vida eterna. Que no cabe aplicarla al resto de la sociedad, porque cortar una vida temporal de alguien ya rehabilitado equivaldría a desaprovechar dicha rehabilitación.

Es incluso a esos no creyentes a quienes me atrevería a invitar a una meditación más a fondo. ¿No vale a veces más para una sociedad el ejemplo moral intenso que por poco tiempo brinda un hombre ante dilemas radicales de su existencia, que el aporte que él podría prestar por más tiempo pero con eventual intensidad mucho menor?

Por eso estimo que la rehabilitación moral previa de un condenado a muerte a quien -en definitiva- se ejecuta, dista de ser estéril para la sociedad. Conclusión luminosa desde el prisma de la fe, pero también válida desde un ángulo meramente humano y social. Hay testimonios y ejemplos que remecan a las sociedades y pueden cambiar muchas conciencias, haciendo mayor bien en pocos días que en muchos años.

¿POR QUÉ ABOLIR LA PENA DE MUERTE?

El Mercurio, 21 de octubre de 1990

Conocida es la secular polémica en torno a la pena de muerte. El mantenimiento o la abolición de la pena capital ha dividido tradicionalmente las opiniones de juristas, moralistas y hasta teólogos. Se trata de un problema conceptualmente complejo y humanitariamente muy delicado.

Para situar adecuadamente el análisis en cuestión, resulta fundamental tener presente que el delito viola el orden jurídico, dañando con ello el orden social. Detrás de la tipificación legal de una acción u omisión como delictiva debe encontrarse siempre algún bien jurídico que la sociedad busca proteger.

En ese concepto general caben las finalidades específicas de las penas que, bajo múltiples formulaciones distintas, se han desarrollado por las ciencias jurídicas a lo largo de la historia.

La defensa de la sociedad frente al peligro que representa la conducta delictual de ciertos individuos; el efecto intimidatorio o disuasivo para procurar que un delito no se cometa, no se repita o no se imite; el propósito de favorecer la rehabilitación del delincuente y otros objetivos propios de las penas, son finalidades que éstas persiguen válida y copulativamente.

Sin embargo, ellas adquieren toda su legitimidad y su sentido, en la perspectiva de que la pena implique un castigo que sea proporcionado al mal que el delito ha inferido al orden jurídico y social. La sanción emerge así como medio necesario para la reafirmación del derecho, otorgando a esta dimensión retributiva el elemento más propio, esencial y distintivo de las penas jurídicas.

En efecto, nadie discute la licitud de que la autoridad encierre a una persona demente, cuyo libre desplazamiento entraña alta peligrosidad para sus semejantes. Todos concuerdan en lo positivo de someter a quien padece locura o demencia a formas de tratamiento medicinal que le permitan rehabilitarse,

superando su enfermedad en la mayor medida posible.

Sin embargo, esas medidas privativas de libertad y rehabilitadoras no son penas y no pueden confundirse con éstas. El derecho penal no se aplica a los dementes, precisamente porque sus actos no les son reprochables.

Formulo tal precisión, porque pocas distorsiones pueden ser tan graves como la tendencia de ciertos sectores del pensamiento contemporáneo que, sutil o abiertamente, ponen en duda el libre albedrío del ser humano. En ello advierto una de las mayores amenazas actuales para el orden moral, ya que si no se asume que, pese a las limitaciones o condiciones que rodean la existencia del hombre, somos libres para decidir nuestra conducta, se derrumba toda la fuente de nuestra responsabilidad humana y desaparecen los conceptos mismos de derecho y de moral.

La pena se distingue porque conlleva un sufrimiento que la sociedad impone coercitivamente a quien delinque, a fin de que este expíe su falta. Ello es duro, pero ineludible. Nada lo ilustra en forma más palpable, que el natural remordimiento propio de quien se arrepiente de su delito. Es frecuente que personas sobre cuya conciencia pesa un grave delito decidan entregarse a la autoridad pudiendo eludirla.

Ello pone de manifiesto que en lo más recóndito de la conciencia humana late el convencimiento de la necesidad de un castigo que purgue el acto ilícito cometido. De este modo no sólo se restablece el orden jurídico y social, sino que el delincuente que recapacita reencuentra muchas veces su paz interior.

Con todo, ese rasgo de sufrimiento obliga a enfrentar la aplicación de toda pena como una dolorosa necesidad y jamás como algo de suyo deseable. No tiene sentido, por tanto, plantear que alguien sea "partidario" de la pena de muerte o de cualquier otra pena. Nadie puede ser "partidario" de que a otro ser humano se le imponga un sufrimiento. Cosa muy diferente es aceptarlo como un penoso imperativo social.

La afirmación de que la pena de muerte es ilegítima porque ella viola el derecho a la vida envuelve un equívoco. Resulta evidente que toda pena priva a quien la sufre de algún derecho o al menos le restringe su ejercicio. Así, las penas de prisión afectan gravemente la libertad personal de los condenados. Pero eso no autoriza a sostener que dichas sanciones violan la libertad personal. En cuanto la pena sea justa, ella no vulnera ningún derecho, sino que afecta un derecho de modo lícito y necesario, lo cual es esencialmente diferente.

La cuestión debe centrarse, por tanto, en si el derecho a la vida puede o no ser afectado jurídicamente a través de la pena de muerte.

Ante todo, debe descartarse cualquier elemento de dolor físico o moral que no sea estrictamente necesario para el objetivo mismo de la pena. Eso implica excluir las sanciones crueles, inhumanas o degradantes, como contrarias a la dignidad del hombre.

La determinación específica sobre si una pena incurre o no en alguno de esos excesos presenta ciertamente un problema difícil, que en parte depende de la forma en que evoluciona la sensibilidad de los pueblos.

Es efectivo que la pena capital resulta más grave que ninguna otra. Pero respecto a la dignidad del hombre, hay algo sustancialmente distinto en afrontar el término anticipado y conocido de su existencia temporal, comparado con el escarnio de verse sometido a la infamia pública o seguir viviendo con daños psíquicos o físicos irreparables.

Esto último puede acarrear al afectado un sufrimiento peor que la muerte. De ahí que muchas personas prefieran morir con dignidad, que vivir sin ella.

Estas reflexiones no constituyen el fundamento de la pena capital, ya que ella se le impone al afectado al margen de su voluntad. Simplemente apuntan a explicar la aparente paradoja

de que quienes creemos inconveniente abolir totalmente dicha pena, coincidamos en el rechazo a otras que son o aparecen menos drásticas.

En cuanto a la justificación de mantener la pena en debate, ésta deriva de que hay delitos cuya extrema gravedad hace que la sanción proporcionada para ellos pueda llegar a ser la pena capital.

Si nos aproximamos al tema sólo considerando la eventual reincidencia de un delincuente que aparezca especialmente peligroso, pienso que la pena de muerte no se justificaría. Bastarían tal vez al efecto prisiones de alta seguridad.

Diferente es el juicio si enfocamos la materia desde la perspectiva de la defensa y protección de la sociedad frente a todos los potenciales delincuentes, que es la razón de ser predominante de las penas y del carácter retributivo que les es esencial.

Con ese prisma, hay delitos que pueden merecer la pena capital. Deseo ser explícito para señalar que ese es el argumento fundamental, y por sí mismo suficiente, que me lleva a propiciar que se mantenga la pena de muerte respecto de los gravísimos delitos en que así lo propone la Comisión de Constitución, Legislación, Justicia y Reglamento del Senado.

Asimismo debe tenerse presente que la aplicación de la pena capital en Chile se encuentra acertada y cuidadosamente regulada, al menos para la justicia en tiempos de paz. En efecto, cuatro son las principales exigencias que concurren a lo expuesto.

En primer lugar, la pena de muerte nunca está considerada como pena única para un determinado delito. En los casos en que ella se contempla, reviste el carácter de pena máxima dentro de una escala que incluye otras penas menos graves que el tribunal puede aplicar al mismo delito. Así, sólo se llega a la condena a muerte cuando, además de la comisión de un delito muy grave, éste se lleva a cabo en circunstancias que confieren el acto

delictivo correspondiente un signo de especialísima maldad. En segundo término, no se puede decretar la pena capital por presunciones.

En tercer lugar, dicha pena requiere el acuerdo unánime del tribunal colegiado que la decreta. Basta el voto en contra de un magistrado para que se aplique la pena inmediatamente inferior, esto es, el presidio perpetuo.

Finalmente, en el evento de que se pronuncie la condena de muerte por la unanimidad del tribunal correspondiente, sus miembros proceden a deliberar en conciencia acerca de si -más allá de lo estrictamente jurídico y considerando todos los factores éticos y humanitarios envueltos- el condenado es o no digno de clemencia. El resultado de esa deliberación se envía al Presidente de la República para que éste lo pondere al resolver sobre el indulto correspondiente.

Tocante a la justicia militar de tiempo de guerra, el proyecto de la comisión pertinente del Senado sugiere que también se exija el requisito de la unanimidad del Consejo de Guerra para dictar una condena a muerte. Asimismo, propone que dicha judicatura sólo opere en caso de guerra externa y no en el de guerra interna, por la peculiar naturaleza que caracteriza a ésta última.

El realismo indica que la hipotética supresión de la pena de muerte en caso de guerra externa, aun para los delitos más graves que atenten contra la patria o las operaciones bélicas, sólo favorecería que se procediese de hecho contra los culpables, más allá de toda juridicidad.

Sin perjuicio de lo antes expresado, deseo hacerme cargo de tres objeciones que se formulan a la pena capital, desde la perspectiva de su efecto disuasivo, del error judicial y de la rehabilitación del condenado.

No hay ninguna estadística que pueda medir exacta ni cabalmente la eficacia disuasiva de una pena. Saber cómo habría

actuado una persona si en la misma época y sociedad hubiese regido una legislación diferente a la que imperaba trasciende la previsibilidad humana.

Toda estadística al respecto adolecerá inevitablemente de esa falencia. El caso del terrorismo resulta particularmente ilustrativo. Se afirma que a los terroristas no les preocupa la gravedad de las penas, porque aspiran a presentarse como héroes. Admitiendo que ello fuese válido para los exponentes más fanatizados y comprometidos de los grupos terroristas, tal realidad dista de ser aplicable a quienes son convocados a incorporarse -o a acrecentar su participación- en las vastas redes que supone el terrorismo. El sentido común nos hace nítido que para estas personas no puede ser indiferente la mayor o menor gravedad de las penas a que su acción terrorista pudiera exponerlos.

Otra argumentación muy repetida para propiciar la abolición de la pena capital apunta a su carácter irreversible, cuya especial delicadeza se hace patente ante la hipótesis del error judicial.

Confieso que dicha observación es la que me hace mayor fuerza frente a la disyuntiva de mantener o no la pena de muerte. Sin embargo, la forma en que ésta se encuentra regulada en nuestra legislación ofrece suficientes garantías para que dicha aprensión quede virtualmente superada.

En todo caso, analizado el tema en profundidad, también son irreversibles las penas privativas de libertad, ya que nadie puede restituirle al afectado los años de prisión, por mucho que ella fuere dejada sin efecto. Se trata de una irreversibilidad de efectos menos graves que la de una condena de muerte. Puntualizo sólo que la irreversibilidad de un error judicial consumado no es una característica exclusiva de la pena capital.

Otro aspecto de sumo interés estriba en la extendida creencia de que la pena de muerte no permitiría la rehabilitación del condenado.

¿Es realmente correcta dicha afirmación? Una respuesta superficial a esta pregunta conduce fácilmente a validarla. No obstante, una reflexión más honda y meditada del tema lo muestra en su verdadera dimensión, que permite desprender lo contrario.

Me impresionó fuertemente la actitud de dos personas ejecutadas en Calama en 1982.

Gabriel Hernández y Eduardo Villanueva cometieron un horrendo homicidio contra dos funcionarios del Banco del Estado, crimen perpetrado con especial premeditación y alevosía, para apropiarse del producto de un cuantioso robo.

Esas dos personas, antes de su fusilamiento, entregaron una carta al Obispo de Calama, para que éste la difundiese después de la ejecución.

Me permito reproducir textualmente el documento: "Querido Monseñor Herrada: Queremos dar testimonio a Ud. y a la Santa Iglesia de la felicidad que nos ha brindado la gracia divina, y que estas teas encendidas en el fuego del Dios del amor sirvan para encender muchas más, por este mundo oscuro y en desamor.

Dad testimonio de este milagro y manifestad que Dios espera con sus brazos abiertos para sumergirnos a todos en una inmensa misericordia divina. Alegraos con nosotros y fortaleced vuestro espíritu.

Comprended que no hemos muerto. En verdad, hemos nacido a la verdad y a la eternidad donde la Santa Trinidad, con María Virgen, nos sale al encuentro. Sed fuertes, comprended el milagro y sepan comprender la divina voluntad. Asumid nuestras obligaciones terrenas y tened siempre presente que velaremos por ustedes, como vosotros lo hacéis con oraciones para con nuestras almas. Alegraos en nuestra fe y comunicad la buena nueva. Que Dios les bendiga. Hasta siempre".

Frente al testimonio transcrito yo me pregunto, ¿es válido

sostener que la pena capital hace imposible la rehabilitación del condenado? Tan impresionante conversión del alma, que la experiencia demuestra que no es excepcional frente a la inminencia de la muerte, ¿no produjo acaso también un bien moral en la sociedad en la cual aquel testimonio se irradió? Esa rehabilitación de los condenados y ese beneficio social de su testimonio, ¿no entrañó un bien de una envergadura muy superior a la que se busca como ideal a través de las penas privativas y de la más exitosa reeducación carcelaria imaginable?

No faltará quien arguya que en presencia de una rehabilitación semejante carece de lógica haber privado a esos condenados de su vida. Pero es obvio que tal argumentación no resulta válida porque aquella conversión probabilísimamente no habría ocurrido sin el impacto y el recogimiento inherentes a ese momento de suprema verdad interior que supone enfrentar la muerte.

Un alto ejemplo moral que se verifique en un solo día puede tener un significado social muy superior al aporte rutinario o habitual que un preso reeducado realice durante largos años. Lo que un ser humano entrega a la sociedad no se mide sólo por su extensión en el tiempo, sino también -y ante todo- por su intensidad o calidad moral. Así lo han entendido los héroes y los mártires.

Las consideraciones anteriores no presuponen necesariamente determinada fe religiosa del condenado. Poseen validez en el mero plano de la ética natural, como dan cuenta innumerables testimonios registrados al respecto a lo largo de toda la historia.

Convengo, eso sí, que una actitud como la descrita, se hace más fácil, a la vez que cobra su dimensión más plena, para quienes consideramos que la vida temporal es una peregrinación hacia la vida eterna.

Para los creyentes, la muerte no es la destrucción de la

existencia humana, sino un tránsito hacia una forma superior y diferente. Al despedir a un ser querido, los cristianos proclamamos con especial vigor, que la muerte no es el término de la vida del hombre, sino su transformación. Afirmamos que "al deshacerse nuestra morada terrenal adquirimos una mansión eterna en el cielo".

Aludo a este ángulo del problema, porque creo que él nos desliza hacia lo que creo más fundamental en este debate, aun independientemente de las creencias religiosas específicas de cada cual.

Nadie puede desconocer que la iniciativa legal que conoció hace algunos días el Senado de la República se enmarca en un movimiento de carácter universal, que apunta a abolir la pena de muerte en nombre del derecho a la vida.

Sin embargo, gran parte de los mismos países en que prospera dicho abolicionismo simultáneamente legaliza el aborto. Y quienes impulsan lo uno y lo otro suelen ser los mismos sectores políticos o de opinión. Aunque ésta no sea la realidad prevaleciente hoy en nuestra patria, el carácter tan mundialmente extendido de la coincidencia señalada debe movernos a una honda reflexión.

Naciones que aprueban la abolición de la pena de muerte que la autoridad judicial pueda imponer para delitos gravísimos legalizan el asesinato que simples particulares cometen contra millones de seres inocentes e indefensos. ¡Qué contradicción más flagrante! Pero al mismo tiempo, ¡qué contradicción más reveladora!

En el fondo ella obedece a una de las crisis más graves de nuestra civilización occidental. Un materialismo práctico cada vez más generalizado enfoca toda la existencia humana desprovista de su trascendencia y reducida a su inmanencia.

Se mira la vida humana como si ella fuera sólo una expresión psíquica y física, ajena a la dimensión espiritual y trascendente del alma.

Por eso, mientras se rechaza con escándalo todo lo que implique horror sensible, se olvidan los principios morales más básicos cuando se les pueden violar sin ese impacto sobre los sentidos. El aborto mata sin que se vea o se sienta ese crimen en todo lo que implica un asesinato a un ser cuya inocencia está fuera de toda duda posible. He ahí su especial cobardía. Pero he ahí también lo que explica su extendida -aunque monstruosa- aceptación en el mundo actual.

Respeto, aunque no comparto, el punto de vista de quienes postulan la abolición total de la pena de muerte fundados en sinceras apreciaciones éticas o prácticas. Pero resulta ostensible que la inspiración real del movimiento mundial organizado a favor de tal abolicionismo no responde a los principios morales que invoca, desde el momento en que muchos de sus adalides han favorecido la legalización del aborto, la eutanasia y otros atentados contra la vida, cuya legitimidad -a diferencia de la pena capital- no admite controversia posible.

Lo anterior se vincula con un argumento en el plano filosófico -y aun teológico- invocado para pretender negar legitimidad a la pena de muerte. Se asevera que sólo Dios es dueño de la vida humana.

Declaro mi plena concordancia con tal afirmación. Ningún hombre, en su simple carácter de ser humano igual a los demás, puede privar a otro de su vida, salvo que obre en legítima defensa con la proyección pertinente de este concepto al caso de la guerra justa. Más aun, tampoco un hombre, en su mera condición de tal, podría imponerle a otro una pena privativa de libertad ni sanción alguna.

Lo que ocurre es que cuando un hombre inviste una autoridad legítima, aplicándola de un modo justo y dentro de su competencia, ejerce una potestad cuyo origen último viene de Dios.

Más allá de expresiones desfiguradas de ese concepto,

con que algunos han pretendido históricamente justificar despotismos arbitrarios, el cristianismo siempre ha enseñado la doctrina luminosamente expuesta en la Biblia a través de San Pablo, quien afirma que "no hay autoridad sino bajo Dios, y las que hay han sido establecidas por Dios" (Rom. 13,1).

La existencia de autoridades que rijan toda comunidad humana está exigida por la naturaleza del hombre y, por ende, deriva de su creador. Por ello el poder legítimo de toda autoridad -cualquiera sea el nivel o género de ella-, en última instancia, proviene de Dios.

Ello presupone que la autoridad respete la ley moral, inscrita en la naturaleza humana y susceptible de ser descubierta también por quienes no tengan el don de la fe religiosa a través de su razón, aplicada rectamente a desentrañar lo que constituye, perfecciona o degrada esa naturaleza del hombre.

Obviamente tratándose de la imposición de penas, ello sólo incumbe a las autoridades estatales competentes, ya que los cuerpos intermedios sólo persiguen finalidades parciales y específicas del ser humano.

Pienso que quienes impugnan la legitimidad de la pena de muerte debieran sopesar el hecho de que el magisterio de la Iglesia jamás la haya condenado, dejando la resolución del problema a la prudencia de los hombres, según las circunstancias propias y evolutivas del bien común.

Asistimos en Chile a un recrudecimiento de la violencia delictual que también aflige a gran parte del mundo. El terrorismo se cierne como la amenaza más grave sobre las legítimas esperanzas de afianzar una convivencia civilizada. Y sabemos que los grupos terroristas poseen vasos comunicantes hacia la delincuencia común o hacia fenómenos como el narcotráfico.

Soy el primero en admitir y enfatizar que no hay mejor antídoto contra la violencia delictual -sea esta común o terrorista- que una sólida formación espiritual y moral. He consagrado a

ello los principales afanes de mi vida, tanto a través de la docencia como de la actividad política.

No obstante, mis convicciones como hombre de derecho me llevan a sostener que frente al delito es menester actuar con el suficiente rigor legislativo para impedirlo o dificultarlo.

¿Es acaso prudente y oportuno que cuando el terrorismo y otras formas de violencia delictual nos estremecen caso a diario, se prescinda jurídicamente de una pena que reviste innegable valor disuasivo? ¿Por qué y para qué lanzar la equívoca e inoportuna señal pública de aparecer aprobando ahora una abolición absoluta de la pena capital?

Como razón suprema de tal iniciativa legal se invoca el fortalecimiento del derecho a la vida. Temo que el resultado práctico de ella sería exactamente inverso y contraproducente para tan noble y compartido propósito.

Tras las argumentaciones éticas y jurídicas que he planteado me guía también un sentido humanitario lleno de sensibilidad para defender la vida y los derechos de las personas que sufren -o pueden sufrir- la agresión de la delincuencia común y terrorista.

Estoy convencido de que abolir totalmente la pena de muerte en este momento incentivaría el atentado contra la vida y la seguridad personal de muchos inocentes.

TERRORISMO Y DERECHOS HUMANOS

Una de las expresiones de nuestro tiempo que más preocupaban a Jaime Guzmán era, sin duda, el terrorismo. Lo veía como una de las peores amenazas al mundo de hoy. Y si combatió tan implacablemente al comunismo fue porque consideraba a éste como el sustentador ideológico de aquél, al legitimar la violencia como método para alcanzar el poder.

Muchos piensan que con su "voto no" en el Congreso -para impedir que el Presidente de la República tuviese la facultad de indultar a los terroristas-, habría firmado su sentencia de muerte. Luchó sin desmayo contra el terrorismo, procurando que los victimarios de dichos crímenes recibieran el máximo rigor de la ley.

Si bien fue partidario de reprimir la violencia terrorista, nunca defendió los excesos cuando tuvo conocimiento de ellos; condenó duramente aquellos cometidos por la DINA durante los primeros años del gobierno militar. Es más, se empeñó casi de manera temeraria en la destitución de la máxima autoridad del organismo, general Manuel Contreras, por considerar que sus métodos atentaban contra la dignidad del ser humano, de acuerdo a su visión cristiana del hombre y de la vida humana.

Algunos le han imputado a Jaime Guzmán el no haber retirado su apoyo al Gobierno Militar, al enterarse de atropellos a los derechos humanos. No obstante que esta hubiera sido una opción posible, él prefirió luchar desde dentro del gobierno para corregir tales acciones que consideraba inaceptables y que condenaba sin atenuantes. Esto no impedía que le contrariara sobremanera el que algunos no vieran que la violencia represiva había sido respuesta a la violencia marxista que, a su juicio, amenazaba con imponer en nuestro país un régimen totalitario, irreversible y perenne, como el de Cuba.

En todo caso, vale la pena consignar que Jaime defendía por sobre todo a la persona humana, sea que ésta fuese víctima de la violencia abortista, del terrorismo o de la represión de Estado. Y esto porque él no hacía distinciones a la hora de defender los derechos humanos.

TERRORISMO Y DERECHOS HUMANOS

La Tercera, 10 de junio de 1990

En un foro televisivo de esta semana, el secretario general del Partido Socialista, Jorge Arrate, se hizo eco de la tesis de que el terrorismo no constituiría violación de los derechos humanos.

Según tal enfoque, las transgresiones a los derechos humanos sólo serían aquellas que provienen del Estado, es decir, de los agentes de la autoridad.

Dice un conocido aforismo jurídico que "en derecho las cosas son lo que son y no lo que se dice que son, ni lo que se pretende que sean".

Resulta obvio que son violaciones a los derechos humanos todos aquellos actos u omisiones que atentan ilegítimamente contra derechos inherentes a la naturaleza humana. Ahora bien, como lo señala el artículo 9º de la Constitución Política, "el terrorismo, en cualquiera de sus formas, es por esencia contrario a los derechos humanos".

Dicha conceptualización fue expresamente respaldada por el Ministro Krauss en el análisis del terrorismo en Chile que tuvimos hace unos días en el Senado.

Justo es consignar que Jorge Arrate condenó toda forma de terrorismo. Pero al sostener que ello no constituiría violación de los derechos humanos, insinuó que las transgresiones a esos derechos, que comete la autoridad estatal, son siempre más graves que las originadas por el terrorismo extremista. Tal generalización puede inducir a serios equívocos.

Es efectivo que, en principio, los abusos de la autoridad son más reprochables que los de un particular. Pero cuando esos excesos de los agentes del Estado se producen en réplica a la violencia extremista, el juicio puede resultar diferente.

En tal caso, la autoridad siempre debe enmarcar esa dura lucha dentro de límites éticos y legales. Si los transgrede, su

conducta sigue siendo censurable. Pero mayor es la responsabilidad de los violentistas y terroristas, ya que es su agresión la que exige la respuesta del Estado, en defensa de los ciudadanos amenazados por el extremismo.

PISAGUA: LA CULPABILIDAD PRINCIPAL⁸

La Tercera, 17 de junio de 1990

Los hechos de Pisagua han conmovido al país. El testimonio tangible del dolor siempre estremece. Es natural que ello haga aflorar nuestros más nobles sentimientos de compasión.

Muy distinto es el propósito de explotar políticamente esas emociones, evidenciado por ciertos sectores políticos y periodísticos.

Por ello, la Unión Demócrata Independiente (UDI) ha cumplido su deber como partido político, al formular un planteamiento que va más allá de lo emotivo, para que cada cual se forme un juicio acertado y sereno.

Los chilenos siempre nos hemos enorgullecido de nuestras Fuerzas Armadas. Las han elogiado todos los gobiernos, incluido el de Allende. También lo hace el actual Gobierno. Cabe entonces una pregunta elemental.

¿Es compatible suponer que esas Fuerzas Armadas habrían perdido abruptamente toda racionalidad y toda moral durante un preciso lapso de algunos años (desde el 11 de septiembre de 1973), dejándose arrastrar a una brutalidad criminal, para luego recuperar -bajo sus mismos mandos- sus virtudes de siempre y que hoy destaca el propio Gobierno de Aylwin?

Esa absurda tesis, que subyace en los enfoques de la Concertación, no resiste análisis. La realidad es muy diferente.

El Gobierno de Allende arrastró deliberadamente a Chile a una inminente guerra civil. Más de 15 mil extremistas extranjeros, junto a grupos de paramilitares criollos, pertrechados de abundante armamento ilegal, constituían el "ejército irregular" (según expresiones textuales del ex Presidente Eduardo Frei) que se aprestaba a convertirnos en una segunda Cuba.

⁸ Localidad del norte de Chile, donde en 1990 fueron hallados restos de detenidos desaparecidos.

Ante ello, una amplia mayoría popular exigió la intervención militar, única salida posible. Llamó a instituciones entrenadas para la guerra, a fin de superar un cuadro de guerra interna. Las Fuerzas Armadas y Carabineros, tras resistirse largamente, asumieron su deber de actuar.

Todos hubiésemos deseado que ello no tuviera costo en vidas. Pero no era factible. Quienes pidieron la intervención militar, incluidos los máximos dirigentes democratacristianos, lo sabían perfectamente.

En la guerra suceden inhumanidades que siempre exceden incluso las propias leyes de la guerra. Ello no las justifica. Pero sitúa su responsabilidad prioritaria en quienes provocan las situaciones bélicas.

Por otro lado, el costo humano de la acción militar emprendida en 1973 fue muchísimo menos del que habríamos sufrido si la Unidad Popular hubiese logrado establecer un totalitarismo comunista. O si hoy fuésemos otro Perú, otra Colombia u otro El Salvador.

Eso no quita que todo dolor merezca piedad y respeto. Pero lo que no puede aceptarse es que los principales culpables de esos hechos -que son quienes durante la Unidad Popular arrastraron a Chile a la guerra civil- pretendan erigirse en jueces morales de las Fuerzas Armadas y de quienes las respaldamos. Eso sí que no.

PARTE ESENCIAL DE LA VERDAD⁹

La Tercera, 17 de febrero de 1991

Diversos comentarios relacionados con el informe Rettig denotan la parcialidad unilateral con que muchos enfocan las transgresiones a los derechos humanos registrados en Chile, con posterioridad al 11 de septiembre de 1973.

Todos los sectores políticos admiten cierta responsabilidad compartida en la destrucción de nuestro régimen democrático, que hizo crisis definitiva en el gobierno de la Unidad Popular.

Sin embargo, hay una responsabilidad prioritaria y muy especial.

Nuestra antigua democracia llegó a su colapso con un ingrediente particularmente grave, que fue el cuadro de guerra civil al que la Unidad Popular arrastró deliberadamente a Chile, como instrumento de su designio totalitario de convertirnos en otra Cuba.

Por una parte, se formaron milicias paramilitares con entrenamiento guerrillero, en zonas del territorio nacional a las que ni siquiera podía entrar la fuerza pública. Varios miles de extremistas extranjeros, con abundante armamento ingresado ilegalmente al país, configuraban lo que el ex presidente Eduardo Frei llamó "un ejército irregular" o paralelo, en su célebre carta a Mariano Rumor, de noviembre de 1973.

Sobre esa base, sectores de la Unidad Popular intentaron infiltrar a las Fuerzas Armadas para dividir las, a fin de que prosperara la aventura fratricida. Por otro lado, el gobierno marxista sembró sistemáticamente el odio entre los chilenos, al

⁹ El informe Rettig fue elaborado por la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, convocada por el Presidente Aylwin en 1990, con el propósito de reunir información sobre los hechos de violación a los derechos humanos, recomendar medidas de reparación, medidas legales y administrativas para impedir la comisión de nuevos atropellos.

punto de dividirnos entre dos bandos que nos mirábamos como enemigos irreconciliables.

Se explica así que en el referido documento, el ex Presidente Frei expresara textualmente, establecido ya el régimen militar: "La responsabilidad íntegra de lo ocurrido -y lo decimos sin eufemismo alguno- corresponde al gobierno de la Unidad Popular instaurado en el país".

En realidad, la abrumadora mayoría del pueblo chileno exigió a instituciones entrenadas para la guerra -como son las Fuerzas Armadas- que asumieran el poder en un cuadro de guerra interna.

Nadie podía ignorar los efectos previsibles de ello. No se trata, como algunos majaderamente afirman, de que pretendamos justificar los excesos cometidos en la tarea de conjurar las secuelas de esa guerra civil larvada. No justificamos ningún hecho moralmente reprochable, ni jamás lo hemos hecho.

Lo que resulta indispensable reiterar es que los principales responsables del grueso de esas violaciones a los derechos humanos -más que los uniformados que las cometieron- son aquellos dirigentes de la Unidad Popular que nos arrastraron deliberadamente al descrito cuadro de guerra civil.

He ahí parte esencial de la verdad que requerimos para nuestra reconciliación.

LA RESPONSABILIDAD PRINCIPAL

La Tercera, 10 de marzo de 1991

A raíz del informe Rettig, algunos dirigentes de la ex Unidad Popular han reconocido la responsabilidad que les cupo en el quiebre del sistema democrático que se produjo entre 1970 y 1973.

Sin embargo, ellos sostienen que tal responsabilidad no se extendería a las transgresiones a los derechos humanos ocurridas después del 11 de septiembre de 1973. Dichos actos resultarían -única o principalmente- imputables a quienes los cometieron y al gobierno militar.

Ese enfoque me parece esencialmente equivocado e inaceptable.

En efecto, la destrucción de nuestra antigua democracia, que colapsó en 1973, no es separable de las transgresiones a los derechos de las personas que sucedieron al menos en el primer año del régimen militar, en que murió más de la mitad de las víctimas que consigna el informe Rettig.

La ligazón indisoluble de ambas realidades deriva de un factor muy preciso. El quiebre institucional chileno tuvo un ingrediente especial, que fue el cuadro de guerra civil a que nos arrastró deliberadamente la Unidad Popular, como instrumento de su propósito totalitario de convertirnos en otra Cuba.

Ese cuadro de guerra civil queda elocuentemente reseñado por el ex Presidente Eduardo Frei, en su célebre carta a Mariano Rumor, de noviembre de 1973.

La existencia de lo que él denomina un verdadero "ejército irregular" impulsado por la Unidad Popular, con el concurso de miles de extremistas foráneos que disponían de abundante armamento pesado, introducido clandestinamente al país, ilustra el rasgo extremo del ambiente bélico que se vivía.

A ello se añadía la larga siembra sistemática del odio entre los chilenos y las diarias amenazas del régimen marxista de arrastrarnos a un enfrentamiento.

Los intentos de la Unidad Popular de infiltrar y dividir a las Fuerzas Armadas fueron el detonante final. Entonces, la abrumadora mayoría del pueblo recurrió a instituciones entrenadas para la guerra, a fin de que asumieran el país en un cuadro de guerra interna, con el objetivo de conjugarla y de salvar a Chile.

Las violaciones a los derechos humanos, que entonces se produjeron, no pueden ni deben justificarse por nadie. Pero sus principales responsables -más que los uniformados que las cometieron- son los jerarcas de la Unidad Popular, que nos condujeron a esa guerra civil larvada, situación en que la experiencia histórica demuestra que tan dolorosos acontecimientos fatalmente acontecen.

Ese es un aspecto básico de la verdad que hoy pretende tergiversarse.

ATEÍSMO Y COMUNISMO

Siendo la fe en Dios el pilar estructural en la vida de Jaime Guzmán, es fácil deducir cuánto llegaba a perturbarle el comunismo: doctrina esencialmente materialista y atea, que incluso llegó a sostener que la religión era el opio del pueblo.

Hay quienes vieron a Jaime Guzmán, por sobre todo, como un acérrimo antimarxista. Combativo por naturaleza, desplegó durante largos años toda su artillería intelectual para fundamentar el carácter erróneo y destructivo del comunismo, cuyo signo totalitario condenaba sin contemplaciones.

Arremetió contra el marxismo haciendo acopio de una batería de argumentos que parecían irrefutables, granjeándose con ello la animadversión de los sectores de extrema izquierda, los que terminaron por sindicarlo como su peor enemigo, al que había que eliminar.

Sólo que antes de perpetrar el cobarde asesinato que segó su vida, alcanzó a ser testigo del derrumbe del comunismo.

El 19 de noviembre de 1989 escribía en *La Tercera*: "El fin de semana pasado el corazón de todos los hombres y mujeres libres del mundo se estremeció de júbilo. Confieso que mi alegría se mezcló con esa emoción que anuda la garganta. Había caído el Muro de Berlín... Celebramos así la mayor victoria de nuestros ideales de este siglo...".

LA CLARINADA DEL PADRE HASBÚN

La Segunda, 16 de marzo de 1984

El tráfago noticioso suele acarrear que "los árboles no dejen ver el bosque". Episodios y situaciones que mirados con perspectiva sólo revisten una importancia limitada o coyuntural, frecuentemente acaparan la atención, consumen los esfuerzos y encienden las pasiones ciudadanas. Entretanto, lo principal y lo permanente -que por antonomasia debiera ser siempre lo de mayor actualidad- se diluye según aquello de que "por sabido se calla y por callado se olvida".

Por eso me impresionó tan profundamente el comentario del padre Raúl Hasbún, el viernes pasado, en el Canal 13 de TV.

A raíz de la heroica lucha que la juventud polaca libra hoy para impedir que el gobierno comunista de ese país le elimine el símbolo de la cruz de sus salas de clases, el padre Hasbún dijo textualmente:

"Aquí (en Chile) seguimos destrozándonos en peleas subalternas de segunda o tercera categoría y no nos damos cuenta de que está pasando en el mundo lo más importante, el fenómeno más grave de la cultura contemporánea.

Es el avance arrollador y agresivo del ateísmo militante, que no se contentará hasta no ver erradicado de todas las manifestaciones de la cultura, de la civilización y de la convivencia humana, hasta el último signo de la fe, comenzando por el signo de la cruz.

Tal vez nosotros no nos hemos dado cuenta de dónde está el verdadero enemigo, el verdadero desafío, el verdadero embate que afrontan nuestra civilización y nuestro planeta. Muy pronto la lucha llegará hasta nosotros y a fin de que estemos preparados para afrontar esa lucha, es menester que, viendo el ejemplo de jóvenes polacos, volvamos a reverenciar, volvamos a adorar el signo de la cruz".

Creo que esas vibrantes palabras del padre Hasbún constituyen una clarinada que merece meditar a fondo.

¿No es verdad, acaso, que parecieran no medir la magnitud del peligro marxista aquellos sectores democráticos que aceptan pactos políticos o "acciones sociales conjuntas" con los comunistas, olvidando que la línea divisoria fundamental no está entre ser partidario u opositor frente al actual Gobierno, sino entre adherir a la forma de vida de la civilización occidental o bien deslizarse hacia la esclavitud del totalitarismo rojo que tantos pueblos hoy padecen?

¿No es verdad, acaso, que parecieran también no recordar la vigencia de la amenaza marxista muchos de quienes han apoyado al actual régimen chileno durante los últimos diez años, cuando hoy acentúan sus recíprocas recriminaciones o enfatizan casi sólo sus reparos a las deficiencias gubernativas, olvidando "dónde está el verdadero enemigo... el verdadero embate"?

¿Y no es verdad, sobre todo, que parecieran no dimensionar la hondura del mal moral que entraña el marxismo, aquellos sacerdotes que niegan o atenúan la radical incompatibilidad entre éste y el cristianismo, prefiriendo favorecer supuestas concordancias prácticas que debilitan el espíritu cristiano de combate frente "al fenómeno más grave de la cultura contemporánea"?

El marxismo podrá estar intelectualmente superado y vencido. Pero su agresión política de carácter bélico, convencional y no convencional, sigue y seguirá latente porque responde a un ansia de hegemonía mundial inherente a su esencia doctrinaria.

Cuando vemos reaparecer desafiantes en nuestro escenario político a los comunistas y socialistas responsables de la trágica Unidad Popular, no podemos sino concordar con el padre Hasbún en que "la lucha llegará muy pronto hasta nosotros". Y en que para afrontarla bien, al menos a quienes somos cristianos, nada nos será nunca tan eficaz como el signo y el misterio de la cruz.

LA ELEVADA EXHORTACIÓN DE MONSEÑOR FRESNO¹⁰

La Segunda, 21 de septiembre de 1984

La homilía pronunciada por monseñor Fresno en el reciente Te Deum del Día Nacional me produjo un muy hondo impacto. Al releerla atentamente al día siguiente, me preguntaba si tan elevado, dramático y urgente llamado moral a los chilenos logrará una efectiva acogida en nuestras conductas cívicas, abriendo una luz en el espeso horizonte patrio, o bien si esas palabras sólo encontrarán elogios verbales y emotivos, sin voluntad eficaz para seguirlas.

El Arzobispado de Santiago ha pedido "un gesto común de humildad nacional", donde reconozcamos que "todos, sin excepción..., hemos pecado" y que "ninguno de nosotros está enteramente libre de culpa", añadiendo que "pretender que sean siempre los otros quienes carguen con la responsabilidad y culpa de nuestros males es faltar a la verdad". A ese gesto lo ha calificado de "primer paso hacia el consenso nacional".

Obviamente, el escollo básico que todos debemos superar en tal propósito son los propios orgullos, rencores o ambiciones. Y hacerlo simultáneamente, porque las treguas políticas -lo mismo que las bélicas- no pueden fructificar en la unilateralidad. Pero es aquí donde surge el segundo obstáculo.

En efecto, monseñor Fresno ha agregado con razón que "humildad nacional significa hablar de Chile como de una herencia y un destino que nos pertenecen a todos". Creo que, por encima de las pasiones, no sería difícil convenir que los valores básicos que conforman esa herencia y que reclama ese destino -más allá de nuestras discrepancias en torno a cómo plasmarlos en cada momento histórico- son compartidos por una

¹⁰ Monseñor Juan Francisco Fresno, Arzobispo de Santiago entre 1983 y 1990, encabezó la Iglesia de Santiago en el período de transición del gobierno militar a la plena democracia. Fue investido Cardenal el 25 de mayo de 1985.

abrumadora mayoría de los chilenos. Por las Fuerzas Armadas y sus jefes que nos gobiernan. Por la civilidad democrática, sea partidaria, independiente u opositora frente al actual gobierno.

Sin embargo, hay por desgracia un sector que sustenta valores esencialmente contrapuestos a nuestra herencia histórica y aspiraciones para nuestro destino radicalmente contrarias a ellos.

¿Qué sentido tiene la dignidad humana para quiénes niegan toda trascendencia espiritual al hombre? ¿Qué sentido tiene la libertad personal para quienes postulan un Estado totalitario que la absorbe por completo? ¿Qué sentido tiene la democracia política occidental para quienes la juzgan un mero trampolín desde el cual "superarla" hacia la dictadura del proletariado?

¿Qué sentido tiene la unidad nacional para quienes conciben nuestra sociedad como el escenario de un enfrentamiento irreductible entre clases antagónicas, que es menester acentuar? ¿Qué sentido tiene, en fin, la soberanía de Chile para quienes la entienden satelizada a la Unión Soviética, conforme a la "doctrina Brezhnev" que oficialmente defienden?

Cuando el dirigente comunista Jaime Insunza sostenía en una reciente entrevista de prensa que "hay más libertad en la Unión Soviética que en Estados Unidos y más en Cuba que en Venezuela", resulta demasiado elocuente su contradicción total e insalvable con los valores esenciales de la chilenidad.

Cierto es que el activismo marxista-leninista constituye una reducida minoría en nuestro país. Pero lo grave está en que en vez de que el resto de la ciudadanía se mancomune al menos para aislarla y combatirla cívicamente, subsisten sectores democráticos llenos de remilgos o vacilaciones al respecto y -lo que es peor- sectores eclesiásticos que actúan en complicidad doctrinaria o práctica con el comunismo y sus aliados.

Supuesto que haya la respuesta moral de humildad que monseñor Fresno ha solicitado, pienso que el principal escollo para que ella fructifique en el anhelado consenso mínimo, estriba en los puentes que sectores democráticos y eclesiásticos tienden al comunismo en Chile. Aun así, el llamado arzobispal debe mover nuestras mejores voluntades.

"INTENSIFICAR ACTIVISMO ATEO"

La Segunda, 26 de octubre de 1984

Hace apenas una semana, el cable nos trajo una información que quizás más de alguien puede haber considerado sin mayor interés, por su carácter conocido y reiterativo. Confieso que, a pesar de este rasgo, ella me impresionó fuertemente.

La noticia daba cuenta de un editorial de primera página de *Pravda*, diario oficial del Partido Comunista soviético, en el cual se llama a intensificar el activismo en favor de una concepción atea y en contra de la "niebla religiosa".

El aludido artículo, dedicado especialmente a la juventud, denuncia que una parte importante del pueblo soviético "está bajo la influencia de la ideología religiosa" y que los jóvenes son el sector más necesitado de una "mejor educación atea".

Pravda insta a un mayor esfuerzo para "diseminar el ateísmo científico" en clubes, organizaciones sociales, grupos profesionales y todos los medios de comunicación.

Cierto es que el hecho descrito acusa un fenómeno positivo e impactante. Más de sesenta años del más rígido y monolítico régimen marxista no han sido suficientemente eficaces para desarraigar el espíritu religioso ni del pueblo ruso ni de otras naciones sojuzgadas bajo el nombre de Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Pero junto a ello, el llamado de *Pravda* revela descarnadamente la más honda dimensión del mal moral que es inherente al comunismo y que muchos suelen no aquilatar en debida forma.

Los cristianos sabemos muy bien que la fe es un don de Dios. Quienes no lo hayan recibido no merecen reproche moral por no ser creyentes. Ellos suscitan nuestro respeto, acompañado siempre de la esperanza y el apostolado para procurar que descubran y reconozcan a Dios cuando Él lo tenga dispuesto.

Juicio muy distinto merece el ateísmo militante y combativo de quienes no se limitan a no creer en Dios sino que buscan impedir que los demás crean. Resulta imposible no advertir en esta conducta el influjo de las más oscuras fuerzas del mal. El ateísmo cobra así el signo de un odio contra Dios, más allá de una mera negación agnóstica de Su existencia.

Mientras el apostolado para que los no creyentes se conviertan libremente a la fe constituye un impulso de amor, el proselitismo para que los creyentes deriven hacia el ateísmo trasunta casi siempre un signo de odio. He ahí la gran diferencia.

Pravda habla de estar "bajo la influencia de la ideología religiosa" como quien se refiere a alguien seducido por una droga malsana que merece el despreciativo apodo de "niebla religiosa".

Más de alguna vez he leído reflexiones de cristianos -y aun de eclesiásticos- que sofistican sobre la eventualidad de un marxismo que abandonase su ateísmo militante. Y para esa hipótesis suelen buscarse posibles puentes de concordancia con el cristianismo.

Quien haya penetrado con alguna profundidad en la cosmovisión marxista, comprende que el ateísmo -presentado por ella como "científico"- atraviesa todo su núcleo doctrinal, hasta el punto de constituir uno de sus aspectos más esenciales e inamovibles. Especular sobre un hipotético marxismo no ateo equivale a imaginar un absurdo. Se trataría, en verdad, de un marxismo no marxista. Es decir, de una ficción atávica o de un juego de palabras.

El editorial de *Pravda* nos viene a reiterar que quienes mejor entienden y más impecablemente exigen el vínculo indisoluble entre marxismo y ateísmo, son los marxistas más ortodoxos.

JUAN PABLO II CONDENA AL MARXISMO

Ercilla, 18 de junio de 1986

En su reciente Encíclica *Dominium et Vivificantem*, Su Santidad Juan Pablo II condena explícitamente al marxismo en términos tan profundos como categóricos. Dice el Pontífice en parte de su documento:

"Por desgracia, la resistencia al Espíritu Santo, que San Pablo subraya en la dimensión interior y subjetiva como tensión, lucha y rebelión que tiene lugar en el corazón humano, encuentra en las diversas épocas históricas y especialmente en la época moderna, su dimensión externa, concentrándose como contenido de la cultura y de la civilización, como sistema filosófico, como ideología, como programa de acción y formación de los comportamientos humanos. Encuentra su máxima expresión en el materialismo, ya sea en forma teórica -como sistema de pensamiento- ya sea en forma práctica -como método de lectura y de valoración de los hechos- y además como programa de conducta correspondiente. *El sistema que ha dado el máximo desarrollo y ha llevado a sus extremas consecuencias prácticas esta forma de pensamiento, de ideología y de praxis, es el materialismo dialéctico e histórico reconocido hoy como núcleo vital del marxismo*".

Enseguida, Juan Pablo II agrega: "Por principio y de hecho, el materialismo excluye radicalmente la presencia de Dios, que es Espíritu, en el mundo y, sobre todo, en el hombre, por la razón fundamental de que *no acepta su existencia, al ser un sistema esencial y programáticamente ateo*".

Más adelante, el Santo Padre señala: "De aquí se sigue que, según esta interpretación, la religión puede ser entendida solamente como una especie de "ilusión idealista" *que ha de ser combatida con los modos y métodos más oportunos; según los lugares y circunstancias históricas, para eliminarla de la sociedad y del corazón mismo del hombre*" (los destacados son míos).

El señalado documento papal reviste enorme trascendencia y actualidad desde variados ángulos.

En primer lugar, si bien otros pronunciamientos de Juan Pablo II trasuntaban la radical incompatibilidad entre marxismo y cristianismo, esta encíclica la enfatiza de modo explícito. Los alegatos de que las condenas tajantes de la Iglesia a la doctrina marxista habrían sufrido una supuesta atenuación desde que Pío XI calificara al comunismo como "intrínsecamente perverso", se han visto así desautorizados.

En segundo término, la precisión de Juan Pablo II de que su condena apunta "al materialismo dialéctico e histórico, reconocido como núcleo vital del marxismo", refuta los extendidos intentos de ciertos sectores cristianos por centrar en el leninismo el presunto elemento básico de contraposición entre esa doctrina y el cristianismo. El Papa recuerda que es la *esencia* del pensamiento de Marx la que encierra un mal moral irremediable, aunque se rechace a Lenin o se prescinda de él.

En tercer lugar, el Papa reafirma que tampoco resulta admisible pretender conciliar el cristianismo con el método de interpretación marxista de la historia, aun cuando éste desligase de la filosofía global del marxismo. Al aludir "al método de lectura y valoración de los hechos" propio del materialismo, Juan Pablo II reitera lo ya enseñado por Paulo VI en *Octogésima Adviens*, de que "sería ilusorio y peligroso llegar a olvidar el *lazo íntimo que los une radicalmente*" (al método de análisis con la filosofía marxista).

Por último, Juan Pablo II ha sido concluyente para descartar una hipotética aceptabilidad del marxismo si él abandonase su definición atea, al puntualizar que ésta constituye un elemento irrenunciable para el marxismo, porque ella constituye parte de su "núcleo vital".

FINAL DEL COMUNISMO Y URGENCIA CRISTIANA

La Tercera, 11 de febrero de 1990

La semana que termina quedará registrada en la historia como aquella en que la Unión Soviética renunció oficialmente a la utopía comunista.

Al abdicar el Partido Comunista soviético de su monopolio conductor de la sociedad, se ha abandonado -aunque no se confiese- la médula misma del pensamiento de Lenin.

A su vez, despojada de la eficiencia leninista, la doctrina de Marx, contradicha por la realidad en todas sus pretensiones "científicas", queda virtualmente reducida a un obsoleto mito antirreligioso. Sin embargo, aquí advierto justamente los mayores desafíos del momento actual.

Las sucesivas generaciones seducidas por el paraíso de la "sociedad sin clases" que "algún día" llegaría, luchaban por una utopía. Al revés de los verdaderos ideales, dicha utopía era contraria a la naturaleza humana. Pero aún falso en sus raíces e imposible en su promesa, el comunismo ha movilizad voluntades con la mística pseudo-religiosa de las antirreligiones. Se ha nutrido del odio, pero también de la sed de absoluto que late en el ser humano.

Hoy asistimos al progresivo reconocimiento universal de la democracia pluralista y de la economía social de mercado, como las fórmulas más adecuadas en un mundo cada vez más interdependiente.

Ello alegra a quienes adherimos a esos sistemas, pero no debe encandilarnos.

Desde luego, los sistemas contienen sólo estructuras generales, cuya formulación, variada para cada pueblo, requiere respetarlo como órgano vivo, irrepetible y con peculiar tradición.

Por otro lado, siempre la libertad deberá luchar contra las mentalidades estatistas. Aunque murieran todos los totalitarios,

no desaparecería la amenaza de nuevas formas de socialismos colectivistas o estatizantes.

Pero más allá de lo anterior, emerge lo principal. Ningún sistema político o económico (como la democracia política o la economía de mercado) puede satisfacer las inquietudes más profundas del hombre. Su dignidad trascendente clama por respuestas frente al dolor, a la muerte y al destino último de la existencia.

El materialismo práctico del consumismo que hoy corroe al Occidente, sume a millones de personas en el vacío, el aburrimiento y la evasión. El auge de la drogadicción juvenil lo ejemplifica dramáticamente.

Sólo los valores morales y espirituales son capaces de brindar auténtica felicidad al ser humano. Sólo ellos pueden también cimentar una sociedad con rectos ideales. Como se lo dijo Juan Pablo II a la juventud chilena, debemos mirar a Cristo y descubrir en Él al rostro mismo de Dios. No es una cuestión puramente religiosa. Ello compromete todo nuestro futuro personal y social. La hora actual de la humanidad lo hace especialmente patente.

RAÍCES CRISTIANAS DE CHILE ■

A Jaime Guzmán se le puede definir como hispanófilo y, por tanto, admiraba y celebraba lo que provenía de la Madre Patria. Y de todo el legado de la vieja España, la fe cristiana constituía sin duda el máspreciado. Pensaba que la evangelización realizada por los españoles entre los pueblos indígenas había sido su mejor regalo para nuestra Patria.

Convencido de las bondades de la conquista y pacificación española, nunca compartió los cuestionamientos formulados por sus detractores. Debido a ello, empenó siempre sus esfuerzos en defender -tanto en la vida pública como privada- los valores del cristianismo y los principios sustentados por la Iglesia Católica, cuya presencia en nuestro continente adjudicaba y agradecía a los españoles.

OBRA CIVILIZADORA Y EVANGELIZADORA

La Segunda, 14 de octubre de 1985

La celebración del Día de la Hispanidad ha confirmado que se trata de una efeméride cuyo homenaje con un festivo nacional dista de ser un mero convencionalismo rutinario. Y es que con motivo de esa fecha aflora el profundo afecto que los chilenos profesamos a España, tanto en las dimensiones más profundas de la savia ético-cultural que nutre su historia, como las manifestaciones más típicas y populares de la Madre Patria, reflejadas en sus bailes, cantos y comidas.

Sin embargo, ello no fue siempre así. Producida la independencia política de los países hispanoamericanos, surgió en éstos una tendencia inicial de rechazo hacia España y su obra colonizadora.

Los fragores de la emancipación generaron secuelas que se vieron potenciadas por tendencias filosóficas y doctrinarias prevalecientes en el siglo pasado, para las cuales el sentido misionero católico que imprimió su sello a la tarea colonizadora española representaba la más repudiable antítesis.

Sólo eso puede explicar que hasta largo tiempo después de la independencia campeara en nuestra enseñanza escolar y en la mayoría de los sectores ilustrados de los países hispanoamericanos -entre ellos Chile- la leyenda negra de una colonización española que se presentaba marcada por un sórdido oscurantismo. Por una larga noche de sólo abusos, explotación y retraso para los pueblos que debieron padecerla.

Al absurdo de que en el estudio de la guerra de Arauco el niño chileno se sintiera identificado con los indígenas, juzgando al español cual enemigo foráneo, se añadió la simplificación no menos burda de olvidar que la lucha independista no fue un combate entre criollos y españoles, sino una auténtica guerra civil, donde unos y otros se entremezclaban en ambos bandos.

Aquella hoy olvidada estrofa de nuestro himno patrio que habla de España como "invasor", enorgulleciéndose de que con la independencia de "tres siglos lavamos la afrenta", ilustra las apasionadas exageraciones de una época. No fue extraño, entonces, que se hiciera necesaria la "defensa de la hispanidad", frase con que Maetzu titulara su célebre libro sobre la materia y que trasuntó toda una actividad vital entre quienes se impusieron el deber de rescatar la verdad histórica.

Simbolizado en Chile por Jaime Eyzaguirre, el hispanismo (aunque él nunca aceptó el apelativo, reclamando que era simplemente hispano) no podía verse exento de un inevitable grado de pasión. Pero su trascendental aporte a un actual enfoque más equilibrado y justo del tema y de nuestra historia no se desconoce hoy por casi nadie.

Más allá de los excesos de muchos de esos valerosos conquistadores que buscaban el oro y la fama está el legado de toda una obra civilizadora que difícilmente encuentra parangón histórico de similar grandeza. Porque detrás del idioma, de los colegios y las universidades, de las imprentas, de las ciudades, de las iglesias, del barroco americano y de tantas ingentes realizaciones culturales y materiales, estuvo ese sentido evangelizador que no sólo nos transmitió la civilización cristiana, sino que además plasmó la nueva raza del mestizaje.

De ahí que no resulte caprichoso que el Día de la Hispanidad se designe frecuentemente como el Día de la Raza. Allí está el testimonio más elocuente de una colonización cuyo superior principio inspirador -asumido y cautelado por la Corona Española- fue la firme creencia en la igualdad esencial de todos los seres humanos, quienes, sin perjuicio de nuestras múltiples diferencias accidentales, nos reconocemos creados a imagen y semejanza de Dios. Gracias a ello Iberoamérica y Chile existimos y somos tales.

RAÍZ CRISTIANA DE CHILE

La Tercera, 14 de octubre de 1990

En Estados Unidos, el 12 de octubre se celebra como el "Día de Colón".

Para nosotros, tal efeméride es mucho más que el recuerdo del Descubrimiento de América. Por eso, tradicionalmente lo hemos festejado como el "Día de la Raza". Aunque pienso que resulta aún más propio designarlo como el "Día de la Hispanidad".

En efecto, Chile nació como posesión de los reyes de España. Antes de Pedro de Valdivia, no puede hablarse de Chile. En nuestra geografía sólo coexistían diversas tribus indígenas incomunicadas o antagónicas.

Iniciada la colonización española, empieza a forjarse una nueva raza, fruto del mestizaje. Y junto a ello cuaja una nueva patria que, a principios del siglo pasado, llegaría a su independencia política.

Lo esencial es comprender que el mestizaje no fue un azar, ni un mero fenómeno sociológico. Respondió a un ideal de hondo significado ético.

En efecto, la colonización española de América es quizás la empresa de mayor envergadura y nobleza que registra la historia humana.

Indisoluble del propósito político de la conquista, estuvo siempre la voluntad evangelizadora de la corona española. Se trataba de incorporar territorios para el rey. Pero ello se entendía al servicio de ganar almas para Cristo, a través de la fe católica.

La Hispanidad se construyó así sobre la convicción moral en la igualdad esencial de todos los hombres. Porque dentro del respeto a las jerarquías y a sus diferencias accidentales, todos los hombres tienen la dignidad común de hijos de Dios. Y sólo se es hermano -y surge el desafío de comportarse como tal- cuando existe y se reconoce a un mismo padre.

Más allá de fallas o desviaciones inherentes a toda obra humana, la Hispanidad entrañó un sublime llamado a la hermandad entre todos los seres humanos.

Es eso lo que explica el mestizaje. Pero no fue sólo la raza. España nos legó su idioma. Nos transmitió el derecho, heredado del Imperio Romano. Gestó una cultura hispanoamericana, basada en el honor y el sentido espiritual de la vida. Al fin de cuentas, todo lo presidía el sentido misional de la evangelización cristiana.

En la proximidad de la primera visita de un rey de España a Chile, sobre ambas naciones acechan relativismos morales y embestidas materialistas. Ante ello, nada es más oportuno que reflexionar sobre las raíces de nuestra cultura común. Porque sólo en la fidelidad a ella, los pueblos encuentran su auténtico y fecundo destino.

ANTE ARRAU: ADMIRACIÓN Y GRATITUD

La Segunda, 11 de mayo de 1984

Cuando ayer vi a Claudio Arrau descender del avión en tierra chilena, experimenté uno de esos profundos sentimientos que tanto cuesta transmitir.

Dejando fuera el orden sobrenatural, las mayores felicidades y las más sublimes emociones me las ha deparado el arte. Y dentro de las diversas manifestaciones de éste, quizás la música ha sido la que más hondamente ha impactado mi espíritu.

En esa perspectiva, Claudio Arrau no es sólo alguien a quien profese una admiración especialísima. Más que eso, su figura y su obra están asociadas al maravilloso sentimiento de la gratitud.

¡Cuántas veces los amantes de la música hemos disfrutado de las grabaciones de los grandes maestros, entre los cuales Arrau ocupa un lugar señero en todo el mundo! ¡Y cuántas veces, al terminar de oír una de esas obras, hemos querido que nuestro gozo espiritual pudiese traducirse siquiera en una palabra de agradecimiento conmovido al compositor y a los intérpretes, que en muchos casos ya han partido hacia la eternidad!

Sin embargo, con todos los avances de las técnicas de grabación, nunca ellas podrán suplir lo que significa un concierto escuchado en la sala y el momento en que la obra musical se ejecuta. Diríase que un tenso y emocionado recogimiento nos coloca allí ante la aventura fascinante de ser partícipes de algo que siempre nace, porque vuelve cada vez a recrearse. Por eso la perspectiva de escuchar presencialmente un concierto de Arrau genera sensaciones difíciles de describir.

Hasta hoy tengo fresco en mi ser aquella interpretación de la sonata opus 111 de Beethoven que Arrau nos entregó, en nuestro Teatro Municipal, en su ya lejana venida anterior a Chile. Si se me permite la metáfora, llegué a pensar si acaso Beethoven

habría imaginado que alguna vez se penetraría en su mensaje con semejante profundidad conceptual y genio expresivo.

Ante dicha obra, como ocurre con los últimos cuartetos del propio Beethoven o con los inacabados de Miguel Ángel, uno intuye que esos titanes ya habían ingresado a aquella dramática y sobrecogedora zona en que la existencia temporal empieza a percibir tangiblemente su término y su tránsito a la otra vida que nos espera más allá de la muerte. Y sentí que Arrau plasmaba ese misterio de un modo muy difícil de igualar.

Es ante un artista de la envergadura de Claudio Arrau donde uno comprueba que el intérprete puede convertirse en un verdadero creador. Pero justamente allí es también donde comprueba que ello no se logra por el camino fácil de ceder a los veleidosos caprichos de quienes juegan a ser "vedettes".

La verdadera impronta creadora de un gran intérprete reside, junto al esmero de tantas horas de laborioso estudio para alcanzar la excelencia técnica, en la capacidad de su espíritu para desentrañar -a través del intelecto y la sensibilidad- el más genuino y hondo mensaje que el compositor ha querido legar en cada una de sus obras. Para adentrarse con hondura conceptual, fineza artística y esforzada humildad en todo el mundo interior del autor de quien se quiere ser su intérprete.

Al escuchar a Claudio Arrau uno percibe que todo su ser está entregado a ese descubrimiento inagotable del cual él es siempre un pionero que continúa peregrinando.

De ahí que más allá de la admiración, quienes amamos la música como una de las manifestaciones que más nos aproximan a lo mejor del hombre -y a través de ello a su Creador- sintamos hacia Arrau no sólo una venerada admiración sino una viva gratitud, que en estos días nos alegramos de poder manifestarle en nuestra tierra común. Y que tal reconocimiento se extienda también a todos cuantos han hecho posible este momento histórico.

EN LAS ENTREVISTAS

En muchas de las entrevistas periodísticas que Jaime concedía, se le preguntaba -o él traía a colación sin mediar pregunta- temas que aluden a la fe o a cuestiones religiosas. Jaime nunca perdía la oportunidad de explicitar públicamente su fe católica.

Cualquiera fuese el tópico acerca del cual se le estuviera entrevistando, los periodistas sabían que, tarde o temprano, llegarían al ámbito religioso. Este no era para él un tema tabú y, menos, algo que correspondiera a la esfera de los estrictamente privado. Asumía, sin falsos pudores, el carácter evangelizador del cristianismo y estaba dispuesto a ser combatido o rechazado por salir en defensa de sus convicciones.

Jamás sacó cuentas de si ganaba o perdía votos cuando se trataba de defender cuestiones valóricas. Esto era especialmente valioso en Jaime, ya que defender una causa impopular sin ser político no es lo mismo que hacerlo cuando los principios éticos lo ordenan, aunque se corra el riesgo de perder votos o una elección.

Su sello y celo apostólico era sin duda superior y más potente que su proselitismo político. De ello dio demostraciones en incontables oportunidades y una de las pruebas de que ésta fue en él una verdad indesmentible era, precisamente, que los periodistas siempre aludían a ello cuando lo entrevistaban.

A continuación, dentro de innumerables ejemplos, algunos pasajes de entrevistas en las que Jaime enfrentaba temas espirituales.

LA MISIÓN DE LA IGLESIA ¹¹

-Usted es católico. A su juicio, ¿cuál debe ser el papel de la Iglesia?

Yo creo que el papel de la Iglesia en cualquier país es el de ser un testimonio insobornable de la verdad y esa verdad se encuentra en la palabra de Cristo. Yo creo que la crisis de la Iglesia no es algo propio de Chile, sino que tiene carácter universal. Hay una crisis de fe. La Iglesia tiene una misión muy clara, que es enseñar la verdad. No lo señalo yo, sino que lo dijo Cristo, precisamente al despedirse de sus apóstoles: "Id y enseñad a todas las naciones".

Lo que tiene que hacer la Iglesia es enseñar la verdad, enseñar el camino de la salvación; señalar primero aquello en lo cual se debe creer, que es la fe, y enseguida, aquello que se debe practicar, las normas de conducta que conducen al hombre a la perfección, que conforman la moral. De la fe debe nacer el amor, pero el amor en todo su significado profundo, como amor a Dios, en primer lugar, y al prójimo, por amor de Dios. El simple amor al prójimo desgajado del amor a Dios pierde todo su sentido profundo. Por otra parte, el amor a Dios si no se refleja en amor al prójimo, también es simplemente una falsedad.

Esta concepción marca todo el carácter recio, exigente, duro, que tiene la religión. El signo de la religión es la Cruz. Proclamarlo sin debilidades es el papel de la Iglesia. Es un papel demasiado importante para que su jerarquía lo abandone, ya sea en el deseo demagógico o fácil de ganar adeptos transigiendo en la verdad, o ya sea en algo todavía más lamentable, como podría ser el deseo de convertirse en un instrumento de influencia política para cualquier lado.

¹¹ Entrevista "Se nos ha devuelto el orgullo de ser chilenos". *La Segunda*, 20/9/74.

La Iglesia tiene un papel mucho más elevado. Yo creo que los fieles católicos hoy día están siendo confundidos por quienes debieran ser sus guías, confundidos porque no se les enseña la doctrina en la forma suficientemente sólida; confundidos porque se les está llevando a una concepción blandengue, fofa, de la religión, que es la negación de Cristo y la negación del Evangelio.

No quisiera que estas palabras se tomaran como una crítica irreverente a la jerarquía eclesiástica, a la cual yo obedezco como católico dentro del marco de su competencia, sino más bien como la manifestación de la angustia que expresa un católico, al no ver como quisiera, en manos de sus pastores, una luz clara para seguir.

Nuestra jerarquía debe sentir que hay una sensación de orfandad dentro del pueblo católico, que quisiera ser bien conducido y que a veces no tiene los guías que cumplan adecuadamente su misión.

SOBRE LA MUERTE ¹²

-¿Cuál es su percepción de la muerte?

La muerte es un hecho físico y espiritualmente muy doloroso. El quiebre que existe entre la vida actual y la futura; debe ser algo desgarrador; por lo tanto es un hecho que produce temor, independiente de la forma cómo la persona muera. En la separación del alma y del cuerpo hay dolor, porque es un quiebre, aunque la persona parezca morir muy tranquila; la muerte es algo muy desgarrador.

La muerte es un castigo impuesto por Dios por obra del pecado original. Cuando Dios creó al hombre no había previsto la muerte al igual que no previó ni el cielo ni el infierno. Así, el hecho del dolor físico y espiritual también reside en el hecho que la muerte es un castigo impuesto a la humanidad. Es el acontecimiento más importante de la vida. Único en el cual la dimensión de la existencia coloca las diferentes realidades en su justa jerarquía. Debe ser el tema de meditación principal de la persona en su vida en una intensidad diaria. La muerte es un misterio, ella merece respeto.

-¿Cuál es su percepción acerca de la supervivencia del ser después de la muerte?

El cuerpo es materia, se descompone, lo que carece de importancia, sin perjuicio de que merece respeto por haber sido parte del ser humano. Lo único que queda en la tierra es la obra del ser humano, obra que uno haya podido realizar, que tiene fundamental importancia en cuanto sea de más directa utilidad para la salvación de un mayor número de almas. Puede ser obra anónima (ojalá), intangible (semilla en el interior

¹² Entrevista realizada por una alumna de *Antropología de las Creencias* de la Universidad de Chile en 1978, para un trabajo práctico.

de la persona); puede también a veces acompañar el recuerdo de una persona. Mas, esto último no debe preocupar a la persona, porque entonces la vanidad es insalvable; no se debe preocupar uno cómo lo recuerden ni la historia, ni la gente que lo rodea, sino cómo lo juzgará Dios. Si este juicio es favorable implica que la obra fue fecunda; en sentido inverso, la obra debe ser fecunda para que el juicio sea favorable.

-¿Cuál es su concepción acerca de la trascendencia?

Fundamentalmente reside en el prefacio de la misa de los muertos: "La vida no termina sino que se transforma". Esto implica que existe el alma separada del cuerpo como realidad espiritual, pero que es lo que identifica al hombre al constituir su forma sustancial. El hombre es él mismo, aunque no sea igual; conserva la identidad humana. Por esto el alma es el ser humano despojado de su cuerpo, sin perder la identidad.

El juicio se verifica inmediatamente en una dimensión fuera del tiempo, no se puede dimensionar temporalmente. El juicio determina bienaventuranza eterna o contemplación eterna de Dios, que es el cielo; o la ausencia de esto o condenación eterna, que es el infierno.

La eternidad tiene que ser comprendida como algo fuera del tiempo; desde esta perspectiva lo normal es que el purgatorio o purificación que requiere el alma que se salva, se mide en el tiempo sólo para efectos didácticos, pero sí tiene lugar en mayor o menor intensidad de dolor según lo que haya que purgar. Dolor que es muy superior a cualquiera que se sufre en la tierra, como lo atestiguan los santos.

En un instante dado, en la perspectiva humana del tiempo, Cristo volverá a la Tierra para poner fin a la historia y al tiempo, para establecer la plenitud del reino y para transformar en gloria todo lo creado. San Juan dice: "Habrá cielo nuevo y tierra nueva" lo que quiere decir que pueden subsistir las más

variadas creaturas pero liberadas del efecto del pecado original. Se produce entonces el juicio final o universal, que no es más que la proclamación de los juicios particulares de cada cual y la reafirmación del poder de Dios sobre la creación y de Cristo sobre la Tierra.

Simultáneamente se produce la resurrección de los cuerpos que se unen a sus respectivas almas. Tampoco el cuerpo es materialmente igual al que tenemos en la Tierra, pero hay una identidad fundamental y misteriosa con él, que hace que adquiera mayor plenitud la gloria eterna. Se trata de cuerpos gloriosos, no con limitaciones de cuerpos que viven en el tiempo.

Los cuerpos de los condenados también resucitan y desde entonces se produce el dolor espiritual que consiste en la no contemplación de Dios una vez que se ha percibido su luz y maravilla después de la muerte; este es el fuego eterno, que implica un dolor físico y espiritual. Esto es dogma de Fe.

San Pablo dice que algunos no morirán, sino que serán transformados sin pasar por la muerte, estos serán los que se encuentren vivos en el momento de la segunda venida de Cristo en gloria y majestad.

Contrariamente de lo que en general se cree, pienso que muchas almas se condenan, aunque probablemente sean más las que se salvan. La enseñanza de Cristo no tendría sentido si no se condenara nadie. Por lo demás el Evangelio lo dice y Cristo mismo lo advierte: "El camino a la perdición es ancho y muchos caen en él".

-¿Cómo influye todo esto en su vida y en su visión de las cosas?

Todo esto constituye el aspecto fundamental de mi existencia y preocupación, es lo único que realmente me importa. Tengo esperanza y confianza en conseguir la salvación principalmente a través de la devoción a la Virgen, el Rosario,

la oración, penitencia y práctica de los mandamientos. Tengo temor a condenarme si no respondo a lo que he recibido y sigo recibiendo (Parábola de los Talentos). También uno se salva o condena según muera o no en pecado mortal. Si hay arrepentimiento final, se perdona el pecado mortal sin necesidad de confesión. Pero el peligro está en creer que el arrepentimiento es fácil y natural. El arrepentimiento supone dolor en el pecado que se incurrió por acción u omisión, y propósito efectivo de enmienda. Si uno no está ejercitado a arrepentirse, a sentir este dolor durante la vida, difícil que venga en el momento de la muerte.

-¿En algún momento conversa con Dios?

La mayor cantidad de tiempo que puedo, porque pienso que es lo más importante de todo, y creo que -si uno realmente cree en Dios- jamás puede postergar lo religioso en beneficio de actividades secundarias. Yo no concibo que una persona que cree en Dios tenga tiempo para muchas cosas y no para rezar.

-¿Se considera un buen cristiano?

No me atrevería jamás a tener la presunción de considerarme un buen cristiano, pero sí soy una persona que se esfuerza conscientemente para serlo y hace de este esfuerzo su primera preocupación central de la vida.

-¿Va a misa regularmente?

Trato de ir siempre que puedo...

-En nuestro país siempre cuando se habla de católicos, hay varias clasificaciones, como "católicos a su manera", de "comunión diaria", "pechoños", etc. ¿De cuáles es usted?

Como un católico normal, que trata de seguir las enseñanzas de la Iglesia y que no pretende ser católico a su manera, sino que católico a la manera de la Iglesia. Esto no tiene por qué implicar ser pechoño o beato, como se dice frecuentemente, porque ellos no tienen una percepción de lo que es verdaderamente el catolicismo y lo reducen muchas veces a aspectos muy parciales de su contenido total. Creo que se puede ser profundamente religioso y comulgar todos los días o lo más frecuentemente posible y, sin embargo, no ser pechoño ni beato.

¹³ Entrevista "Soy un partidario resuelto del actual gobierno". *El Sur*, 1978.

-En múltiples ocasiones usted ha recalcado que la tarea del gobierno de las Fuerzas Armadas es generar condiciones de progreso espiritual y material. ¿Cree verdaderamente que el primero se está logrando a través del sistema económico que algunos llaman "social de mercado" y otros, capitalismo liberal, y que con cualquier nombre ha ido generando una desconocida (para Chile) fiebre de consumo?

La economía social de mercado da y dará gradualmente mayor bienestar material. Parte de él se refleja en las mayores opciones de elegir el consumo. El progreso espiritual, y la superación del materialismo que él exige, no dependen de la mayor o menor cantidad de bienes disponibles, aunque parece efectivo que el desarrollo económico alto y acelerado encierra ese peligro en mayor medida que el avance menor o más lento.

Pero no podemos renunciar a progresar en mayor medida y más rápido, porque eso significaría mantener en una aguda pobreza a cientos de miles de chilenos durante varias décadas más.

Reconozco que el problema es arduo y muy delicado, pero estimo que la solución correcta va por el camino de una formación moral que difunda un sentido espiritual de la vida, donde la austeridad, la sobriedad y la disciplina se enseñen como caminos de felicidad y perfección.

Desde una visión cristiana, como la mía, ello es más fácil, porque basta robustecer a través de la vida interior, la oración y los sacramentos, la propia fe de que somos peregrinos por muy pocos años en este mundo como para apegarnos a los bienes materiales y cifrar la felicidad en lo que es perecedero.

¹⁴ Entrevista "El poder de las ideas". *Hoy*, 23/8/79.

Pero, incluso para los no creyentes, pienso que hay una fuerza atractiva en el dominio espiritual de sí mismo, que permite al hombre ser dueño de las cosas y no esclavo de ellas y de las pasiones que engendra el apetito desenfrenado por conseguirlas y disfrutarlas sin medida.

¿Qué estaba haciendo usted cuando conoció la noticia del atentado al Papa?

Acababa de salir de clases en la Universidad, cuando escuché las informaciones que en ese instante emitía una radio.

¿Cuál fue su primer pensamiento?

Tuve un sentimiento de estupor y repudio y al mismo tiempo de gran preocupación por el daño que pudiera significar como desenlace. La figura de Juan Pablo II se ha convertido en un símbolo activo por la paz en todo el mundo. Ello ha tenido especial expresión en nuestro diferendo con Argentina, en cuya búsqueda de solución el Papa ha puesto su mejor y más directo esfuerzo, con la consiguiente gratitud imperecedera de nuestro pueblo. Como católico, siento con particular dolor este atentado porque su Santidad no sólo es el Vicario de Cristo en la Tierra y la cabeza de la Iglesia universal, sino que se ha convertido en un testimonio especialmente luminoso de fidelidad al Evangelio de Cristo.

Me impresionó especialmente que este atentado haya tenido lugar en el aniversario de la aparición de la Virgen de Fátima, Portugal, el 13 de mayo de 1917, en que la madre de Dios vino a la Tierra a llamar a los hombres a la conversión, principalmente por la oración del Rosario y la penitencia, advirtiéndole que en caso contrario Rusia esparciría sus errores por todo el mundo y sobrevendrían en nuestro siglo terribles catástrofes y castigos. Aunque se trate de una mera coincidencia, es de aquellas que invitan a meditar.

¹⁵ Entrevista "¿Qué estaba haciendo usted cuándo conoció la noticia del atentado del Papa y cuál fue su primer pensamiento? *La Segunda*, 14/5/81.

-Usted pidió a los obispos, en una declaración pública, que "se atengan a marcos que sean indubitables para la ética política y el mensaje evangélico". ¿No siente que hay una falta de respeto en esa sugerencia?

En absoluto. Todo lo contrario. Formulé lo que usted me señala diciendo textualmente que se trataba de una respetuosa solicitud. Lo que pasa es que en Chile hay un terrible beaterio clericalista que cree que cualquier sugerencia o discrepancia de un laico católico hacia un sacerdote o un obispo es poco menos que un sacrilegio. Eso corresponde a un criterio erróneo y anticuado que el Concilio Vaticano II se esmeró en superar, destacando el activo papel y los claros derechos que competen a los laicos dentro de la Iglesia.

-Entonces, ¿está o no de acuerdo con la idea de que los obispos anuncien un documento de guía política para sus fieles?

Sobre su oportunidad no me corresponde estar de acuerdo ni en desacuerdo, porque es una decisión de legítimo y exclusivo resorte de los obispos. Lo que ocurre es que ellos han dicho que el documento se basará en la ética y en el mensaje evangélico. Y yo les he solicitado respetuosamente que se atengan a marcos que sean indubitables para esa ética política cristiana y ese mensaje evangélico. ¿Por qué? Por lo que añadido en esa misma declaración mía y que alude a que desde hace largo tiempo vienen sucediéndose documentos episcopales que asumen determinadas opciones en materias en que los católicos podemos legítimamente sustentar posturas discrepantes. Y si esto es así, quiere decir que esos pronunciamientos van más allá de los marcos que exige la ética cristiana o el mensaje de Cristo.

¹⁶ Entrevista "Un endurecimiento del gobierno político de justificación histórica carecería de destino y de respaldo cívico". *Cosas*, 31/5/84.

En consecuencia, con lo que no estoy de acuerdo es con que los obispos mezclen juicios, éticos propios de su magisterio, que pueden ser del orden político o social, con otros juicios políticos y sociales que claramente desbordan el marco de su magisterio, porque eso genera confusión y divisiones injustificadas entre los católicos.

Además pienso que dañan las relaciones entre los católicos y quienes pertenecen a otros credos religiosos o filosóficos, en un país en que hay separación jurídica entre Iglesia y Estado.

-Cómo ve el papel de la Iglesia Católica que recientemente ha hecho un llamado a la reconciliación...

A la Iglesia le corresponde cualquier llamado que tienda a pacificar los espíritus y armonizar la convivencia. Y en ese sentido, creo que el espíritu que inspira a la generalidad de los obispos es, sin duda, del más alto valor ético y pastoral. Existe, sin embargo, el riesgo de que palabras como reconciliación vayan adquiriendo una cierta ambigüedad que dificulte los objetivos más sanos de quienes las auspician. Es evidente que en lo humano siempre es necesario y posible que todas las personas se reconcilien. Pero en la configuración política de un país no existe reconciliación posible entre los que aspiran a un modelo de sociedad marxista-leninista, cuyo símbolo es la Unión Soviética o Cuba, y quienes, en cambio, aspiramos a un tipo de democracia occidental dentro de los valores de la dignidad espiritual del hombre y de todo lo que significa la civilización cristiana.

Es muy importante no confundirse en esta materia, porque al mezclar el plano humano con el político se puede caer en distorsiones muy perturbadoras, que priven de viabilidad práctica a esta iniciativa.

-¿Usted ve este llamado como a una reconciliación política, o a una reconciliación humana entre los chilenos?

Entiendo que los obispos están llamando a una reconciliación humana entre los chilenos, lo que es posible que se logre en forma amplia sin establecer ninguna frontera de tipo ideológica o doctrinaria. Pero es muy fácil que la dinámica de la palabra reconciliación derive hacia una dimensión política,

¹⁷ Entrevista "Se ve una transición, pero no la suficiente ni la necesaria".
Cosas, 11/11/85.

que también es válida, entre quienes comparten el respeto a la dignidad del hombre y una forma de sociedad acorde a la tradición chilena, pero no con los totalitarios.

Un paso concreto para esta reconciliación humana sería, como lo planteó la UDI en agosto del año pasado, el término definitivo al problema del exilio. En cambio, soy partidario también de que junto con una medida semejante, se requiera al Tribunal Constitucional para que aplique el artículo octavo de la Constitución a todos quienes sean responsables del activismo proselitista del totalitarismo marxista-leninista o de la violencia, produciendo la suspensión de sus derechos políticos por el período que establece la Carta Constitucional. Se da entonces una realidad perfectamente diferenciable: se les restablece a esos dirigentes el derecho a vivir en su patria -como un paso de reconciliación-, sin que eso signifique su acceso a los derechos políticos, porque ellos no pueden ser invocados por quienes sólo pretenden utilizarlos con el propósito deliberado de abolirlos total e irreversiblemente si alcanzan el poder.

-Usted es un hombre católico, que cree en la fe del amor. Y ha participado de un gobierno al que se critica por haber cometido excesos en materia de derechos humanos. ¿Cuál es su posición al respecto? ¿Le crea algún conflicto?

Desgraciadamente no es una respuesta que se pueda dar integralmente en el marco de una entrevista, porque se trata justamente de uno de los problemas más complejos, sobre el cual se ha incurrido en mayores simplificaciones de un lado, y en voluntaria ceguera del otro.

Por definición, estoy en contra de todo exceso en materia de derechos humanos, venga del terrorismo marxista o de los desbordes en su combate, y no justifico ninguno de los que se hayan producido. Estoy en contra por definición ética. Creo que entre esos excesos hay que distinguir, sin embargo, algunos que

fueron de responsabilidad del gobierno de la Unidad Popular, porque constituyeron el fruto inevitable, aunque no justificable, de la secuela de la guerra civil que el marxismo impulsó en Chile entre 1970 y 1973, y otros que, en cambio, fueron desbordes o abusos cometidos después que excedieron notoriamente esa secuela. Pienso que también hay que analizar el problema mirando las tendencias; de hecho, el problema de los desaparecidos, que en un momento se hizo crítico y que pudo desviar al gobierno de sus principios fundamentales, se superó después de la disolución de la DINA y la acción de Sergio Fernández en el Ministerio del Interior, en una etapa de clara evolución positiva en la materia. Después el proceso ha tenido altibajos en cuanto a la tendencia, y me interesa particularmente que vuelva a ponerse un especial acento en superar los problemas que están estremeciendo al respecto hoy día a la conciencia nacional.

Tengo la conciencia muy tranquila de haber procurado siempre cooperar con un grano de arena a que esos excesos no fuesen o no sean cometidos, o que sus dolorosas secuelas fueran mitigadas. También tengo la tranquilidad moral de haber estado constantemente preocupado del tema, abogando por un mejoramiento en la tendencia, a diferencia de muchos que hacían vista gorda al tema en la época del boom económico, cuando los bolsillos estaban más llenos, en circunstancias que nunca manifestaron, ni siquiera privadamente, alguna inquietud real sobre el tema, y que cuando yo se lo iba a plantear, señalaban que se trataba de preocupaciones de segundo orden frente al rumbo exitoso que tomaba el país. Por eso me siento tan o más defensor de los derechos humanos que muchos de los que alardean de tales, y tengo testimonios al respecto que sorprenderían a más de alguno.

-¿Ha pensado alguna vez que, en el futuro, podría sufrir el exilio?

Un cristiano debe estar siempre dispuesto a pensar en las distintas formas de cruz que Dios puede tenerle reservadas en el camino. Y esa sería, ciertamente, una de las más dolorosas. Por eso, dentro de mis posibilidades he tratado de mitigar el dolor en las personas que lo sufren.

¹⁸ Entrevista "La UDI y sus proyectos políticos". *El Mercurio*, 24/11/85.

- Si pudiera convidar a su mesa a algún invitado extranjero, sin restricciones, ¿quién sería?

Convidaría a Juan Pablo II y Lucía de Fátima, para conversar sobre la fe y la Iglesia, a través del hecho clave del siglo, que es el mensaje de la Virgen en sus apariciones de Fátima. Por razones obvias, no agregaría a nadie más. Por el contrario, preferiría ausentarme durante la comida, pero pudiendo seguir oyendo lo que conversan entre ellos.

¹⁹ Entrevista en Especial de Cocina. *Vanidades*, 1988.

-¿No se siente solo a veces?

No, nunca. Cuando uno cultiva una vida interior, es casi imposible aburrirse. En el hecho, no estás solo. En ti está la vida de Dios.

-¿Cómo compatibiliza esa vida tan religiosa con la política, tan llena de rencillas personales?

Tratando de poner todo el eje de la vida en Cristo y procurando distanciarme de ambiciones personales de poder, de dinero o de cualquier género. Lo cual no es fácil, porque hay que vencer las inclinaciones más egoístas. Con ese enfoque es más fácil no albergar rencores. Porque realmente uno asume los dolores como una participación en la pasión de Cristo, que purifica las propias fallas y al mismo tiempo tiene un valor muy eficaz para la redención de toda la humanidad. Más aún, la vida cristiana no tiene sentido sin la cruz.

²⁰ Entrevista "Hay que reformar la Constitución, pero..." *Caras*, 17/5/89.

APOSTOLADO²¹

-¿Qué hará si pierde?

Continuar trabajando en mi vocación fundamental que es el apostolado cristiano. Yo estoy en política, lo mismo que en docencia como los instrumentos más directos que la Providencia me ha puesto en el camino para desarrollar esa vocación. Creo que seguiré en ambos, pero bien puedo ir girando con el correr del tiempo hacia otras dimensiones...

²¹ Entrevista "Somos suficientemente hábiles". *Qué Pasa*, 23/11/89.

-¿No vive usted algo fuera del mundo real?

Tal vez dé esa impresión porque llevo una vida austera, ajena a toda agitación. Para mí lo central es alcanzar la vida eterna, llegando a contemplar a Dios en el cielo. Esa es mi verdadera motivación. Y para ella debo darle prioridad a todo lo que signifique el apostolado de Cristo, ya que ello está indisolublemente ligado a que uno pueda alcanzar la bienaventuranza eterna. Por eso las cosas de este mundo no me producen angustia ni ansiedad. Tampoco me deslumbran o cautivan. Las asumo con toda la responsabilidad que el deber exige. Procuro aplicar una máxima de San Ignacio que dice que hay que hacer las cosas con el mayor esfuerzo como si todo dependiese de uno, pero hay que confiarle los resultados a Dios, sabiendo que todo depende de Él...

-Es bien curioso encontrar un candidato tan esencialmente religioso. ¿Usted ha hecho algún voto?

No, no. Deposité tres votos en la elección del jueves, pero nada más.

-Algunos dicen que usted es una especie de cura laico que ha hecho votos del Opus Dei...

No. Soy una persona que tiene una vida religiosa muy intensa. Y por razones de manera de ser, nunca he pertenecido a ningún movimiento religioso, aunque respeto y aprecio a muchas de esas instituciones o movimientos. Tampoco tengo, por cierto, voto religioso de ninguna especie. Soy un laico en el mundo con todas las libertades... Lo que ocurre es que hay una tendencia a asociar el ser soltero y el ser religioso con el ser sacerdote...

²² Entrevista "El traspié de Lagos le hace bien a Chile". *El Mercurio*, 17/12 /89.

-¿Alguna vez ha pensado ser sacerdote?

En muchas oportunidades de mi vida lo he pensado, pero siempre la Providencia me ha ido guiando por otros caminos. Y, en definitiva, creo que su mano ha estado muy clara para indicarme que, al menos por ahora, mi apostolado cristiano está en el mundo laico.

-¿"Por ahora" quiere decir que alguna vez podría ingresar al sacerdocio?

Podría ser. Esa es una hipótesis que nunca he descartado y tengo siempre presente... No veo tampoco por qué habría de descartarla.

-Esta manera de ser suya, tan distinta a otros políticos, ¿siente que ha servido para ataques de mala índole?

Muchas veces se usa en mi contra como un ataque bajo, en cuanto a la intencionalidad que mueven algunos comentarios. Hay gente que simboliza en mí el odio hacia todo un conjunto de valores y de principios que yo encarno. Pero, como la práctica política y mi carácter me han conferido una piel de elefante, los ataques realmente no me rozan.

-¿Ha sentido odio en contra suya en esta campaña?

Los sectores que se califican de izquierda me odian de una manera muy virulenta y especial. Me atrevería a decir que estoy entre las personas más odiadas por los sectores marxistas de Chile.

-¿No cree que exista alguna razón para recibir ese odio?

Absolutamente ninguna. Al contrario. Junto con mi profunda vocación religiosa, soy una persona muy humana, muy afectiva y muy sensible. El dolor humano siempre me ha conmovido, cualquiera sea la persona que lo sufra. Y he ayudado muy significativamente a personeros comunistas.

-¿Y usted le rogó a Dios ser elegido?

No. Porque no constituía una aspiración personal que ambicionara. Mi oración va fundamentalmente dirigida a que me ayude a aceptar su Providencia tal cual ella está diseñada para mí. El resultado electoral ha sido lo que Dios tenía dispuesto como desenlace de este esfuerzo, pero no me siento superior por haber salido, como no me sentiría menoscabado por no haber sido electo.

²³ Entrevista "Haremos una oposición constructiva y creadora, pero muy firme en lo necesario". *Cosas*, 2/1/90.

EXAMEN DE CONCIENCIA²⁴

-Su primera prioridad en la vida es el camino espiritual. Teniendo en cuenta esos principios, ¿ha sentido la necesidad de aliviar su conciencia y pedir perdón a Dios por su apoyo irrestricto al golpe militar?

Puedo decir que no ha habido ningún día, desde el 11 de septiembre del 73 hasta ahora, que no haya hecho un riguroso examen de conciencia de mi conducta, como lo he hecho durante toda mi vida, suponiendo que esa noche sea la última de mi existencia y que deba rendir cuenta a Dios de mis actos sin tener una nueva oportunidad para reflexionar. Lo hago todas las noches desde mi infancia. He sentido muchas veces el arrepentimiento propio de las faltas que uno comete y que como católico además confieso en el sacramento correspondiente. Pero, con igual franqueza, siempre que reflexioné en mi conducta frente al gobierno militar respecto al tema de los derechos humanos, tuve una reafirmación interior, que sentía provenir de Dios, en cuanto a que estaba haciendo exactamente lo que me correspondía como cristiano. Si se repitiese la historia, haría exactamente lo mismo que siempre hice, porque mi conducta fue servir siempre a la causa de los derechos humanos, desde la perspectiva que yo veía más adecuada.

-Si el cristianismo exige respeto por la vida humana, ¿cómo conjuga ese mandato con su apoyo al régimen militar?

Aplicando los principios morales de una manera correcta y muy rigurosa dentro de la propia conciencia. Cuando uno asume la necesidad de una acción bélica, sabe que van a derivarse hechos muy dolorosos que resultan inevitables, al mismo tiempo que

²⁴ Entrevista "Mi conducta fue servir a la causa de los derechos apoyando al gobierno militar". *Casas*, 26/6/90.

van a ocurrir otros que son evitables. Siempre procuré y procuraré, en casos como ése, evitar todo dolor que sea factible de evitarse y que se supere la situación que generan estos hechos tan duros para muchos seres humanos. Tengo la seguridad que si el gobierno militar no hubiese contado con el respaldo suficiente para mantenerse y hubiese sido derribado por sus adversarios, como procuraba la oposición, los derechos humanos se habrían visto incomparablemente más dañados en Chile. Con el desenlace que fuimos construyendo militares y civiles hasta culminar en la democracia plena, con notables horizontes de progreso económico y social, hemos colaborado a que la transición chilena sea considerada ejemplar en todo el mundo.

